



Michael Maier, *Atalanta Fugiens*. Oppenheim, 1618.

Emblema XIV: Este es el dragón que se muerde la cola.

Epigrama: "La áspera hambre enseñó a los pulpos a comerse sus propias patas, y a los hombres a nutrirse de carne humana. Mientras el dragón se muerde la cola con el diente y la mete en el vientre, se convierte a sí mismo en gran parte de su propio alimento. Aquel debería ser domado mediante hierro, hambre, cárcel, mientras se devore y se vomite, se mate y se vuelva a parir." (Trad. Pilar Pedraza).

Federico González: La Tradición Viva ()*

FRANCISCO ARIZA 

I

Y sembré en ellos las palabras de la sabiduría y fueron alimentados con el agua de ambrosía.

Corpus Hermeticum I, 29.

Quienes tenemos la inmensa fortuna de conocer a Federico González y su obra, en la que estamos trabajando y meditando desde hace más de veinticinco años, sabemos muy bien que ésta constituye por sí misma un *corpus* doctrinal que traduce hoy en día los contenidos de la Ciencia Sagrada y la Tradición Unánime. Se trata, en efecto, de una obra que remite constantemente a las ideas y los principios universales, y que además tiene la enorme virtud de expresarlos en un lenguaje accesible a cualquier persona que busca encontrar respuestas a las preguntas que se hace sobre la esencia de su identidad. Esto último es muy importante, y más teniendo en cuenta los tiempos tan oscuros y sombríos que nos toca vivir, donde todo lo que se refiere a estos temas requiere de una interpretación previa, de una didáctica transmitida de forma gradual que facilite su entendimiento y comprensión, y haga posible que el interesado pueda emprender el camino de su realización espiritual sin más obstáculos previos que los que le imponen sus propias limitaciones y condicionamientos, que son precisamente los que necesita ir superando

en el recorrido de dicho camino. Esa didáctica es realmente una adaptación, a las circunstancias propias de cada momento histórico, de la forma de comunicar la Enseñanza tradicional, evitando que ésta se convierta en un anacronismo, es decir que esté "fuera de su tiempo" y reste así fuerza a su mensaje salvífico, y siempre y cuando, naturalmente, dicha adaptación no suponga desvirtuar la esencia de ese mensaje, razón por la cual constantemente se la ha dejado en manos de los verdaderos intérpretes y maestros de la Tradición, bajo los auspicios del Dios Hermes.

Por todo ello, y esto es algo que se constata inmediatamente cuando se la comienza a conocer, la obra de nuestro director está muy lejos de la vana erudición libresca fomentada y propagada desde la llamada "cultura oficial", que evidentemente poco tiene que ver con lo que en todos los pueblos y civilizaciones tradicionales se ha entendido siempre por cultura, y que el propio Federico se encarga de recordarnos con frecuencia a lo largo de su extensa obra, a saber: que ella es una intermediaria entre el hombre y la deidad y un vehículo especialmente apto para el Conocimiento, para la Gnosis. Y si esa obra está lejos de la erudición libresca, lo está aún más del pensamiento de quienes confunden la religión con la metafísica, o lo exotérico con lo esotérico, e incluso lo psíquico con lo espiritual, personas éstas que están muy cercanas a aquellas otras que apelando a la Tradición se hacen sin embargo cómplices de la literalidad y del dogmatismo más grosero y contrario al Verbo que la fecunda y la hace permanentemente viva y actual; es decir de quienes, como dice la parábola evangélica, no han hecho fructificar sus talentos y prefieren la seguridad engañosa del "confort espiritual" a un trabajo serio consigo mismos, negando así de hecho la efectivización y encarnación de lo que se va comprendiendo en el camino del Conocimiento, es decir su auténtica operatividad, pues en el fondo, en dicho camino, de lo que se trata sobre todo es de superar el plano puramente teórico y mental y avivar ese "fuego sutil" de que habla la Alquimia y que moldea constantemente la "materia prima" o "piedra bruta" de nuestra individualidad hasta lograr su total transmutación y regeneración.

Esa didáctica a la que nos referíamos más arriba, en la obra de nuestro autor, se articula en torno a la Vía Simbólica, que es la manera contemporánea de denominar lo que siempre ha sido el esoterismo en Occidente, dentro del cual la Tradición Hermética ha ocupado y ocupa un lugar verdaderamente central, teniendo en cuenta que en ella confluyen también la síntesis de la Cábala judeocristiana y toda esa sabiduría vehiculada por la filosofía y la metafísica de Pitágoras y Platón, auténticos padres fundadores, junto a toda su progenie intelectual, de la cultura occidental. En este sentido, la Vía Simbólica tal cual se expresa en la obra que comentamos testimonia la pervivencia de ese pensamiento filosófico, metafísico, esotérico y hermético, al que, efectivamente, insufla una nueva vitalidad al actualizarlo, y también al vincularlo con otras tradiciones no necesariamente integradas dentro del acervo cultural de Occidente (o más específicamente europeo), pero al que no son

totalmente extrañas gracias a la identidad común que existe entre sus símbolos fundamentales; y no nos referimos tan sólo a las grandes tradiciones del Oriente (Hinduismo, Taoísmo y Budismo), estudiadas en profundidad y desde diferentes enfoques por autores de la talla intelectual de René Guénon, Ananda Coomaraswamy, Alan Watts y Mircea Eliade, sino también a todas aquellas tradiciones y pueblos "arcaicos" que aún subsisten en distintos lugares del planeta, y cuya cosmovisión y concepción sagrada de la existencia, conservadas a través de sus símbolos, ritos y mitos sapienciales, han sido sacadas a la luz para beneficio del lector occidental gracias a los estudios realizados desde hace tiempo por toda una pléyade de investigadores e historiadores de las religiones y la cultura.

Muchas de esas tradiciones son vestigios de otras que existieron en todo su esplendor no hace demasiado tiempo, como es el caso, por ejemplo, de las culturas precolombinas (fragmentos de las cuales todavía subsisten en distintos lugares de América), y que nuestro director conoce perfectamente al haber penetrado en el contenido profundo de su arte, su cosmogonía y su teogonía, lo cual es evidente no sólo en su libro *El Simbolismo Precolombino*, sino también en otras partes de su obra, estableciendo una permanente relación y analogía con el simbolismo universal, con lo cual se enriquece la perspectiva y se amplía la comprensión del lector que la estudia al reconocer, bajos ropajes y formas distintas, la voz de la Tradición Unánime.

Pues bien, todo ese legado con que se expresa en un determinado segmento histórico y geográfico la Ciencia Sagrada, está sintetizado en la obra de nuestro autor; y esa síntesis, verdaderamente magistral (y pocas veces esta expresión puede ser invocada de forma tan adecuada), no es otra cosa que el resultado de un conocimiento directo, vivido y experimentado de la doctrina metafísica y sus distintas expresiones a través de la Cosmogonía Perenne, fundamentada en los símbolos sagrados de todas las culturas tradicionales como intermediarios entre el mundo inteligible y el mundo sensible, entre el Alma Universal y el alma humana, que, como decía Plotino, tan sólo se libera de sus cadenas si guía sus pasos en pos de la Diosa Inteligencia, que es la que verdaderamente se invoca en todo momento en la obra de nuestro autor. Ese conocimiento directamente vivido se transmite de alguna manera a quienes se acercan a esa obra sin prejuicio de ningún tipo y dejan que las imágenes arquetípicas que ella despierta se comuniquen y revelen a la inteligencia de su corazón, a la que nutre con el alimento que viene "de lo alto", recobrando así la Memoria del Origen y la constatación clara y diáfana de que ese Origen es nuestro Destino, y que está aquí y ahora, enteramente y fundido con nuestro ser, que se abre así a la posibilidad infinita de un conocimiento de la realidad cada vez más sutil y universal hasta la total identificación con el Sí Mismo. Esto tiene que ver evidentemente con la transmisión de una influencia de carácter iniciático al ser de orden estrictamente intelectual, en el sentido en que entendía René Guénon esta palabra, que la hacía sinónima de espiritual. En otros términos, se trata de que a través de la obra de Federico, de su profundización y comprensión, nos incorporemos a la "cadena áurea" que entronca

directamente con la "noble Tradición de los hijos de Hermes", y a través de ella con la Tradición Unánime, reconociendo que ese hecho asombroso es al mismo tiempo la aceptación de una responsabilidad relacionada con la continuidad de esa Tradición y su mensaje primordial, hasta el fin de los tiempos. "Dar, recibir y devolver".

CRONOLOGIA DE UNA OBRA

Dicho esto, y dentro de los diferentes aspectos con que puede abordarse dicha obra, donde se aúnan en perfecta armonía la poética evocadora y mágico-teúrgica del lenguaje simbólico y el tan necesario rigor intelectual, nosotros hemos querido hacerlo a través de la cronología de su publicación, es decir de la secuencia temporal con que se ha ido dando su pensamiento, que nada tiene de individual salvo en la forma y el arte con que lo expresa su autor. Por otro lado, somos conscientes de que nuestra aportación es tan sólo una aproximación a una obra que cuando se estudia con atención se da uno cuenta de su magnitud y profundidad, por cuanto que en ella está todo lo necesario para promover una reconversión total de la psiquis (lo que se entiende como la *metanoia*), en el sentido de orientarla en la dirección de trascender su dualidad intrínseca y concebir lo universal, absorbiéndose en él.

Debemos decir en primer lugar que nuestro autor comienza a publicarla cuando ya lleva muchos años entregado a la difusión de la Enseñanza a través de diversos Centros e Instituciones Culturales, Universidades y Bibliotecas repartidas a lo largo y ancho de Ibero-América y de Europa, y dentro de esta última especialmente España, donde en 1979 funda en Barcelona el [Centro de Estudios de Simbología](#) de esa ciudad.⁽¹⁾ Visto un cuarto de siglo después, la creación de ese Centro (en pleno vigor todavía) supuso una punta de lanza en la penetración de las ideas herméticas, y tradicionales en general, en tierras hispanas tras varios siglos de destierro de las mismas, y desde luego fueron en aquellas conferencias y cursos impartidos por nuestro director donde la obra de René Guénon, apenas conocida en ese momento, se expuso por primera vez en España de acuerdo al espíritu con que fue creada, es decir, interpretándola a la luz de la Tradición Unánime. De esto último no se desprende ni mucho menos que Federico González sea un "exegeta" de la obra guenoniana, entre otras cosas porque no sería cierto y además porque esa no es bajo ningún concepto su función intelectual-espiritual, pero sí estamos convencidos de que muy pocos autores conocen como él la verdadera dimensión de esa obra, la diversidad enriquecedora de los diferentes aspectos bajo los que puede ser comprendido su mensaje, al que precisamente ha señalado con toda justicia como una guía de la Filosofía Perenne para nuestro tiempo, y especialmente en lo que se refiere a Occidente.

En el Centro de Estudios de Simbología nuestro director impartía la enseñanza de los códigos simbólicos del Hermetismo y la Tradición Unánime (Cábala, Alquimia, Tarot, Numerología, Simbolismo de la Rueda, Ciclogía, el Arte y la Ciencia

tradicionales como vehículos de la Cosmogonía, etc.) destacando por encima de todo sus auténticos valores como emisarios de la Ideas Eternas, es decir de la Tradición Primordial y la Metafísica, siendo el contexto histórico en que dichos códigos se generan considerado completamente secundario frente a su auténtico origen atemporal y suprahistórico. Hace veinticinco años el Centro de Estudios de Simbología generó un espacio invisible en torno a la idea de la realización efectiva del Conocimiento por la adscripción de muchos de sus integrantes a la Vía Simbólica y la Tradición de Hermes, los cuales llegaron a tomarse completamente en serio las enseñanzas que allí estaban recibiendo y que iluminaron sus conciencias al confirmarles en la certeza, intuita confusamente desde siempre, de que en verdad existía un mundo otro completamente nuevo, identificado con el propio Cosmos u Orden Universal y su vivencia a través del Mito. Las enseñanzas allí vertidas y recibidas eran el propio símbolo en acción. El rito en su expresión más directa. La Tradición Viva revelada por intermedio del gesto gratuito, la Gracia, la Belleza, el Amor y la Sabiduría.

En un momento dado Federico definió al Centro de Estudios de Simbología como un "modelo cultural", definición que podríamos extenderla también al conjunto de su obra, cuya estructura se ha ido edificando sobre sólidos cimientos y pilares, pero teniendo siempre como guía la referencia axial y central de la clave de bóveda, es decir de la Unidad primordial, y lo que está más allá de ella: la posibilidad de lo supracósmico, del No-Ser y la No-Dualidad metafísica.

LA RUEDA: UNA IMAGEN SIMBOLICA DEL COSMOS



De la portada de la primera edición

Esa estructura aparece claramente definida ya en *La Rueda: Una Imagen Simbólica del Cosmos*. Esta primera obra no se publica de hecho sino hasta 1986,⁽²⁾ aunque comienza a escribirse en Abril de 1980 durante el transcurso de un viaje que realiza por Oriente y la India. Un dato importante a retener es que la publicación de *La Rueda* coincide prácticamente con el momento en que el autor pasa a consagrarse casi por entero a su obra escrita, la cual se irá dando en el tiempo de forma paulatina y conservando siempre un carácter didáctico, como no podría ser de otra manera, pues como venimos diciendo ese carácter constituye un "sello" inherente a toda su obra, ya sea oral o escrita, y ciertamente no hay diferencia entre ambas en lo que toca a la esencia de la doctrina. En este sentido, y como el propio Federico señala en la

Nota Preliminar, el libro de *La Rueda* constituye "una síntesis de lo expresado en varios años de conferencias y cursillos", y de alguna manera esa síntesis supone la "fijación" de un itinerario intelectual que hasta entonces había tenido como medio de expresión fundamentalmente la palabra y el verbo, y que, como decimos, a partir de ese momento va a dar nuevos frutos al cristalizarse por medio de la escritura; cristalización que no es de ninguna manera sinónimo de "solidificación", sino todo lo contrario, pues más bien tendría que ver con la naturaleza traslúcida de la piedra cristalina (el diamante por ejemplo), a través de la cual la luz pasa sin resistencia ni opacidad alguna, y lo que proyecta no es otra cosa que la luz misma en su prístina pureza, como no podía ser de otro modo al tratarse de los Principios y las Ideas Universales. Sabemos muy bien que en Federico González no hay solución de continuidad entre su pensamiento y su acción, que es su obra, y que ésta no es sino la prolongación de ese pensamiento, lo cual naturalmente se plasma en la coherencia sutil de su discurso (hablado o escrito), reflejo sin duda alguna de una armonía interna que los antiguos llamaron *poiesis* en su acepción más alta, aquella a la que se refiere la Cábalá como *Tifereth* (Belleza, Esplendor, Armonía), corazón del Arbol de la Vida y reflejo directo de *Kether*, la Unidad.

En este sentido, y como nos dice Paracelso:

Cuando al escribir uno se atiene exclusivamente a la verdad, no son letras lo que escribe, sino que es el espíritu el que fija la verdad, que en sí es invisible y tiene que llegar hasta nosotros mediante la palabra escrita o hablada.

La "fijación" a que nos estábamos refiriendo anteriormente puede ser vista también, y haciendo uso del simbolismo de la rueda, como una "concentración de energías" en un punto que al "irradiarse" va a generar nuevos espacios y tiempos que traerán consigo nuevas formas de difusión de la Enseñanza, como es el caso de la creación de la Editorial Symbolos (que se inaugura precisamente con la edición de *La Rueda*) —y sus dos colecciones: "Cuadernos de la Gnosis" y "Papeles de la Masonería"—, así como de la revista del mismo nombre, la cual verá la luz en 1990, como bien saben sus lectores, y que fue, y sigue siendo, prácticamente la única publicación en lengua española dedicada íntegramente a la transmisión de las doctrinas tradicionales a través del Arte, la Cultura y la Gnosis de todos los pueblos y civilizaciones de cualquier época y lugar poniendo el énfasis en los códigos de la Tradición Hermética. Igualmente a mediados de la década de los ochenta comienza Federico a escribir el *Programa Agartha*, el cual en aquel tiempo se distribuía en forma de fascículos por el sistema de Universidad a distancia, constituyendo de hecho una [Introducción a la Ciencia Sagrada](#) y la Tradición Hermética. De esta manera nuestro director buscaba la forma de difundir al mayor número de personas posible la Buena Nueva del Conocimiento, como años después lo haría también a través de Internet: por ejemplo con el mismo Programa Agartha, la revista SYMBOLOS y otras "páginas" que han ido surgiendo con el tiempo, y que demuestran con toda claridad el interés por la transmisión de la Enseñanza que siempre ha mostrado, utilizando los medios más

adecuados para canalizar, como él mismo expresa,

el gran interés acerca del Conocimiento. Porque verdaderamente existe una sed de saber (...) más relacionado con la Cosmogonía, el Simbolismo y la Metafísica y otras numerosas alternativas.⁽³⁾

La conocida frase "hay que multiplicar esfuerzos" es una realidad hoy en día, y como se dice en los Evangelios:

"es mucha la mies y pocos los obreros".

Hablando ya concretamente del libro de *La Rueda*: además de tratar específicamente este símbolo, el autor habla abundantemente de la función didáctica de los símbolos y la Simbólica, y por consiguiente como iniciadores y guías en el camino del Conocimiento, sabedor de que sin una formación sólida acerca de lo que los símbolos significan se hace realmente muy difícil transitar por cualquier vía iniciática, sobre todo si esa vía tiene como fundamento el trabajo y la entrega al estudio y meditación en los símbolos sagrados. Por eso mismo, en todos sus libros, trata del símbolo, y si nos damos cuenta en casi todos ellos aparece la palabra símbolo, simbolismo o simbólica formando parte del título, es decir del encuadre de la obra, lo cual no es por casualidad, evidentemente, sino que así lo ha querido su autor para destacar el gran valor de los símbolos como reveladores de la Cosmogonía Perenne y la Metafísica, y por tanto capaces de articular el proceso del Conocimiento, es decir la Iniciación. Por eso mismo el símbolo, y por supuesto el rito y el mito, constituyen los vehículos de toda la enseñanza iniciática, que nada tiene que ver con cualquier tentativa de "sistematización", y por supuesto tampoco con la enseñanza escolar propia de la mentalidad profana, que es precisamente todo lo contrario al trabajo desarrollado con los códigos simbólicos, en los que siempre permanece algo por desentrañar, un misterio insondable que la mente humana no puede advertir por sus propias limitaciones y que sólo es posible conocer por medio de la intuición intelectual (emanación directa de la Inteligencia Universal, del *Noûs* de los filósofos herméticos alejandrinos, idéntico al rayo *buddhi* de la Tradición hindú), a la que precisamente la enseñanza simbólica ayuda a despertar y que pone al ser humano en comunicación con sus estados más sutiles y superiores.

El grado de intensa profundidad y de belleza plena de inteligencia con que se nos "revela" la interioridad del símbolo, su "mecanismo" interno basado en las analogías y las correspondencias que existen entre los distintos planos que conforman la realidad de los seres y las cosas, queda patente en estas líneas:

Gracias al símbolo nos revelamos a nosotros mismos, pues merced a éste se forma la inteligencia, se crea nuestro discernimiento y se ordena la conducta. Pudiera decirse que él es la cristalización de una forma mental, de una idea arquetípica, de una imagen. Y al mismo tiempo su límite; lo

que posibilita el retorno a lo ilimitado a través del cuerpo simbólico, que permite así las correspondientes transposiciones analógicas entre un plano de realidad y otro, facultando el conocimiento del ser universal en los distintos campos o mundos de su manifestación. Ya que expresa lo desconocido por su apariencia sensible y conocida (...) Por su intermedio algo abstracto se concreta, e inversamente algo concreto se abstrae (p. 22).

La regeneración es la posibilidad de que todo sea siempre nuevo y ahora, de que la existencia sea real y no un vago teatro de formas indeterminadas y fluctuantes. El símbolo es el punto de contacto entre la realidad que él cristaliza y el ropaje formal con el que se viste para hacerlo. Este vestido ha de ser agradable y correlativo con la idea que expresa, para que ésta pueda ser comprendida en verdad. Entonces manifestará cabalmente la energía-fuerza que lo ha conformado y podrá transmitirla en el contexto adecuado, que él mismo condicionará, por la actualización de su potencia. Inversamente se puede decir que esta energía inteligente trasciende al símbolo considerado como mero objeto estático, o soporte de conocimiento. Y siendo esto así, él nos permite pasar por su intermedio de un plano de conciencia a otro, constituyéndonos en los protagonistas del conocimiento, vale decir, del ser, ya que existe una identidad entre lo que se es y lo que se conoce (...) El símbolo es la revelación de un alto secreto cognoscitivo, manifestado por una forma inteligible, lo que caracteriza a una transmisión de energías ordenadora, que hace posible, por otra parte, el fluir de su discurso existencial (p. 27).

Toda la obra de nuestro director está ya contenida en este primer libro, como está contenido el árbol entero en su semilla. Esto es así efectivamente, pero, al mismo tiempo y como indica su propia simbólica, el libro de *La Rueda* es un todo en sí mismo. Se trata además de uno de los símbolos más primordiales y perteneciente a todas las tradiciones y culturas sin excepción, pero al que paradójicamente, como allí se dice, no se le ha prestado la debida atención entre los propios investigadores de la Simbólica, lo cual hace doblemente importante que le haya dedicado un estudio completo, y relacionándolo además con otros vehículos simbólicos análogos y complementarios, como el Arbol de la Vida cabalístico, el Tarot, la estructura del Cielo y de la Tierra (y del hombre como intermediario) a través de las dos mitades del Modelo Cósmico, la Ciencia de los Ciclos y los Ritmos (fundamento de la Astronomía-Astrología), la Alquimia y el Simbolismo Constructivo (y con él la geometría y la aritmética sagradas), y por tanto con el Arte, considerado

como una 'poética' comprometida con el conocer del hombre, al que consideramos parte imprescindible de este proceso perenne de interrelación y expresión, donde la inteligencia universal que él mismo refleja, manifestada como un arte de indefinidas posibilidades, le brinda la opción de ser todo lo que él conoce.

o sea, las disciplinas propias de la Tradición Hermética (a la que está dedicado un capítulo completo) y que conforman el armazón doctrinal de la enseñanza transmitida en la obra de Federico González.

Estamos pues ante unos textos que nos inician y guían en la Ciencia Sagrada mediante una reactualización de la Cosmogonía Hermética y convierten a su autor en el más cualificado esoterista y simbólogo de nuestro tiempo. Doctrina entendida en su sentido auténtico, prístino, pues trata esencialmente de los principios destinados a instruir y a enseñar con arte, ciencia y sabiduría, tal cual el Dios Hermes Trismegisto, educador e instructor de los hombres, creador de la escritura y generador por el Verbo o Logos espermático que "hace nuevas todas las cosas":

Es unánime la idea de un dios civilizador y ordenador, o la de un héroe liberador e instructor. Los símbolos necesitan ser enseñados, para que haya una comprensión real de las fuerzas que concentran. La energía que permanece oculta en el símbolo en estado potencial requiere ser activada. Mediante el rito del aprendizaje, el estudio y la meditación, se despierta al símbolo y éste actúa. La relación es mutua. La energía-fuerza que éste expresa viene a nosotros, y nosotros a nuestra vez la proyectamos sobre él, estimulando su propia esencia. Se evoca entonces, además, la energía de todos los que han conocido, comprendido y transmitido el símbolo. Y esa misma entidad, o estructura arquetípica, actualiza los principios universales, haciendo que éstos devengan a nosotros y nosotros participemos de ellos, gracias a la identificación con el símbolo y la mediación simbólica, reactivada por una exégesis ritual, que es aquélla que a lo largo del hilo de la historia ha mantenido viva la posibilidad de la regeneración, o lo que es lo mismo, lo que hace factible que todo sea siempre nuevo y verdadero ("De los Símbolos y la Simbólica", p. 35).

Ciertamente estas palabras son sumamente reveladoras y nos llevan a preguntarnos qué es realmente el símbolo, pues no puede ser sólo una representación, una imagen visual o sonora, sino que en él tiene que existir una causa de orden más profundo, su causa última, que es también la más próxima a nuestra esencia. Entendemos que esto es lo que quiere decir la Cábala cuando asigna al nombre de *Atsiluth* dos significados: el de "emanación" y el de "proximidad". Lo más elevado, y de donde todo emana, resulta al mismo tiempo lo más próximo, lo más íntimo,⁽⁴⁾ y esto es también lo que viene a decirnos la Tabla de Esmeralda cuando nos enseña que lo de arriba y lo de abajo conforman una sola y única cosa:

El auténtico valor de los símbolos no radica tampoco en sus efectos transmisores, que son secundarios, sino en la (o las) causa (s) de su propia existencia. Es decir en lo que ellos simbolizan en su esencia, lo que por otra parte justifica su intermediación. Y esta causa (o causas) bien comprendida y vivenciada, se resuelve siempre en su unidad, que no es sino afirmación o

manifestación de sus posibilidades no-causales, valga la expresión. (p. 205)

Es decir de sus posibilidades metafísicas. Nuestro director lo dice con toda claridad: el símbolo siempre se está refiriendo, en última instancia, a la Unidad, pues la dualidad característica de las "dos partes" que constituyen la dialéctica interna del símbolo (lo de arriba y lo de abajo, la izquierda y la derecha, el día y la noche, macho y hembra, etc.) evidentemente

no se simbolizan entre sí, sino que ambas son símbolos de la realidad vertical que es su origen y al que las dos representan. (*ibid.*)

El fin último del símbolo es conducirnos a la Unidad, a la síntesis de las síntesis. Más allá de ella nada puede ser contado, ni medido, en su absoluta indiferenciación más que luminosa.

Estas dos últimas citas pertenecen al cap. VIII, "[Las dos mitades del modelo cósmico](#)". En él nos habla el autor de la estructura del modelo cósmico estudiado en este libro sobre la rueda (al que podríamos considerar como el símbolo de los símbolos de la Cosmogonía Perenne) en base a la teoría hindú de los tres gunas: *sattwa*, *rajas* y *tamas*, que representan las tres tendencias o energías presentes en todas las cosas manifestadas, tanto a nivel macrocósmico como microcósmico. Constituyen una ley universal y nada de lo que existe se sustrae a ellas. Por lo tanto debe atraer nuestro interés conocer esa ley fundamental (que es también la de la analogía), la cual, muy pocas veces se ha explicado con la amplitud y profundidad con que aquí se hace. Por otro lado, y además de referirse a sus aspectos principales, Federico los relaciona con otras simbólicas y ejemplos varios de cómo estas energías se manifiestan en distintas circunstancias de la vida y de la historia, buscando así una mayor comprensión por parte del lector. He aquí algunos fragmentos:

Tal vez la energía de la gravedad y sus leyes no son sólo principios aplicables a la "materia", sino algo más universal, arquetípico, vinculado con cualquier forma de la atracción en diferentes niveles expresivos. Esto si es que contamos con la similitud de dos entes que se atraen al complementarse, los que deben oponerse siempre para que esta conjunción se realice. El rito y la magia conocen este principio que constituyen su razón misma de existir como tales (en nota: ¿No será esta energía expresión, a su nivel, de lo que los griegos entendían por el *pneuma*?) Las leyes de la analogía suponen diversos planos, donde las transposiciones puedan efectuarse e incluyen la atracción y el rechazo, el reconocimiento de lo que realmente significa lo mutuo, dando por sentado que esta similitud entre plano y plano –que coexisten simultáneamente– es una condición previa a todo rito o analogía. Por otra parte, este tipo de energía se encuentra explícita en la tradición hindú, cuando ésta se refiere a los tres gunas: *sattwa*, *rajas* y *tamas*. En efecto, si *sattwa* se vincula a una energía vertical

ascendente, *tamas* se encuentra en el extremo opuesto de esa verticalidad y manifiesta a la energía descendente. Va de suyo que entre ambas hay una complementación, ya que no podrían ser la una sin la otra y que ellas coexisten simbolizando la evolución y la involución y generando a una tercera, llamada *rajas*, que permite la expansión y el desarrollo del plano horizontal y sucesivo. Por lógica, en cada una de estas "fuerzas" han de estar presentes las otras dos, como parte constitutiva de las mismas. Por lo que conforman un conjunto interdependiente, donde una sola y misma energía, al desdoblarse, se polariza, constituyendo un eje vertical por el que ascienden y descienden fuerzas, equilibrándose en un punto medio o centro, que genera un plano horizontal de desplazamiento de esa energía hasta sus propios límites, es decir, directamente proporcional al juego de *sattwa* y *tamas*, al de la evolución y la involución de un ser cualquiera, así fuese un hombre, una civilización o un mundo. (...) Sin caída no hay redención y es obvio que sin *tamas*, *sattwa* no tendría lugar en la conciencia, es decir, en nuestro mundo. Y en vez de adjudicarle un valor a estas energías referido a su bondad o maldad —excluyendo ilusoriamente a una en beneficio de la otra—, bien haríamos en tratar de comprenderlas bajo la luz recíproca que ellas simultáneamente emiten, merced a la cual podemos diferenciarlas, como posteriormente distinguiremos a ambas de *rajas*, su expansivo reflejo generador. También *tamas* es una forma de la deidad y por lo tanto su energía es sagrada. (...) En el momento actual del ciclo, la energía gravitacional, es decir la atracción hacia lo descendente —seguida de un paulatino opacamiento y densificación—, es la que prima sobre las otras. Por ese motivo esta energía es fuerte y dominante, y por lo mismo tiene particular interés, puesto que también —en forma velada— hace explícitas a las demás: en particular a su opuesta y complementaria *sattwa*, la cual puede entonces aparecer como "salvadora" gracias a *tamas*, con la que se enlaza naturalmente, ya que ambas son una sola y misma energía polarizada, con signo opuesto, invertida la una con respecto a la otra, y viceversa.

Esto también es válido para las dos mitades de un círculo, rueda o esfera. La superior simboliza el cielo, la inferior significa la tierra. En medio de las dos, como un eje vertical, se halla el hombre, al que cabe un papel de mediador, de intermediario en la creación, que va mucho más allá de lo que vulgarmente éste se imagina, ya que su rol o función (...) es el punto imprescindible de la obra de la creación, que él mismo acaba y corona al "redondear" su sentido unitario y establecer un foco de unión —el equilibrio de un eje estático en un mundo en constante movimiento y fuga— en el perpetuo devenir de las cosas y las formas, cumpliendo un papel reunificador en distintos planos o mundos (...)

El cuaternario, simbolizado por la cruz, nos dice que la misma oposición entre la energía ascendente-descendente, se ha transferido al plano de conjunción, horizontal o creacional, donde también se oponen análogamente –pues han pasado a ser componentes del mismo– en esta figura que simboliza la totalidad de lo creado o limitado, donde ahora se enfrentan dos a dos, generando y equilibrando la manifestación entera, que queda marcada con su sello, reproduciéndolo indefinidamente. (p. 189-90-91-92-95).

II LOS SÍMBOLOS PRECOLOMBINOS COSMOGONÍA, TEOGONÍA, CULTURA



Símbolo en la portada
de la primera edición

Mencionamos anteriormente el *Programa Agartha*, y ciertamente, siguiendo un orden cronológico, ésta sería la segunda obra en publicarse. Sin embargo, y como ya dijimos, ese Programa estaba estructurado en forma de fascículos que se iban distribuyendo semanalmente, no tomando el formato de libro propiamente hablando sino hasta el año 2003 en que salió publicado en la revista *SYMBOLOS* en su N° 25-26, y bajo el título definitivo de *Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*.

El año 1989 aparece *Los Símbolos Precolombinos: Cosmogonía, Teogonía, Cultura* (Ed. Obelisco), libro que ha conocido una nueva edición en el año 2003 bajo un título ligeramente distinto: *El Simbolismo Precolombino: Cosmovisión de las culturas arcaicas* (Ed. Kier), el cual se ha visto enriquecido con numerosos grabados que ilustran el texto al mismo tiempo que constituyen por sí solos toda una meditación en el carácter mnemotécnico del símbolo, en este caso precolombino. Diremos que las citas que a continuación haremos de este libro las hemos tomado de esta nueva edición.

En la cronología de la obra de nuestro director existe una lógica en el hecho de que el primer libro publicado fuese el de *La Rueda*, pues como ya dijimos en éste se vierte la síntesis de todo lo que constituyó su enseñanza oral a lo largo de muchos años y fruto

del estudio y vivencia directa de la energía-fuerza del símbolo, es decir de su ritualización e incorporación a la propia cotidianidad de la existencia, que es una condición imprescindible, según nos enseña constantemente esa obra, para que las ideas que vehiculan los símbolos se revelen con toda su intensidad a nuestra conciencia y *operen* su transmutación. "La vida va en serio", ha dicho muchas veces Federico.

Esos estudios y esa vivencia no se circunscribirían tan sólo a la simbólica específicamente hermética y de la tradición occidental, sino que abarcarían también a las tradiciones precolombinas, y fruto de esto último es precisamente este libro que debemos considerar como fundamental en la bibliografía de su autor. Naturalmente el de *La Rueda* también lo es, como lo son todos y por distintos motivos (pues en realidad su conjunto es el resultado de la unidad intrínseca que a todos relaciona y entrelaza, como sucede con cualquier sistema ordenado, el cosmos por ejemplo, y bajo esa óptica hay que abordarlos), pero en *El Simbolismo Precolombino* de alguna manera se expresa la plenitud del pensamiento del autor sobre la Ciencia Sagrada y la Filosofía Perenne al estar dicho en él todo lo esencial sobre ellas, abriendo al mismo tiempo numerosos ámbitos de trabajo con los símbolos universales, por lo que siempre será una referencia doctrinal importantísima y un modelo permanente de lo que ha de ser una investigación seria y ordenada sobre la Tradición y la Cultura, y en este sentido podemos decir que este libro es complementario con el de *La Rueda* y también con sus dos obras más recientes: *Hermetismo y Masonería: Doctrina, Historia, Actualidad*, y por otro lado *Las Utopías Renacentistas: Esoterismo y Símbolo*. [Posteriormente a la publicación de este artículo ha aparecido *Presencia viva de la Cábala*].

Asimismo, las culturas y civilizaciones que conformaron el mundo precolombino nos pueden servir de paradigma para tener una idea de cómo fue la génesis y desarrollo de las sociedades de la Antigüedad, y de cómo también se relacionaban entre sí las que convivían en una misma área geográfica, e incluso en un continente entero (como el caso mismo de América o del área Mediterránea, o del Africa negra, o de Oceanía, etc.), y de cómo, en fin, aquellas sociedades concebían precisamente esa génesis y ese desarrollo en el tiempo (incluso su decadencia y desaparición, total o parcial), ajenas por completo a cualquier tipo de teoría "evolucionista" y "progresista" tan característica de la mentalidad racionalista (que no racional), que en un momento determinado de la historia va invadiendo poco a poco el mundo entero a partir de su epicentro europeo. En este sentido he aquí lo que se nos dice en las págs. 51-52:

Desde los esquimales y los indios de Canadá y Norteamérica, hasta los araucas y pampas de Chile y Argentina, se extiende un inmenso complejo de mitos, tradiciones, símbolos, ritos, usos y costumbres, formas de vida, etc., que pese a su variedad se articulan coherentemente y nos proyectan una imagen de lo que fueron esas culturas antes de la conquista y la colonización, aunque muchas de ellas ya se habían perdido por ese entonces

—o refundido con otras— o se hallaban más o menos tergiversadas con respecto a sus orígenes, solidificadas en formas menores por designios históricos a través de razones políticas y económicas. Por otra parte al arribo de los europeos este enorme rompecabezas de culturas se hallaba en estados disímiles de 'desarrollo'. Este 'desarrollo' al que nos referimos no es de ningún modo 'progresivo', como si fuese un avance conjunto y lineal del hombre como miembro de la evolución de la especie, o como inventor de los 'adelantos' científicos, sino que aquí es considerado en cuanto a las diferentes etapas cíclicas —nacimiento, juventud, madurez, decadencia— en que normalmente se desenvuelve cualquier cultura para finalmente desaparecer, y volver a surgir en otra forma, que se genera a partir de los gérmenes antiguos y que correrá igual suerte que sus precedentes y las que le seguirán. Esto es particularmente claro en la América Antigua, donde los restos de viejas civilizaciones convivían —y conviven— con nuevas maneras y modos culturales en distintas etapas de evolución —por diferentes motivos particulares—, lo que configuraba un complicado mosaico de pueblos, un enjambre de costumbres y usos, de formas y colores múltiples y cambiantes —que a veces coexisten en una misma sociedad— pero con un soporte, una estructura común, constituyendo un todo vivo y dinámico. Un conjunto de ciclos y ruedas que se interrelacionaban entre sí y se comprendían las unas dentro de las otras y éstas a su vez con unas terceras, etc., con lo que todas directa o indirectamente estaban integradas en un continente. Tal si fueran engranajes independientes pero interligados, encajando con otros con los que componían el mapa o panorama de América.

Dicho esto, no pasa inadvertido que la primera edición de *El Simbolismo Precolombino* se publica prácticamente cuando están a punto de cumplirse los quinientos años del "descubrimiento" de América, lo que conforma un ciclo histórico completo. Lo decimos para destacar el hecho de que este libro también supone un "redescubrimiento de América" (y este es precisamente el título de uno de sus capítulos), en el sentido de conocer lo que fueron verdaderamente aquellas culturas anteriores a la llegada de los europeos, su Arte y también su Ciencia (de una extraordinaria y sutil complejidad), y su Metafísica, así como su concepción sagrada del mundo y de la vida, las gestas creadoras de sus dioses y de sus héroes civilizadores descritas en sus textos revelados, etc. Sin duda alguna la pérdida prácticamente completa de esas culturas, y consecuentemente de las estructuras del pensamiento que las hicieron posible, resulta desoladora, nos dice Federico, y más cuando se alcanza a comprender la magnitud y la calidad de esas civilizaciones tradicionales, que tuvieron unas características propias tan sutiles y sorprendentes en algunos casos que no se las puede hallar en ninguna otra parte:

Quien se haya dejado fascinar por la atmósfera y la belleza de las civilizaciones precolombinas podrá comprender con claridad a qué nos

estamos refiriendo. Daremos un sencillo ejemplo apenas emulado por la mitología griega. Se trata en este caso de los mitos mayas de la creación, los que se expresan de manera notoriamente humorística, pero con una comicidad áspera y gruesa, cuando no grotesca y sangrienta. Pues toda gestación –la del sol, la del hombre, la del maíz– parecería ser el fruto del engaño, la burla, la dificultad, la contradicción, el castigo o la venganza, expresados de una forma casi tan cínica y sardónica como desenfadada que, por cruda, pudiera parecer chocante. El sacrificio y el crimen ritual y la constante contradicción de los opuestos se contraponen en una astuta danza de ritmos encontrados, descabellada y desopilante, en la que domina la presencia permanente de lo discontinuo, lo intempestivo y lo absurdo, de lo absolutamente paradójico e irreal y donde el único elemento constante es la transformación de los seres y la mutación de las formas que aparecen y desaparecen, mueren y nacen y participan de una misma sustancia universal. Esta descripción de los orígenes (es decir la forma que toma para los indígenas cualquier concepción) tiene en su base algo absolutamente extraordinario, asombroso, desproporcionado, tal vez monstruoso y por cierto sagrado, que despierta como reacción inmediata de atracción y rechazo la hilaridad y provoca la carcajada como una manera de evocación del hecho asombroso o divino, del tiempo atemporal, llamando así al hado mediante la exaltación, el regocijo desmesurado –capaz de producir un estado análogo al del tiempo mítico, las chanzas, fiestas y libaciones rituales. Tal vez sea necesario realizar un esfuerzo psicológico cada vez que nos encontremos con ejemplos como éste en nuestra investigación del mundo precolombino y en general en todos los estudios universales referidos a símbolos, mitos y ritos, pues éstos, como manifestación de lo sagrado son bien distintos de lo que el hombre ordinario pretende o imagina. Si no se efectúa este trabajo y no somos capaces al menos de variar nuestra perspectiva, de cambiar el punto de vista respecto a la comprensión de estas expresiones, ellas nos parecerán burda y simplona ignorancia llena de superstición, de acuerdo a patrones y programaciones donde la deidad, lo sagrado, es vinculado estrechamente con la pompa, la solemnidad, lo "sublime" las maneras exteriores y la higiene, cuando no con una pretendida austeridad egoísta y seca, no creativa, o una actividad devota y moralista ("La Simbología Americana", p. 26-27-28).

Títulos como este último, o como "Los Símbolos, los Mitos y los Ritos", "El Centro y el Eje", "El Mundo Precolombino", "Ciertas Peculiaridades en la Visión del Mundo de una Sociedad Arcaica", "La Iniciación", "Cosmogonía y Teogonía", "El Cosmos y la Deidad", "La Dualidad: Energías Descendentes y Ascendentes", "Algunos Símbolos Fundamentales", "El Simbolismo Constructivo", "Plantas y Animales Sagrados", "Arte y Cosmogonía", "Mitología y *Popol Vuh*", etc., de entre los 20 que componen el libro, nos ayudan a conocer, o en cualquier caso a despertar el interés

por conocer la inmensa riqueza de las culturas precolombinas, "equiparables a las más sabias y refinadas del mundo entero". A todo ello efectivamente se nos convoca con esta obra, pues los testimonios y los fragmentos todavía vivos que quedan de ellas están ahí para todo aquel que quiera acercarse a ellos sin ningún tipo de prejuicio, ya que:

lo único que se necesita para realizar una investigación de esta naturaleza es buena voluntad, interés y paciencia, armas con las que se puede conquistar la comprensión de las culturas precolombinas, tanto en su carácter formal o substancial de manifestación, invariablemente rico, admirable y sugerente, como en su realidad, es decir, en su auténtica raíz, en su esencia; lo que es comprenderlas de verdad, o sea, hacer nuestros esos valores, ese conocimiento, que nos legaron. También es comprender una sociedad tradicional e igualmente la mentalidad arcaica, origen de todas las grandes civilizaciones, entre las cuales se destaca la precolombina, a la par de las mayores conocidas que se hayan dado tanto en Occidente como en Oriente.

Por otra parte, descubrir su cosmovisión, a veces análoga y a veces exacta a la de otros pueblos es (...) igualmente la prueba de que existe una cosmogonía arquetípica, un modelo del universo cuya estructura manifiesta lo que se ha dado en llamar la Filosofía Perenne (p. 115).

En realidad esto último es una de las muchas enseñanzas que se desprenden de *El Simbolismo Precolombino*, pues en esta obra extraordinaria (imprescindible para cualquier persona interesada de verdad en la búsqueda del Conocimiento mediante la Vía Simbólica, como lo es también otra obra igualmente extraordinaria, y de la que ésta es ciertamente complementaria: hablamos de *Símbolos Fundamentales de la Ciencia Sagrada*, de René Guénon) los símbolos de las culturas indígenas de América se enseñan en comunión con los símbolos, ritos y mitos de esa Cosmogonía Arquetípica y Unánime, y el resultado no puede ser otro que el alumbramiento de una síntesis totalizadora que hace pedazos las imágenes de nuestro pequeño mundo por trivial (el del hombre viejo) y nos hace ver claramente que el trabajo con la Simbólica no tiene límites en cuanto al objeto de su investigación, que no es otro, propiamente hablando, que la historia de las ideas universales (o sea la Historia Arquetípica y vertical) bajo las cuales esa historia se ha manifestado y que son el núcleo, centro y directriz de la verdadera Cultura. Los nacidos en esta época de fin de ciclo somos en realidad herederos de *todas* las culturas generadas a lo largo de la historia humana y "desde tiempo inmemorial", y nada de ellas nos es por tanto ajeno, y reconocer esto, en lo que ello significa de apertura de la conciencia a otros espacios más amplios de ella misma, es un jalón importante en el viaje o aventura del Conocimiento y una de las enseñanzas básicas que se desprende también de la obra entera de nuestro autor, que como todas aquellas que tratan de la Ciencia Sagrada tiene distintos niveles de lectura –pues siempre aparece en ella una idea nueva que no habíamos advertido antes, o que habíamos comprendido a un nivel determinado, y

que de repente se muestra bañada bajo una nueva luz, haciendo que nuestra inteligencia se revele un poco más a sí misma, gradualmente, tal cual se vive todo proceso que necesita su tiempo de maduración para ser entendido, comprendido y asimilado de una vez para siempre.

Un ejemplo de esto que decimos lo tenemos precisamente en el libro del que tratamos (que es también, no hay que olvidarlo, un estudio sobre lo "arcaico" como quedó dicho), y en donde en un momento dado se nos dice que si podemos ver con claridad que los símbolos de todas las culturas:

se refieren a una misma y única realidad que esos símbolos describen, y que atestiguan el conocimiento de una cosmo-teogonía universal como soporte de la realización ontológica y metafísica, entenderemos no sólo la unidad arquetípica de las tradiciones y su unánime visión del mundo, sino que este acontecimiento también se convertirá en un instrumento para abolir nuestro condicionamiento histórico y las concepciones mentales que trae aparejadas, convirtiéndose todo el proceso en una auténtica liberación de perspectivas impuestas y prejuicios que se vivirán como relativos, secundarios o equivocados. En el caso de las culturas indígenas el andamiaje de preconcepciones, susceptibilidades y fantasías es tan vasto, que deruir esas falsas estructuras interiores y salir de la ignorancia es una verdadera labor intelectual donde el estudio, la meditación y la concentración en el símbolo, las formas tradicionales, la filosofía y la antropología, la física y la metafísica, e igualmente el arte de los antiguos americanos nos servirán de vehículos catárticos de conocimiento. O sea que nos permitirán escapar de nuestras valoraciones tan ligeramente aceptadas y de nuestros condicionamientos a los que tan insensata como funestamente nos aferramos. Y esta labor de comprensión y síntesis preparará el terreno para cimentar un nuevo campo mental, un espacio diferente donde las cosas y la visión que tenemos de ellas y de nosotros mismos sea distinta y se viva como más auténtica y real en el sentido de no concebirlas —o de no concebirnos— como entes aislados del contexto y tan sólo como objetos entre objetos. Sino que optaremos por vivirnos como sujetos del Conocimiento y por ende como partícipes de algo vivo y misterioso, siempre actual —y por lo mismo ahistórico, o transhistórico— susceptible de ser realizado por cada individuo en el secreto de su intimidad (cap. XVII. "Arte y Cosmogonía". p. 242-243).

Entender esto es fundamental, viene a decirnos Federico, pues el símbolo ha de llevarnos finalmente (y esa es su función esencial) a un estado de virginidad y de "ignorancia" (la "docta ignorancia" de que habla Nicolás de Cusa) que nos permita recuperar la capacidad de asombro ante el Misterio de la Deidad, del Sí Mismo, que se nos presenta como una realidad absoluta que estremece por su pureza e inviolabilidad, más allá de cualquier especulación teórica:

La realidad de lo sagrado, que se impone por sí misma, es percibida en la interioridad de la conciencia y se manifiesta como lo único, lo efectivo y verdadero. Como una presencia no sujeta al devenir, inmutable, que no necesita de nada ni nadie, ya que en sí misma es eterna. Frente a esta vivencia donde el hombre alcanza su auténtico ser, las demás cosas serán entonces relativas y su valor estará dado en la medida en que a su nivel son las expresiones del Ser Universal, al que testifican y revelan, pasando a ser símbolos, soportes del conocimiento, o perennes gestos rituales (p. 47).

Entendemos que con *La Rueda* (que es en cierto modo un homenaje a la cultura occidental, es decir a las ideas motrices que desarrollaron la civilización europea desde sus orígenes grecolatinos, herméticos y judeo-cristianos, y que encontraron tres momentos históricos álgidos: Alejandría, el Medievo y el Renacimiento) y *El Simbolismo Precolombino* (que es por su parte un homenaje a las culturas indígenas del Nuevo Mundo), su autor ha realizado en sí mismo esa síntesis de que hablábamos anteriormente, y en este sentido no deja de ser interesante destacar que tanto la cultura europea como la precolombina forman parte del legado de todos los nacidos en América desde su "descubrimiento" en el siglo XV, e inversamente, también de los nacidos en Europa desde esa misma fecha, pues como en este último libro se afirma el descubrimiento fue mutuo para ambas partes. No puede expresarse de forma más clara:

Tanto para los nacidos en Europa como para los americanos, descubrir en estos tiempos que corren que los símbolos y las manifestaciones culturales del Viejo y del Nuevo Mundo se refieren a las mismas realidades y son esencialmente idénticos (pese a que la propia cultura y educación niegan esos símbolos y sus significados y por esa razón esto se desconoce), es un choque emocional e intelectual. La aceptación auténtica de este hecho equivale a un trabajo consigo mismo efectuado en profundidad, que desembocará en la abolición de todo un mundo de imágenes caducas con el consiguiente nacer de nuevas perspectivas de todo tipo. Es igualmente conciliar los opuestos de dos culturas aparentemente contradictorias y asimilar la herencia de ambas en el punto aquel en que ellas no se excluyen sino se complementan. Y es tal vez encontrar de manera personal el sentido del descubrimiento de América cantado por San Juan de la Cruz como el hallazgo "de una ínsula extraña", tomada por Tomás More como capaz de albergar su Utopía, imagen de un verdadero mundo nuevo, simbólicamente situado en lo que entonces eran las Indias y posteriormente "la tierra firme del mar océano", paraíso mítico directamente vinculado con una nueva posibilidad de ser, lo que es lo mismo que encontrar en lo individual un destino histórico en un mundo significativo (p. 243-44).

El tema de la Utopía aquí mencionado lo tratará ampliamente nuestro director años más tarde en *Las Utopías Renacentistas. Esoterismo y Símbolo*. Pero, como estamos

viendo, se trata de una idea constante en su obra, pues en realidad esa "Utopía" no deja de ser una imagen de la Ciudad Celeste, descrita de muchas maneras en todas las tradiciones de forma unánime y recurrente ya que es en ella donde está el origen y el destino de todo ser humano, y por supuesto la idea misma y el desarrollo pleno de la cultura y la civilización tradicional encuentra en esa Ciudad del Cielo su auténtico modelo arquetípico.

Precisamente esa idea de un mundo que es el "motor inmóvil" de todo cuanto existe está presente en la simbólica de los calendarios Mesoamericanos, los cuales suponen para esas culturas precolombinas la síntesis más perfecta y la culminación más elaborada y compleja de su pensamiento cosmogónico y metafísico, y en este sentido no nos extraña que el autor haya dejado para los dos últimos capítulos el estudio sobre ellos, estudio que necesariamente ha de estar ceñido a sus aspectos esenciales sin entrar en grandes desarrollos, pues de hecho se requeriría un libro entero para ello. Pero hemos de decir que son más que suficientes no sólo para su comprensión cabal sino para servirnos como guía y modelo en cualquier investigación que se quiera realizar al respecto como parte del trabajo interno. Tengamos en cuenta que, como él manifiesta, los calendarios en general, pero en particular los Mesoamericanos, reúnen dentro de sí un conjunto de distintas simbólicas que se interrelacionan entre sí (la Escritura, los Ciclos y Ritmos Cósmicos expresados a través de determinadas constelaciones y planetas, incluida la luna y también la tierra con sus tres "movimientos" fundamentales, los de rotación, traslación y el que genera la precesión de los equinoccios; la Rueda, el Cuadriculado como instrumento de Conocimiento que atrapa "como en una red, las leyes cósmicas que en él se reproducen", etc.) llegando a conformar una réplica perfecta de la estructura interna del Cosmos, del funcionamiento de la Armonía del Mundo como manifestación sensible y sutil, es decir en cuerpo y alma, de la Mente Divina, del *Noûs*, dicho en lenguaje del Hermetismo alejandrino. Como nos dice Federico, el calendario

Traduce la manera de concebir el tiempo de los antiguos americanos, en relación con el espacio, las deidades, el paso de los astros y estrellas, los estados de la materia, los colores y los demás símbolos y elementos asociados que constituyen el universo indígena y que conforman su cosmogonía. (...) Su cualidad [la del tiempo] es entonces parte constitutiva del cosmos, y su forma de manifestarse —que puede ser medida cuantitativamente en el espacio— la manera en que éste se expresa, y por lo tanto una clave para la comprensión de su esencia, un módulo válido para el conjunto de la creación. En esta perspectiva han de cobrar particular importancia las revoluciones de los astros y las estrellas en el firmamento, que por estables con respecto a la rapidez del movimiento de la tierra han de servir como guías y puntos de referencia para establecer las pautas generales del conjunto —la armonía de lo que Pitágoras llamaba la 'música de las esferas', la que se logra por la interacción de todos los movimientos

individuales, incluido el de la tierra y los hombres. Estos, en las culturas precolombinas según lo que llevamos dicho, no se vivieron a sí mismos como separados del cosmos pues la vida para las culturas tradicionales es una sola a pesar de sus múltiples manifestaciones de distinto orden. En ese fluir, en esa navegación de la cual es protagonista el ser humano, los objetos cambian de forma, y los fenómenos se suceden constantemente, como lo hacen los estados de ánimo de los dioses, en particular los vinculados a los fenómenos atmosféricos y la tierra, los que son los más veloces y cambiantes con referencia a la casi impasibilidad de las deidades más altas, que mucho más lentas y antiguas surcan el cielo con majestuosa imponentia. Si todo esto se da en el tiempo y éste constituye parte de la vida, asimismo se expresa en el hombre, cuyo ser no es sin el tiempo. Es decir, que las pautas que establecen las estrellas y los astros en el firmamento son equivalentes a las de la tierra y los seres humanos, y los períodos y ciclos que los caracterizan no son de ninguna manera arbitrarios sino que corresponden a un plan universal que cada una de sus partes refleja a su manera; siendo el total el conjunto arquetípico, el modelo que se repite de modo invariable y que se expresa por 'medidas', módulos simbólicos y números que se interrelacionan indefinidamente entre sí, creando de continuo el asombroso universo. De este mundo de analogías que conforman el cosmos, el tiempo, la vida, tratan los calendarios mesoamericanos (cap. XX: "Los Calendarios Mesoamericanos", p. 276-77).

III EN EL VIENTRE DE LA BALLENA TEXTOS ALQUÍMICOS



Jonás en la portada del libro

El año 1990 ve nacer *En el Vientre de la Ballena: Textos Alquímicos* (Ed. Obelisco), poemas en prosa de hondura metafísica

Tu nombre es silencio. No el silencio audible de la belleza; ni siquiera la música perfecta de las esferas. Tu nombre es no. He caído fulminado en el piso del cuarto de baño. Me he visto estremecido y como un pellejo u odre vacío, abismado por la sola idea de lo que tú no eres, de aquello que no has creado. Verdadera dimensión del infinito, tu no ser (...).

que destilan la quintaesencia de la Gran Obra Alquímica teniendo como materia prima la propia vida, pues no otra cosa tenemos, la cual cobra pleno sentido y significación cuando se pone al servicio de lo único que realmente importa y para lo cual el hombre ha sido convocado desde su nacimiento:

La idea, aunque parezca ingenua, es la de abandonarlo todo y dedicarnos a la búsqueda de la verdad. Por una parte, nos quedamos sin nada y no lo aceptamos. Por la otra es lo único que nos ha interesado jamás y lo que dejamos en el camino no es sino un vestido imaginado. Al comienzo aquello de tener que morir es como siempre sólo una imagen (...).

podemos leer en un lugar de esos textos, y la idea de esa búsqueda aparece nítida cuando uno se da cuenta de que

las posesiones más esclavizadoras son las mentales, las que conforman nuestra personalidad.

y que vivimos en el mundo inferior, en el *infernus*, identificados con la tontera perpetua, con la puerilidad y el infantilismo que nos mantienen esclavos del "príncipe de este mundo". En este sentido, hay en algunos de esos textos alquímicos (cortos, como píldoras que son toques de atención para despertarnos del sueño) una enseñanza implícita destinada a desenmascarar a esas "fuerzas oscuras" que arrastran al ser humano a la literalidad, al plano más bajo de sí mismo (creyendo que éste es toda la realidad), adornado con las luces engañosas del "peligroso reflejo lunar", el que ilumina al medio profano que nos circunda y ante el que hay que estar completamente alertas para evitar que nos borre la Memoria de la realidad que somos:

La urgencia de encontrar la fuerza suficiente como para poder salir del pantano. La necesidad de abrir la puerta, pospuesta desde siempre. El amor al Conocimiento, sempiterna búsqueda del hombre. La idea de que existe una verdad, una clave, aunque nosotros no la sepamos. Caer en cuenta de que uno va poniéndose mayor, que no puede seguir haciéndose el distraído. Entender que todo es un enigma interesantísimo que apenas se comienza a develar justifica cualquier existencia. Puede ser que haya dolor, cierta angustia muy grande y terriblemente cegadora. Como el sol sale y se pone nuevamente todos los días, esos momentos pasan y se reiteran. Esos instantes jamás podrían ser un fin en sí mismos, sino que ellos nos brindan la oportunidad de trascenderlos. El viaje es largo y por etapas. Recordemos por otra parte que hay una promesa liberadora y un pacto que compromete por igual a ambas partes.

Es decir, a uno mismo y a la Tradición, que viene en nuestro auxilio cuando más lo necesitamos a través de sus emisarios, ya sea mediante los símbolos y el modelo del

universo,

Con veintidós signos o claves conocidas con el nombre de letras se completa un código que abarca la totalidad de las cosas que pueden ser nombradas, sin exclusiones ni omisiones posibles. Diez son los dígitos con los que se pueden obtener las indefinidas combinaciones de las posibilidades numéricas. Las letras son complementarias a los números como la geometría lo es a la aritmética (...). Nada hay fuera del lenguaje salvo lo Innombrable (...).

ya por medio de la genealogía espiritual, mítica y humana, de la "cadena áurea", o de todo eso al mismo tiempo, pues resulta que los antepasados están vivos, como los dioses, y existen como ellos en el interior de nuestra alma:

He estado con Platón esta mañana. Me lo he encontrado mientras iba ensimismado por el parque central. Hablamos de Orfeo y que no hay magia más espectacular que la vida misma. (...) Al recordar estos hechos he llegado a la conclusión de que sólo alterno con gente destacada. Soy amigo de profetas y de inspirados, compañero de filósofos y sabios, todas personas muy distinguidas. Me parece muy buen programa estos diálogos con Platón. Estos intercambios con Proclo, con Dionisio Areopagita, con mi maestro, conmigo mismo.

El vientre de la ballena es el propio atanor alquímico ("donde lo espeso va quedando abajo y lo etéreo sube") y un símbolo también de la caverna iniciática, o sea la vida misma que, al tratar siempre de comprenderla, deviene, o es tomada como un rito:

La llave perdida en la gruta de la montaña. Siempre un punto marca la puerta, señala y revela la salida. Voy a colocarme a la luz y al calor de la pasión contenida, de la atención concentrada, de la reiteración ritual sucesiva (...)

allí donde la dialéctica pérdida-encuentro del ser individual constituyen el ritmo fundamental del viaje hacia la Patria Celeste, hacia la Unidad, y que ejemplifica las indefinidas muertes y nacimientos, disoluciones y coagulaciones por el laberinto del plano intermediario, del "vientre de la ballena", hasta que se produce el milagro de la sublimación:

El tiempo por primera vez se ha detenido en su constante deambular, aunque todo es tan sutil y tan difícil de advertir; aun para ti mismo. Y tú has nacido a la realidad exactamente en ese instante. El embarazo ha llegado a su fin y se ha producido tu alumbramiento, al que los sabios llamaban la hora de la muerte. Tu creación, no la mera sucesión de espacios y tiempos indefinidos, sino tu auténtico ser, tu identidad. No nacida ni de la

carne ni de la sangre y ni siquiera de querer de hombre. Has roto lo que te limitaba al tomar conciencia de ti y todo se ha realizado simultáneamente. Has sido tu padre y tu madre y la creatura. Te has tallado un nuevo rostro que tú has elegido por obra de la gracia. Te has moldeado haciendo una obra de arte contigo a tu imagen y semejanza.

La búsqueda ha llegado a su fin cuando el viajero comprende que nada había que buscar que no estuviera ya en él desde toda la eternidad. El modelo del Universo ha sido encarnado y se convierte en el soporte de la regeneración permanente, y se comprende que la "fuente de inmortalidad" alquímica no es otra cosa en verdad que la reintegración del ser en el centro de sí mismo y descubrir que cada día es el primero de la creación. El Conocimiento se ha hecho en uno, y como se dice en la Cábala, el destino del hombre, como el del mundo, es el Misterio, lo No-manifestado, ¿Quién?.

Ahora todo es mucho más misterioso y sencillo y semejante a la vida cotidiana. Se caería en la tentación de pensar que no pasa nada, si aquello no estuviese siempre presente dando realidad a todo lo que existe. Este es un estado más sutil donde no hay novedad porque en la renovación perpetua no hay novedad posible. Donde la conciencia no distingue demasiado entre lo uno y lo otro y donde nada se ha perdido, ni debe hallarse, porque así ha sido desde siempre.



SYMBOLOS

REVISTA INTERNACIONAL DE ARTE - CULTURA - GNOSIS

Además de la publicación de *En el Vientre de la Ballena*, en el año 1990 aparece también el primer número de la revista *SYMBOLOS*, que nace, al igual que toda la obra de Federico González, con vocación de difundir y de ser una voz de la Tradición Unánime bajo la forma de la Tradición Hermética y de las Ciencias y Artes de la Cosmogonía a ella ligadas. De hecho *SYMBOLOS* es parte constitutiva de la misma obra de nuestro autor, no sólo porque él sea su fundador, director e inspirador, sino también porque en ella va a desarrollar una labor intelectual de gran calado y que irá desgranando número a número (contando también dentro de esa labor a sus "Cartas Editoriales", a veces llamadas "Cartas al Lector"), escribiendo artículos en los que

ampliará temas ya tratados en sus libros anteriores, al tiempo que tocará otros nuevos, y todos ellos relacionados con la profundización en la Cosmogonía Perenne y el enderezamiento doctrinal fundamentado en la Metafísica, tan necesario en estos tiempos de tribulación y de profunda ignorancia en lo que respecta a las cuestiones esenciales que realmente importan a la naturaleza humana, que, en general, sólo manifiesta en la actualidad sus estados más periféricos e infrahumanos (creyendo además que éstos son los únicos), estimulados por una ciencia excesivamente tecnificada que se acompaña de una degradación generalizada que afecta a todos los ámbitos del ser humano, con la pérdida casi total de los valores éticos y de cualquier otro tipo, y desde luego de los auténticamente espirituales.

Nuestro director toma muy en cuenta los "signos de los tiempos" (a los que observa plasmándose constantemente en la cotidianidad), y conociendo perfectamente la simbólica de las leyes cíclicas, sabe, atendiendo a lo señalado unánimemente por todas las tradiciones, que nos encontramos en la conclusión de un gran ciclo que afecta al conjunto de la humanidad, y no sólo a una parte de ella como ha sucedido en otros momentos del mismo. Ahí están, sin ir más lejos, los cuatro números correspondientes a los años 1998-1999-2000-2001 dedicados enteramente a la simbólica de [Fin de Ciclo](#) (con un total de 1600 páginas aproximadamente), y que desde luego constituye una decidida contribución al Esoterismo contemporáneo a la par que brinda un conocimiento en profundidad de la realidad de nuestro tiempo, tomando como referencia principal la Ciclología o Ciencia de los Ritmos y los Ciclos ("otro nombre de la Filosofía Perenne", según palabras de Federico) y su vinculación con la Astronomía-Astrología y por supuesto con la Historia y la Geografía Sagradas.

Estamos viviendo un momento crucial en la historia de la humanidad y urge "reunir lo disperso", labor a la que

SYMBOLOS, de la mano de su director, se ha dedicado enteramente desde su primer número, creando desde el principio un espacio, marco o encuadre significativo que es como una imagen del "arca" receptora de las ideas tradicionales en sus distintos modos, formas y códigos de expresión, admitiendo en su seno distintos puntos de vista, diferentes enfoques con que abordar esas ideas, todos coexistiendo entre sí, como no podía ser menos, sobre todo cuando en sus páginas de lo que se trata es justamente del Símbolo y la pluralidad de sus significados, de su riqueza, de sus múltiples sentidos e interpretaciones que recorren toda la gama del colorido existencial, hasta la metafísica, que es verdaderamente donde todos esos puntos de vista, esa polivalencia y multiplicidad de sentidos e interpretaciones se concilian y unifican en lo esencial.

A lo largo de sus, hasta ahora, quince años de existencia

SYMBOLOS ha acabado por convertirse, dentro del medio esotérico al

que va dirigida, en una referencia importante en el orden de las ideas, y para muchos se ha constituido, y sin que lo hubiera pretendido, en una especie de atalaya desde donde observar el panorama del ambiente esotérico de su época; un punto de vista privilegiado ya que había intervenido directamente en las cuestiones de las que trata el tema, incluso de modo polémico, a la par que daba cuenta a través de comentarios, recensiones, y aun de la fotográfica reproducción de sumarios (...) del movimiento esotérico en general; en tanto que Guénon, la Tradición Hermética y la Masonería, como medios de acceso al Conocimiento en particular, es decir, como guías y senderos de realización, constituían el temario en el que insistía especialmente nuestra revista. (*Esoterismo Siglo XXI: En torno a René Guénon*, p. 12).

En efecto, los temas que

SYMBOLOS ha ido desarrollando desde sus inicios giran –aunque no han faltado muchas referencias a la Tradición Precolombina– en torno a la obra de René Guénon, la Tradición Hermética y la Masonería, que son como los tres pilares sobre los que se asienta todo el andamiaje intelectual de los colaboradores habituales de la revista,⁽⁵⁾ lo cual por sus propias características conforma una mirada sobre el esoterismo contemporáneo", dice el autor en otro lugar del libro recién citado. Una mirada y también, hay que decirlo, una influencia benéfica sobre ese mismo esoterismo, pues nada hay más benéfico en el plano de las ideas que abogar por la claridad de las mismas, sabiendo que esas ideas se refieren constantemente a la posibilidad de la construcción de la Ciudad Celeste, a salvo por completo de la contaminación del mundo sublunar. En este sentido, hemos de decir que en varias ocasiones *SYMBOLOS*, conducida por su director, ha tenido que señalar las tergiversaciones, intencionadas o no, que determinados medios e individualidades han hecho sobre contenidos y aspectos esenciales de la doctrina, creando la confusión en la jerarquía de las ideas, como por ejemplo la de identificar la Metafísica con la religión, que es uno de los errores más graves, y del cual F. Schuon y sus acólitos y cómplices son los máximos y tristes representantes. Desde las páginas de *SYMBOLOS* Federico González ha denunciado con toda la firmeza y rigor necesarios la impostura de Schuon y las maniobras de sus seguidores en la continuidad de esa confusión de las ideas, que pueden incluso llegar a truncar definitivamente el mismo proceso de Conocimiento, con lo cual todos esos personajes se convierten, y utilizando las palabras del propio Guénon, en "agentes" de la contrainiciación, o sea cómplices más o menos inconscientes del Adversario, también llamado "príncipe de la mentira". Ni qué decir que esas denuncias y desenmascaramientos realizadas por nuestro director siempre han sido hechas desde el plano de las ideas, fundamentadas en la

doctrina, y como una contribución al esclarecimiento en el muchas veces turbio panorama esotérico actual, y por supuesto que esa labor de "criba", de separar la paja del grano y de señalar la cizaña para cortarla de raíz, forma parte de la enseñanza que de él hemos recibido, pues ante todo esos personajes son internos, y enemigos de la auténtica evolución espiritual, que en el proceso alquímico cumplen un papel relacionado con la disolución y muerte del hombre viejo.

IV

EL TAROT DE LOS CABALISTAS. VEHICULO MAGICO



Arcano del Tarot de Marsella,
portada del libro

"El Tarot es un libro de sabiduría, un medio de conocimiento, una estructura de imágenes cambiantes, que nos permite por su propia simbólica y su idiosincrasia comenzar a observar hechos, fenómenos y cosas dentro de nosotros y en nuestro entorno que no podríamos haberlas supuesto sino por su intermedio. En este sentido es también un libro mágico, en cuanto posee en potencia el poder transformador que permitirá a nuestros conceptos e imágenes mentales el ir sublimando su contenido, ampliando así el campo de la conciencia".

Así comienza *El Tarot de los Cabalistas: Vehículo Mágico* (1993. Ed. Kier), la obra en la que Federico (que cuenta en este caso con la colaboración de Fernando Trejos) nos habla directamente de lo que es el símbolo en acción, es decir el rito como un acto de la inteligencia cuyas vibraciones sutiles alcanzan a todos los ámbitos de nuestra existencia. Este libro no trata del Tarot: es el propio Tarot el que nos habla a través de sus páginas, pues su autor ha penetrado en su esencia, en su magia teúrgica, en su metafísica, y lo que nos revela de su contenido no es el resultado de una mera especulación, sino de una experiencia vivida y encarnada de la Gnosis que lo conforma. En efecto, este libro es

una introducción al mundo del símbolo y sus interpretaciones polivalentes,

fundamentadas en años de trabajo con este instrumento sagrado y sus relaciones con otros métodos que atestiguan la cosmogonía y filosofía perenne. (...) Aprender a jugar con el Tarot es ir promoviendo situaciones y descifrando enigmas, enriqueciendo nuestra vida y universalizándonos (...) Trabajando con el Tarot, investigando sobre sus estructuras internas y los diversos simbolismos que polifacéticamente destella, pondremos a funcionar mecanismos de nuestra mente que nos servirán como despertadores para ir tejiendo relaciones y asomándonos a un mundo asombroso. (p. 9-10)

Estamos pues en presencia de un código simbólico esencialmente *operativo*, el símbolo en acción como decíamos anteriormente, que promueve la contemplación activa propia de todo trabajo iniciático, siendo ésta una cualidad intrínseca del Tarot. Las imágenes y símbolos que conforman su diseño y su estructura están ahí plasmadas sabiamente para provocar una auténtica transformación de nuestra psique por el reconocimiento de su verdadera identidad, pues como ha dicho Federico en alguna ocasión somos "la suma de nuestras imágenes *más* la Unidad". Sin ésta, sin el Ser que nos da la vida, esas imágenes, esas formas mentales con que se recubren las ideas, no serían absolutamente nada, sólo ilusión, vanidad de vanidades y sustento de diletantes "tradicionalistas".

A lo largo de sus páginas se nos hace partícipes de sus arcanos, que, si se los contempla y estudia con atención concentrada, aparecen como una perfecta síntesis de la Ciencia y el Arte Herméticos. Y es desde esa síntesis que se articula todo el sutil andamiaje de *El Tarot de los Cabalistas*, y es por eso también que, antes de entrar de lleno en la explicación de sus 78 arcanos, se nos va dando cuenta, a través de los cuatro primeros capítulos, de todos aquellos símbolos e ideas

estrechamente ligados con la simbólica del Tarot, su arquitectura y el espíritu que animó a quienes lo plasmaron. Comprendiendo estas ideas se logrará desentrañar los arcanos más oscuros de nuestra baraja.

Se refiere nuestro director fundamentalmente a los símbolos de la Alquimia, de la Astrología, de la Numerología y de la Cábala judeo-cristiana, y dentro de esta última más concretamente al Arbol de la Vida *sefirótico*, con el que precisamente el Tarot conserva una especial vinculación, como queda fehacientemente demostrado en todo el capítulo V, en donde además de dar una explicación sintética del contenido de cada una de los 22 Arcanos Mayores (relacionados con las letras del alfabeto hebreo y también con las *sefirot*), se hace especial hincapié en el simbolismo de los 40 Arcanos Menores y las 16 Cartas de la Corte en sus vinculaciones con los cuatro planos del Arbol de la Vida, simbólica que realmente constituye toda una revelación

que nos permitirá comprender a los prototipos actuando en los diversos planos o niveles del Ser. Haremos énfasis en las relaciones que estas cartas

tienen con las *sefiroth*. Meditemos en cada uno de estos símbolos y sus significados, y veremos cómo estos ejercicios intelectuales irán despertando nuestra intuición y conciencia, conectando nuestra mente con una Inteligencia Universal, no personalizada, en la que estos Arquetipos de la creación cobran vida. Abrámonos a las energías que detrás de estos Arcanos se ocultan y dejémoslas actuar en nuestro interior. Recordemos que ellas promueven la experiencia del Conocimiento y producen una auténtica transmutación. (p. 112-113)

Sin duda alguna este es un libro vital y necesario pues restituye la auténtica dimensión iniciática y esotérica del Tarot, el que también ha sido llamado "Libro de Thot" (es decir de Hermes-Mercurio), "venero de magia, misterio y sabiduría". No sólo lo rescata de las lecturas arraigadas en lo fenoménico y psicológico al más bajo nivel, sino que le devuelve su función de oráculo sagrado (como es el caso por ejemplo del *I-Ching* extremo-oriental, o los habidos en toda la Antigüedad Clásica grecolatina, incluso la Astrología Judicial y los Calendarios Mesoamericanos, etc.), que tuvo durante la Edad Media y el Renacimiento, épocas históricas durante las cuales las diversas corrientes del esoterismo occidental (hermético, cristiano y cabalista) diseñaron el Tarot tal cual ha llegado hasta nosotros en sus elementos esenciales, aunque sus orígenes históricos son difíciles de fijar, asociándosele en cualquier caso

con la actividad lúdica-sagrada presente en todas las tradiciones conocidas y que, en base a la estructura matemática de los ritmos y ciclos universales, se refiere a la proyección de determinados acontecimientos que se manifiestan de forma cíclica, y de algún modo previsible, dada la carga que los hechos y fenómenos poseen, ya que tienden a reiterarse de una manera análoga, pero jamás exacta. (p. 9).

La consulta al Tarot, y su consiguiente práctica, requiere por tanto una predisposición interior cuya premisa fundamental es el respeto a lo sagrado, y a no olvidar nunca los principios de los que emana todo su valor como símbolo y como oráculo, puesto que es mucho más que un instrumento de predicción. El capítulo VI, titulado "La Práctica con el Tarot" (en donde se ofrecen diferentes formas de tiradas para su consulta), se abre con estas palabras, igualmente reveladoras, acerca del significado de los oráculos, de su estructura sutil y su función mágico-teúrgica:

Ellos reproducen en pequeño un mundo de relaciones análogo al cosmos, a través de números, pautas, cifras o proporciones, en las que el Universo se expresa. Un oráculo es un mundo en pequeño y reúne dentro de sí la posibilidad de todo lo que ha sido y será. Incluye en su diseño una serie de alternativas rítmicas que se producen en determinados espacios y tiempos reincidentes, y que se signan aritmética y simbólicamente, y dan lugar a los cálculos de posibilidades. Estas relaciones numéricas, macrocósmicas y

microcósmicas, permiten la transposición de lo universal a lo particular, mediante un juego de coordenadas que el oráculo traduce a nivel sensible; de allí la posibilidad de constituirse en vehículos iniciáticos (...) En líneas generales podría decirse que la utilidad de consultar un oráculo es válida en cuanto el consultante desee obtener una radiografía interior de sí mismo, adecuada a la situación o pregunta que ha formulado, con todo respeto, en ocasiones solemnes. Por otra parte se debe recordar que el futuro es sólo una proyección del pasado, y que no somos ajenos a los acontecimientos que nos toca vivir. La reincidencia en nuestros gestos y acciones es algo que vale la pena observar en las respuestas oraculares. Más difícil es romper con las situaciones y hábitos que nos aprisionan; y en muchos casos lo que nos dice un oráculo es una sugerencia en ese sentido. Trate siempre de entender las respuestas por lo más elevado, y luego considérelas a distintos niveles (...) Lo más probable es que su destino sea completamente desconocido para usted mismo. (p. 145-146).

El capítulo VII y último lo constituye un breve diccionario de términos ligados con la simbólica del Tarot, y que sin duda alguna es un soporte más para lograr una clara comprensión de este "Libro Mudo" en el que, sin embargo, reverbera la voz perenne de la Tradición Primordial.

*

SYMBOLOS TELEMATICA Y CONSOLIDACION DE LA REVISTA

El tiempo transcurrido entre 1993, fecha de publicación de *El Tarot de los Cabalistas*, hasta 1998, fecha a su vez en la que iba a ser publicado su quinto libro, *Simbolismo y Arte*, Federico González está enteramente dedicado a consolidar la revista *SYMBOLOS* y a darla a conocer en los distintos medios esotéricos de Europa y América. Ello toma un nuevo impulso con la aparición, a partir de 1995, de los números monográficos anuales, el primero dedicado a "René Guénon", seguido en 1996 por el de "Tradición Hermética" y en 1997 por el de "Masonería", que encuentran un eco muy favorable en esos medios al mismo tiempo que acrecienta aún más si cabe el carácter de *SYMBOLOS* como revista de estudio y de trabajo centrados en los temas doctrinales que la definen desde sus comienzos. Como ya dijimos, a partir de 1998 hasta 2001 aparecen los cuatro números dedicados a la simbólica de Fin de Ciclo, seguidos en 2002 por "René Guénon II" (con más de 700 páginas), en 2003 por "Introducción a la Ciencia Sagrada: Programa Agartha", y en 2004 por "Lo Femenino-La Mujer", en uno de cuyos artículos, firmado por nuestro director, "La Mujer y las Utopías del Renacimiento", podemos leer lo siguiente:

La igualdad hombre-mujer no se da en base a planteamientos personales y de profesión sino que se produce por ser ambos hijos del Dios y la Diosa primigenios (Urano y Gea por ejemplo, entre los griegos), y poseer ambos un reflejo, aunque fuere invertido, pero suficiente, de la chispa divina, para pasar ellas a ser candidatas al Conocimiento, es decir herederas de la Sabiduría para lo cual toda valoración profana e historicista es sólo un aspecto secundario del asunto.

Mientras hombres y mujeres no encontremos la unión en el Conocimiento que prodigan dioses y diosas y no podamos mantener la imagen de la unidad del Cosmos, cada vez serán más irreconciliables los sexos, opuestos pero sin conjunción, enfrentados el uno con el otro, pese a las necesidades de todo tipo que no podrán solucionar conjuntamente. Lo cual significa la mayor fragmentación cósmica, donde ninguna armonía será ya posible.

No hay primacía del hombre sobre la mujer desde el punto de vista de la Tradición Hermética en cuanto al Conocimiento se refiere. Las diferencias son culturales y por lo tanto en otros ciclos históricos la situación no ha sido "favorable" al hombre sino a la mujer, lo cual no quita ni pone nada desde el punto de vista esencial; son pues cuestiones secundarias que no tienen por qué afectar a las damas que se entregan a la Ciencia Sagrada; las que harían bien en tomar a sus dificultades y a las pruebas que les tocan en el camino del Conocimiento como distintas a las de los varones en lugar de dejarse desanimar por situaciones que nada tienen que ver con lo principal.

Además era una mujer, la diosa griega Tiqué –la Fortuna– la que amparaba la ciudad terrestre, reflejo cosmogónico de la utópica ciudad del cielo, o academia numénica.

Páginas más arriba hablábamos de que nuestro director está atento a los "signos de los tiempos" e interpreta la realidad del mundo de acuerdo a ellos y de los principios metafísicos de los que en verdad todo emana. Uno de esos signos, vinculados con la "era electrónica" en la que vivimos, es precisamente la expansión de Internet a escala mundial, lo cual, y dejando aparte sus aspectos negativos por todos conocidos (pues como todas las cosas manifestadas es dual por naturaleza) a sus ojos supone una excelente oportunidad de hacer llegar a todos los lugares del planeta el mensaje de la Ciencia Sagrada, siendo esta en definitiva una manera de adaptación a los tiempos en el modo de transmitir dicho mensaje, como ha pasado siempre en la historia de forma cíclica y recurrente. Nace así, en 1996, *SYMBOLOS* telemática, y con ello la posibilidad de que nuestra revista y los beneficios intelectuales de que es portadora lleguen al mayor número de personas posible, a aquellas que están interesadas en los diferentes temas de la Ciencia Sagrada y Hermética, buscando en la soledad, o en compañía de otros, un referente doctrinal lo suficientemente sólido, serio y veraz por donde poder navegar hacia su destino por las procelosas aguas de este mundo

inferior. Para muchas de esas personas (cuyos mensajes y comunicaciones llegan a diario a la redacción de *SYMBOLOS*) estamos seguros de que nuestra revista, con todo su contenido y las innumerables ventanas que puede abrir a través de ese medio telemático, les está proporcionando la guía intelectual que sin su concurso les estaría probablemente vedada o extremadamente difícil de encontrar. Decir igualmente que en la estela de *SYMBOLOS* han ido apareciendo poco a poco distintas "páginas electrónicas" sobre los temas que nos ocupan, ya sean surgidas del propio Consejo de Redacción de la revista, o de algunos de sus colaboradores habituales, conscientes del papel que por encima de cualquier otra circunstancia cumple en el mundo de hoy la "red de redes" en lo que se refiere a la difusión de la Tradición Unánime en sus diferentes expresiones.⁽⁶⁾

V SIMBOLISMO Y ARTE



Como decíamos, en 1998 se publica *Simbolismo y Arte*,⁽⁷⁾ título cuyo nombre reúne dos de los temas más abundantemente tratados en la obra de Federico, quien en su primer libro, *La Rueda* (págs. 86-87), ya dejó escritas las siguientes palabras:

El símbolo y el arte —transmisores y receptores de energías— nos brindan la posibilidad de una salida, de una escala, de un camino a ser recorrido mucho más fácilmente de lo que uno se imagina. (...) Además, habiendo un modelo cósmico universal, la obra de arte ya está hecha. Ha sido simbolizada. Y tiene un plan y un orden. Todo nuestro trabajo consiste en rescatar y unir los fragmentos de uno mismo, hacia la síntesis definitiva (...) Se dice que el símbolo es uno mismo. Que la verdadera obra de arte es lo que pueda hacer cada cual consigo en el fondo de su corazón. Las producciones son secundarias y llegan por añadidura. Lo realmente válido se sitúa en la zona más misteriosa y desconocida. Y que por cierto nadie podrá juzgar sin equivocarse, pues la libertad interior es incalificable. Mucho menos por el propio interesado. Ya que ella no necesita de nada, pues siendo apenas la virtualidad de un punto, un espacio vacío, es simplemente lo que es.

Desde el punto de vista de la didáctica del Símbolo, de su enseñanza, este libro, *Simbolismo y Arte*, podría ser considerado también como una "síntesis definitiva" de todo lo que el autor había escrito hasta ese momento sobre la Simbólica y la

Cosmogonía Perenne. En este sentido, las obras posteriores a este libro (*Esoterismo Siglo XXI: En torno a René Guénon; Hermetismo y Masonería: Doctrina, Historia, Actualidad y Las Utopías Renacentistas: Esoterismo y Símbolo*) van a seguir tratando naturalmente de la Simbólica y la Cosmogonía Perenne, pero su enfoque, su atención, va a estar centrada más especialmente en aplicar su enseñanza a la Historia de las Ideas y de la Cultura, es decir a la Historia Sagrada, con lo cual se abrirán nuevos espacios, nuevos escenarios por así decir, a través de los cuales nuestro director va a continuar dando testimonio de la Tradición Viva y Unánime.

Estudiando y meditando este libro, *Simbolismo y Arte*, cuyo ajustado discurso conforma una poética, y "que como tal tiene un indudable trasfondo musical" (como se dice en la contraportada de la edición de 1998), y expresando por nuestra parte todo lo que es posible expresar con palabras (que siempre se quedan cortas), nos damos cuenta de que está escrito desde la esencia del Pensamiento que formula; que existe en él, en cada uno de sus capítulos, una concentración de energías, de ideas-fuerza, que son capaces por su propia dinámica interna de provocar una ruptura de nivel generada por la comprensión de su significado, y con ello la posibilidad de poder conjugar opuestos y engendrar nuevas ideas que nos permitan ser fecundos para con nosotros mismos e ir edificando nuestra morada interna. Por ejemplo, en el capítulo II, titulado "Simbolismo y Ciencia Sagrada", y hablando nuevamente de la función del símbolo y del arte en el proceso de Conocimiento, he aquí lo que se dice:

Si el símbolo es manifestación y si en lo más hondo de cualquier expresión se halla escondida una significación oculta, una realidad otra, es lógico pensar que el arte cumple una función extraordinaria como sistema de comunicación, y sobre todo de cohesión en el mundo, y gracias a él (a la concentración que le dio origen y la que a su vez origina), no se han perdido determinados valores universales que él ha fijado en distintos sitios y tiempos, testimoniando de esa manera la voluntad de ser, y señalando (más o menos conscientemente) los caminos de la libertad a través de la repetición de un acto creacional primigenio. El arte es símbolo en acción, y por lo tanto rito; y no hay rito más perfecto que la cosmogonía, el funcionamiento complejo y sutil de la máquina del mundo, una entidad orgánica que constantemente vive el despliegue de sus posibilidades hasta sus propios límites, configurando la más bella, profunda e inteligente obra de arte, de cara a la cual todas las otras son reflejos; aunque las mejores de ellas se encuentran cargadas, cosmizadas, por las vibraciones de la propia estructura de la manifestación Universal, figurada por una doble espiral de energías que se reciclan a perpetuidad.

El mundo, como el más preciso –y precioso– objeto de diseño incluye a la criatura y al Creador amalgamados en un continuo donde la expiración de uno constituye la inspiración del otro y viceversa. Este hecho es un milagro reiterado y configura la identidad del ser y del Ser Unico, la Suprema

Identidad, la que no admite ningún dúo pues es toda la realidad (p. 42).

No podría decirse de manera más clara, sencilla y profunda al mismo tiempo semejante verdad metafísica: que existe la identidad entre el ser individual y el Ser Universal, conjugados en un solo continuo, y que esa es la Identidad por antonomasia al no existir ninguna dualidad que la limite en su infinita libertad. A esto se refiere precisamente el conocido símbolo del "Sello de Salomón", que ilustra perfectamente la sentencia hermética de que "Lo de abajo es como lo de arriba y lo de arriba como lo de abajo, para obrar el milagro de una cosa única", sentencia que es también el fundamento de las leyes de la analogía y las correspondencias que nos permiten entender y vivir el modelo cósmico como un

mandala multidimensional que abarca la totalidad del ser y el soporte más indicado para la construcción del hombre nuevo, de la ontología, como paso previo a la metafísica; se podría decir que el ser que edifica su vida de acuerdo a los Universales, o Arquetipos, se inicia en el Conocimiento de la realidad, lo que ha sido el caso de todos aquellos que construyeron las culturas de las que somos herederos. (p. 38).

*

* *

En este sentido hay en *Simbolismo y Arte* un capítulo fundamental que contribuye precisamente a un mejor conocimiento de la realidad. Nos referimos al capítulo III, titulado "El Ser del Tiempo. Simbolismo de los calendarios". Este tema, el de la simbólica de los calendarios, ha sido tratado por Federico en varios lugares de su obra, especialmente en *La Rueda* y sobre todo, como ya dijimos, en *El Simbolismo Precolombino*, cuyos dos últimos capítulos están enteramente dedicados a investigar en su estructura, análoga a la del cosmos, constituyendo "por lo tanto una clave muy importante para la comprensión de su esencia, un módulo válido para el conjunto de la creación". Pero lo que queremos destacar principalmente es que el estudio de los calendarios (y particularmente de los calendarios Mesoamericanos) ha llevado a nuestro director a escribir algunas de las páginas más lúcidas que se hayan escrito contemporáneamente sobre la naturaleza del dios Tiempo, que todo lo abarca (y al que los griegos llamaron Cronos y los romanos Saturno), de lo que en verdad éste significa en el Gran Concierto de la Vida Universal, puesto que, como decía Platón, y nos recuerda Federico, el Tiempo es un símbolo móvil de lo Eterno e Inmóvil;

de lo cual da cuenta el milagro original de la Memoria y las correspondencias que guardan los seres, las cosas y los sucesos en general, los que los hacen distintos y significativos y por ello también interdependientes y no excluyentes. Para una visión tradicional, el Tiempo es el soplo vital, el Gran Cohesionador de lo creado (en nota: En este sentido el Tiempo es la imagen del Amor divino permanentemente

actualizado para asegurar la Vida Universal), y es absolutamente natural que su expresión gráfica sea la de una circunferencia que al limitar un espacio configura un círculo, una primera figura plana, tanto de un espacio original, como del ciclo en que es vivido, o revivificado, por la acción espontánea del tiempo, generador permanente del movimiento y las leyes que lo rigen y en total correspondencia, como no podía dejar de estarlo, con sus propios orígenes, con su razón de ser; con el Ser del Tiempo como supuesto de todo lo creado. Esto solo bastaría para ligar inmediatamente estas concepciones con la idea de lo sagrado y la divinidad, evidente en este pensamiento acerca de los orígenes y estructura cósmica y por cierto son numerosos los dioses fundamentales de todos los panteones ligados al tiempo, a su transcurrir, a su velocidad y a la memoria y el olvido, al hálito vital, *anima mundi*, ritmo, ciclo, etc.

Es lógico pensar, por tanto, que si el tiempo es sumamente sagrado para una sociedad tradicional, también lo es el calendario, miniatura e imagen del cosmos, fijación del devenir, revelación de un saber atemporal que toma al movimiento como proyección espacial del tiempo al conjugarlo en un continuo. Por ello consideramos muy adecuado el estudio de los calendarios en cuanto instrumentos sagrados reveladores o mediadores del Conocimiento, que ellos mismos portan en su estructura, es decir, como epifanías permanentemente disponibles para transformar lo mutable en inmutable, lo visible en invisible, el caos en orden, la proyección indefinida en verdadera ontología; o sea en el Ser del Tiempo como hálito vital del Ser del Cosmos. (...)

El Tiempo es el Verbo hecho carne, soplo del Espíritu creando el Alma del Mundo. El Tiempo debe tomarse como expresión psico-física, viva, de la realidad, cuyas leyes y venturas registran los calendarios, pues éstos expresan a cabalidad los ciclos y ritmos cósmicos, y por lo tanto el Conocimiento tiene en ellos su expresión genuina. (p. 50-51-58).

Está claro que esta concepción del Tiempo es la que han tenido siempre todas las civilizaciones y pueblos tradicionales, y es sumamente importante que el autor nos lo haga saber para justamente liberarnos de una vez por todas de esa lectura lineal y tremendamente reducida y limitada que tenemos de él, que es precisamente la que nos hace verlo como algo que nos consume y aprisiona, cuando verdaderamente, y como el propio Federico González dijo en cierta ocasión, la revelación del Sí Mismo es coetánea con el tiempo, es decir que es en el tiempo, o mejor, con el tiempo, donde esa revelación se produce y gradualmente germina y se desarrolla la comprensión de la realidad a la que se está refiriendo: la identidad con el Ser Único y No-Dual.

*

* *

Decíamos más arriba que *Simbolismo y Arte* es un libro sumamente sintético, y que su autor plasma en él, con la claridad con que acostumbra a manejar los conceptos, ciertas ideas esenciales relacionadas con la Cosmogonía Perenne muy útiles para que el hombre pueda profundizar en su conocimiento, que es en definitiva el suyo propio, su auto-conocimiento (pues "todo está en la mente y el corazón del hombre" como se dice en el Programa Agartha), debido a la total identidad que, como venimos diciendo, existe entre el macrocosmos y el microcosmos, el Universo y el hombre. Los tres últimos capítulos ("Arte Alquímica", "Arte Teúrgica" y "Arte Musical: Arquitectura del Cosmos") son un ejemplo de esa síntesis, y además de ser muy aclaratorios sobre el verdadero significado cosmogónico y metafísico de estas tres Artes nos dan ciertas pautas para descubrir el sentido de su operatividad en el proceso de transmutación y transformación del alma humana, "tomando estos dos términos en sentido etimológico", es decir como la posibilidad de mutar o cambiar de estado de conciencia y por consiguiente de percibir y concebir otras realidades del ser individual (en correspondencia con el Ser Universal), y por otro lado la posibilidad contenida también dentro de ese estado de ir "más allá" de él mismo, naciendo al mundo de lo no-formal, también llamado de las "Aguas Superiores". Todo cambio de estado se produce en la más completa oscuridad, en el "negro más negro que el negro", o *nigredo* alquímica, resultado de una concentración del ser en sí mismo, a cualquier nivel en que esto se produzca:

Es bajo esta luz que la palabra Alquimia adquiere su sentido original, indicado, por lo demás, en la etimología del vocablo, que se refiere al color negro (los egipcios daban a su país el nombre de *Kemi*, o tierra negra), de donde la arabización *El-Kimia* indica por un lado el aspecto oscuro y subterráneo de las operaciones transmutatorias, y por otro su fin último y eterno, que apunta a superar la primera determinación, la del *Fiat Lux*, equiparable a la generación por el Verbo, y por lo tanto a lo que está más allá de ella: el Silencio Primordial, o la Oscuridad Original. Por lo mismo a otras posibilidades siempre presentes del Ser Universal (reflejadas por cierto en el ser particular), y la que experimentan los sujetos que se acercan a ella con el ánimo de constituirse en Filósofos, es decir en agentes responsables del gran laboratorio cósmico, donde la obra aún se encuentra inacabada y debe ser culminada con la intervención del "hombre verdadero", lo que explica la importancia del arte y justifica cualquier hecho creativo. (p. 80).

Los métodos para realizar la Gran Obra en uno mismo son numerosos y variadísimos, nos dice nuestro director, que en los capítulos de este libro, como en toda su obra, nos ofrece un buen ejemplo de lo que decíamos al principio acerca de la necesaria adaptación a los tiempos de la Ciencia Sagrada. Repetimos esto porque consideramos que es sumamente importante decirlo, pues como también él ha afirmado en varias ocasiones, el hombre no nace enseñado y todo lo tiene que aprender de nuevo,

aprendizaje que siempre es permanente, y que en el caso del viaje del Conocimiento, que la Iniciación ritualiza, tiene que ver más bien con un "recordar" del alma, como decía Platón cuando hablaba de la "reminiscencia" (o *anamnesis*), ligado todo esto muy estrechamente con la memoria, que es la

materia con que está tejido el tiempo y por lo tanto el hombre, ya que éste es tanto lo que conoce como lo que recuerda, y en todo caso si es algo en sí, lo es por su memoria: imprecisa y frágil substancia que cambia con los momentos y los días y constantemente se actualiza. (p 88).

Y en nota cita el siguiente pasaje del *Fedro* 249, de Platón:

Por esta razón es justo que el pensamiento del filósofo tenga sólo alas, pensamiento que se liga siempre cuanto es posible por el recuerdo de las esencias a que Dios mismo debe su divinidad. El hombre que sabe servirse de estas reminiscencias está iniciado constantemente en los misterios de la infinita perfección y solo se hace él mismo, verdaderamente, perfecto. Desprendido de los cuidados que agitan a los hombres y curándose sólo de las cosas divinas, el vulgo pretende sanarlo en su locura y no ve que es un hombre inspirado.

Federico describe algunos de esos "métodos" operativos de la Alquimia, advirtiendo no obstante de esos "sopladores" o falsos alquimistas que "pululan en el ambiente esotérico", ignorando completamente el fin de nuestro Arte, al que confunden con la "erudición por la erudición", sin advertir que el "libro" que se ha de leer, estudiar y conocer es el "Libro de la Vida", o el "Libro del Mundo" (la Cosmogonía Perenne), a cuyo desciframiento y gradual aprendizaje ayuda de manera inestimable la doctrina manifestada por una Tradición Unánime y las formas particulares que ésta adopta según las circunstancias de tiempo y de lugar. No hay, en este sentido, diferencia entre teoría y práctica, nos dice:

Y muchas veces el enunciado de la doctrina, en cuanto ésta se comprende 'en el corazón' constituye un verdadero programa práctico, cuando no un método en sí (...) Si todo está en todo, la ciencia y arte de la transmutación se halla presente en cada ser, fenómeno o cosa, los que a su vez pueden ser igualmente los soportes de una acción tendiente a desentrañar cuál es su realidad final, qué secretos está expresando con su ser, qué hay detrás de la apariencia, en qué medida existe aquello que tomamos por real, etc. Por lo que el método de la ciencia de la transformación, o *metanoia*, en estrecho vínculo con las circunstancias, siempre contingentes y relativas, donde se produce esa "efectivización", signada por innumerables factores externos, o fuerzas astrales, comenzando con la determinación del nacimiento individual, está igualmente siempre presente.

Sin embargo debe destacarse una constante fundamental en el arte alquímico, o sea en el trato con ángeles, cielos y nombres divinos (también con dragones), que no es sólo la convergencia en un mismo fin; se trata aquí de la unanimidad de opinión y enseñanzas en cuanto a que ese fin está invertido con respecto a las posibilidades del hombre en estado ordinario, que siempre busca la multiplicidad y la dispersión, mientras que todo proceso alquímico tiende a una síntesis, a una concentración de posibilidades del mismo, ya que en la esencia o en el "elixir", o en la "piedra filosofal", radican tanto el misterio del Ser Universal, como sus virtualidades, fuente de su poder, que podrá ser entonces desarrollado en cualquier dirección y en todo momento. Se trata pues de una "conversión", de una vuelta a los orígenes, o a la fuente primordial de donde todo ha emanado, o el viaje de regreso a casa, semejante al que se realiza de la multiplicidad a la unidad. Del punto casi inexistente ha nacido la Rueda del Mundo y debemos regresar a su inmutabilidad, incluso para encontrar sentido a lo que se mueve, para saber que uno también es eso, la inmovilidad del comienzo, y por lo tanto su simultaneidad y comprender así la movilidad de lo sucesivo, como apariencia o proyección perpetua de la realidad central. Desde el punto de vista alquímico estamos invertidos con respecto al discurso creacional que constantemente va de lo menor a lo mayor (lo cual es evidente en cuanto se piensa que una gota de semen es el origen físico de un ser humano o animal, lo mismo que una semilla el de un árbol), de lo inmanifestado a lo manifestado, mientras el alquímico se basa en lo manifestado para remontarse a la inmanifestación, provocando el ser humano en sí mismo una "regeneración", una nueva vida, el nacimiento de otro ser que va de mayor a lo menor, pues ha comprendido que no hay alternativa posible entre la cantidad y la cualidad, y sabe por intuición directa que es en lo más pequeño donde se oculta el secreto y donde se aloja la central d más alto poder. (p. 82-83).

*

* *

La Alquimia y la Teúrgia, se nos dice, persiguen los mismos objetivos y sus principios son idénticos, si bien "la Alquimia trata más del ser individual que del universal, del microcosmos más que del macrocosmos". Esos principios están basados en las analogías y las correspondencias, en las que también se sustenta la Magia Natural y en realidad todas las artes y ciencias de la Cosmogonía, la que constituye "un Todo indisoluble e indivisible en partes", siendo esto justamente lo que da sentido y sustancia al rito, por cuyo intermedio el hombre participa enteramente del fluir del ritmo, cadencia y armonía universal, entendida como expresión polarizada de la Unidad arquetípica a cualquier nivel en que se manifieste, por ejemplo: como un sonido, palabra o música articulada con sus silencios; o como una proporción nacida

precisamente de la relación analógica entre un todo con sus partes, o las partes entre sí, como es el caso de la arquitectura, o de la vida misma, en la que también observamos ese ritmo fundamental en la alternancia de sus luces y sus sombras, de sus coagulaciones y disoluciones, análogas a la sístole-diástole del corazón, o al aspir-expir de la cadencia respiratoria.

En ese delicado juego de equilibrios, analogías y correspondencias entre los distintos planos que constituyen la Armonía Universal, el alquimista, teúrgo o chamán, el hombre de conocimiento, sabe que:

Ejercer acción sobre una cosa es ejercer esa acción sobre un conjunto innumerable de cosas en un mundo concebido como concatenado; igualmente hacerlo sobre un ser humano implica realizarlo en toda la humanidad; la economía de la Teúrgia fija sus propios límites sin imponerlos. Sus fines son imprecisos, sus medios han de ser exactos, por paradigmáticos y míticos y perfectos, es decir especialmente adecuados a la situación espacio-temporal que signa el rito aunque resulten totalmente paradójicos para el propio operador que en su gestión no sabe definir con claridad –y no lo necesita– dónde y cómo los distintos sucesos de su propia y divina comedia pudieran ser traducidos en medio de una Revelación Permanente. El hombre es el corazón del Universo. (p. 94).

Y por eso mismo:

es capaz de recrear perennemente la vida con la que se encuentra indisolublemente unido, pues es un todo con ella, correspondiéndose ambos de manera perfecta e idéntica al punto que constituyen, han constituido y constituirán, una misma entidad. El mundo entero está animado y perfectamente vivo hoy día (y siempre), como un animal o ser gigantesco cuyas partes u organismos se articulan y moldean constantemente entre sí impulsados por los movimientos de su corazón, el ser humano, centro del Universo. Y este ser, siendo parte esencial de la creación regenera permanentemente el cosmos, aun con su sola presencia. En un mundo así todo es mágico y cada gesto, signo o palabra un acto generativo capaz a su vez de producir indefinidos reflejos de sus mismas características. (...) entonces, ¿qué más operativo y mágico que la oración del corazón, la cual debida a una concentración en el meollo del ser humano que pronuncia la plegaria o invocación [por ejemplo a las Musas], se dirige al corazón del Ser Universal con el que pretende, y logra armonizarse? (...)

Cuando el chamán enciende el fuego genera vida, en el momento en que derrama agua sobre la tierra ya está lloviendo, el universo se encuentra estrechamente ligado a los hombres, los cuales lo conforman; somos señales en un mundo de señales y el mago es un generador, operando sus ritos

ancestrales, renovando el mundo a perpetuidad. Sus ceremonias no son vanas, al contrario, son imprescindibles para que se reconozca el Sí Mismo dentro de sí mismo; son por lo tanto tan arquetípicas como necesarias y su acción inmediata, y sobre todo mediata, es fundamental, y puede fructificar en innumerables formas, y cada una se organizará en conjuntos y éstos en estructuras precisas, las que terminarán manifestándose concretamente. De allí la enorme importancia asignada a la Teúrgia, ciencia que acompaña a los ritmos del cosmos, como lo hace la naturaleza, y que, como ella realiza su gesto desinteresado y gratuito para preservar la vida del mundo, por tanto, la de la especie; por lo que el objetivo último de la Teúrgia es ligar con la cadena interna de unión, con la Iglesia Secreta, que opera y se manifiesta en nosotros y en nuestro entorno, dándonos así el poder de expresar la Ciencia Sagrada. (p. 94-96).

"Arte Teúrgica" ("llamada también magia intelectual, espiritual o pneumática, es decir la verdadera Alquimia del Conocimiento", como se dice en la nota 155 de *Hermetismo y Masonería*) acaba con un canto de Hesíodo a las Musas y una cita del *Fedro* de Platón sobre estos entes espirituales que inspiran al hombre el Conocimiento, y que a su vez sirven al autor para hacerse, y hacernos, las siguientes preguntas:

¿Por qué motivo esos seres espirituales, o energías reales, si se quiere, se supone que no existen hoy en día? ¿Acaso sólo porque se los niega? Por otra parte: ¿qué o quién nos impediría tomar contacto con las diosas y entes espirituales que nos aguardan y conforman? (p. 103).

*

* *

Estas palabras también son de alguna manera como un preámbulo al séptimo y último capítulo: "Arte Musical: Arquitectura del Cosmos". En efecto, la palabra Música deriva de las Musas, estrechamente vinculadas con Apolo, cuya lira de siete cuerdas le fue entregada por Hermes, su inventor, sin olvidarnos que por las siete notas que estructuran todo su discurso tiene también relación con los siete planetas, los que generan la música de las esferas. Asimismo se vincula con Atenea (Minerva entre los romanos), a quien estaba consagrada precisamente el número siete, paradigma de la perfección y de la idea de virginidad, virtud atribuida a esta diosa de la Sabiduría y patrona de las Artes y las Ciencias, nacida de la cabeza de Zeus-Júpiter, de su Inteligencia, la cual distribuye generosamente a quienes la invocan con nobleza de corazón.

Este capítulo extraordinario, en el sentido auténtico de la palabra, es en verdad una introducción a la metafísica de la Música a través de la descripción sintética de los elementos cosmogónicos y ontológicos que la conforman, y que como símbolos velan

y al mismo tiempo revelan la esencia del discurso musical, que mediante la idea de las proporciones numéricas y geométricas implícitas en la conformación de su estructura sutil se emparenta en realidad con todas las artes (arquitectura, pintura, poesía, danza, etc.), vehiculando, en lo que a Occidente se refiere, una tradición cultural cuyo pensamiento se origina en la escuela pitagórica, pasando por Platón, la escuela de Alejandría, San Agustín, Boecio, la Edad Media, llegando hasta el Renacimiento con M. Ficino y su amplia irradiación a través de los filósofos herméticos y cabalistas cristianos (C. Agrippa, F. Zorzi, R. Fludd, A. Kircher, y llegando finalmente a los mismos albores de los tiempos modernos por medio de Kepler, Newton, etc.).

Lo más importante en el Arte Musical es la audición del receptor del sonido —se nos dice—, en este caso el hombre, que se reconoce a sí mismo como

un instrumento preciso y afinado en la sinfonía del conjunto, capaz también de crear y transmitir lo inaudible en expresiones armónicas —aunque ellas a veces desentonan en la uniformidad del fraseo corriente— por el hecho evidente de que aquél que 'escucha', regenera la permanente actualidad del arte musical siendo a la vez el sujeto y el objeto del mismo; el sonido, como la materia, como el cosmos, es uno solo. (p. 109).

Y el Arte, así entendido, nace en primer lugar de la Palabra o Sonido Primordial (en el principio era, es, el Verbo), cuya vibración original engendra en primer lugar la "idea" del Principio No-manifestado de donde la Palabra emana como la primera determinación del Silencio (No-Ser). En la transmisión de la Enseñanza, oral o escrita, lo que el sujeto-objeto receptor "oye" en primer lugar, aunque sea inconscientemente (todo el proceso posterior es en gran medida hacerse precisamente consciente de ese hecho asombroso que acontece en él, en su alma) no es otra cosa que esa "idea" de lo No-manifestado, que le llega a través de la imagen o forma simbólica que la representa, y que es el detonante, por así decir, de todo ese proceso que se llama de Conocimiento porque no pone límites a la permanente posibilidad de ser todo lo que el ser es, y también de lo que está "más allá" de él: el No-Ser.

La verdadera audición se refiere a la identidad con la vibración sonora del plano sutil, increado, pero tan real que constituye el origen de lo audible, lo cual es sólo un símbolo o imagen de la auténtica percepción intelectual, equiparable a la audición metafísica, originada por esa entidad o diosa llamada Inteligencia, capaz de seleccionar valores por nuestro intermedio y presentarse ante la *Sophia* universal. Saber es escuchar la música cósmica, obtener una respuesta que se ordena igualmente en cada quien a fin de acceder a la audición metafísica.

Los mediadores del conocimiento son los símbolos visibles y audibles que, ya diferenciados, han comenzado a fijarse en el alma, a imprimirse en su virginidad a la par que comienzan a relacionarse entre ellos, produciendo

así nuevos espacios, generando frases e iluminando áreas cada vez más definidas, precisas y claras, que se complementan y articulan en un discurso: en su cadencia musical. Este proceso es análogo en cualquier desarrollo o gestación, por lo que la Manifestación Universal es el Arquetipo inevitable de cualquier audición, es decir del diálogo entablado por primera vez entre el "yo" y el "otro", que en forma binaria intercalan sus roles tal cual lo hace la relación activo-pasivo, pasivo-activo. (...) Esta es la gracia del Arte Musical capaz por su propia naturaleza y sus valores intrínsecos de manifestar ayer, hoy y mañana, lo no manifestado, la perpetua posibilidad: aquello que, sin ser jamás, igualmente conforma el sonido paradigmático de la esperanza. (p. 108-110).

VI ESOTERISMO SIGLO XXI EN TORNO A RENE GUENON



El año 2000 Federico publica *Esoterismo Siglo XXI: En torno a René Guénon* (Ed. Muñoz Moya, Brenes, Sevilla), obra que ya nombramos más arriba, y que desde luego es una contribución importante para conocer de primera mano el panorama que presentan hoy en día las diferentes formas del esoterismo occidental, con sus luces, pero también con sus sombras, debido al momento cíclico que vivimos. En efecto, en este libro, que es asimismo una aportación al conocimiento de la Historia de las Ideas, reúne todo un material referido a los temas que su autor ha ido publicando en *SYMBOLOS* y

dando cuenta del panorama esotérico general en los once años anteriores al fin del milenio, lo que es lo mismo que poner en valor los elementos que, como simiente, generarán el siglo XXI y distinguir entre ellos los pertenecientes a distintos órdenes, atestiguando así la existencia de una Ciencia Sagrada, es decir de una Tradición Unánime, tan viva hoy día, y tan verdadera como sus orígenes increados.

Muchos pensamos que el representante más autorizado de la Ciencia Sagrada en Occidente para este tiempo (aunque hay igualmente otros

autores de la misma auténticos) es René Guénon; y su obra, que toca pluralidad de ámbitos, el testimonio sintético y global de esta Ciencia en este momento por el que atraviesa la civilización Occidental que muchos esoteristas equiparan a un Fin de Ciclo.

En efecto este libro gira en torno a René Guénon y a algunos de los temas puntuales que nuestro director ha tratado sobre la Tradición y el Esoterismo en general, incluyendo las recensiones y comentarios a libros, revistas y eventos culturales relacionados con las distintas corrientes y personajes que conforman el esoterismo occidental de hoy día, recensiones y comentarios en los que Federico González no pierde oportunidad de seguir exponiendo, en breves síntesis y con un estilo ágil y fresco pero sin menoscabo en cuanto a su habitual carga de profundidad, sus puntos de vista acerca de la doctrina y de su aplicación incluso en cuestiones de actualidad, aclarando unas veces, o poniendo el acento en ciertos temas importantes para requerir la atención del lector en otras, pero siempre con ese fondo didáctico y de apertura constante al mundo de las ideas inseparable de su pluma.

Son numerosas las citas que podríamos escoger para dar una idea de lo que estamos diciendo, pero pensamos que con las tres que siguen serán más que suficientes. Por ejemplo, en una recensión hecha a la revista "Vers la Tradition", y hablando de la ciudad "física" y de su estructura urbana, que en el caso de la ciudad moderna crece por adición y no por yuxtaposición orgánica como ocurre, o ocurría, en la ciudad construida según los criterios de la Ciencia Sagrada, he aquí lo que nos dice:

No es ésta una consideración tan periférica como pudiera parecer pues una "ciudad tradicional" lo es tanto por su estructura social como por su estructura urbana ya que ésta cumple la función de soporte "físico", función que, dicho sea de paso, le es conferida en virtud del rito fundacional, lo que da fe además de su adecuación a los principios metafísicos. Y este es también un aspecto importante (diríase que propiamente fundamental) que no pasó inadvertido para Guénon, porque está en la raíz misma de la "idea" de ciudad: es el rito quien otorga validez al orden. Siempre el urbanismo fue una cuestión política (utilizamos aquí estos términos en su sentido más noble), aunque obsérvese cómo en la actualidad es precisamente al revés: es la política vulgar la que se sustenta en el urbanismo vulgar, de tal manera que los arquitectos y urbanistas modernos llegan a tener más "poder" que los políticos (p. 160).

Asimismo, en las págs. 266-267, haciendo la recensión del estudio de Isaac Newton *El Templo de Salomón*, y resaltando lo referido por el prologuista de esta obra eminente sobre lo dicho por el economista Keynes, que llamaba a Newton el último de los magos, nuestro director nos dice de nuevo:

Efectivamente, el ilustre sabio que enunciara la famosísima ley de la

gravidad universal fue un esoterista que veía en la naturaleza el Templo del Gran Arquitecto del Universo y por lo tanto al científico como un sacerdote que podría intervenir en los procesos del mundo y llevar hacia el Conocimiento y el Origen gracias a las pistas que el Creador había manifestado y al tiempo velado en su discurso criptogramático. (...) "¿Por qué le llamo mago?, –se preguntaba Keynes– "Porque contemplaba el Universo y todo lo que en él se contiene como un enigma, como un secreto que podía leerse aplicando el pensamiento puro a cierta evidencia, a ciertos indicios místicos que Dios había diseminado por el mundo para permitir una especie de búsqueda del tesoro filosófico a la hermandad esotérica". (...) En un manuscrito suyo titulado *The original of religions* puede leerse: "De manera que era propósito de la primera institución de la religión verdadera en Egipto proponer a la humanidad, mediante la estructura de los antiguos templos, el estudio de la estructura del mundo como el verdadero Templo del gran Dios al que adoraban".

Y en la p. 156, comentando el estudio "L'initiation" de Gastón Georgel aparecido en la obra colectiva: *René Guénon et l'actualité de la Pensée Traditionnelle*:

De hecho, la Iniciación es iniciación en el Conocimiento, y esto lo manifiesta Guénon de cabo a rabo en su obra; igualmente es sabido que éste destaca, siguiendo a Aristóteles, la identidad entre Ser y Conocimiento, motivo por el que se es lo que se conoce. La iniciación sin el ser es un absurdo, así se trate de Misterios Menores o Mayores, y los recipiendarios de una influencia espiritual transmitida de modo vertical, aunque recibida en lo horizontal, son los portadores de ese Conocimiento como obtenido de una manera gradual a través de toda clase de pruebas, que abarcan lo físico, lo psicológico y lo espiritual, y que se encarna en el ser individual identificándolo con el Ser Universal, expresión afirmada del No Ser (*En Soph*), que sólo de modo indirecto está relacionada de manera refleja con ceremonias, sacramentos o actitudes solemnes. El verdadero rito es el Rito del Conocimiento, producto de la Intuición Directa, radicada en el Corazón, promovido por una Enseñanza y ella no tiene demasiado que ver con adscripciones burocráticas y pequeñas formalidades institucionales.

Acerca de esto último Federico cita abundantemente la autoridad de Guénon en cuanto a las diferencias que éste, como el más insigne representante de la Doctrina Tradicional en el siglo XX, establece entre el Ser y el No Ser. Pocos autores actuales, aparte de nuestro director, dan la importancia que merece a esta cuestión que es clave en la comprensión de la verdadera idea de lo que es el Conocimiento, y por extensión la sabiduría Iniciática, que lo expresa de tantas y tantas formas pero siempre señalando esa jerarquía entre el Ser del Cosmos y su Origen Inmanifestado (*En Soph* en la Cábala), frente al cual aquél es tan sólo un punto afirmado en su Infinitud. Lejos de ser una mera "especulación" esta Idea es tal vez lo más operativo que existe

pues en ella está la raíz y la esencia de lo que hay que entender por la transmutación y por la transformación alquímicas, que se producen siempre en la conciencia humana tras, si se nos permite la expresión, una "inmersión" previa de ésta en esa "Noche Oscura" (las "Tinieblas Superiores más que luminosas" de las que habla Dionisio Areopagita) cantada por San Juan de la Cruz en estos términos:

"En la noche dichosa, en secreto, que nadie me veía, ni yo miraba cosa, sin otra luz y guía, sino la que en el corazón ardía."

En esa Idea reside por tanto el camino hacia la auténtica Libertad a la que conduce el Conocimiento, y que pasa necesariamente por el Uno-Solo de que se habla en el *Corpus Hermeticum* y que tan abundantemente se menciona en *Hermetismo y Masonería*, libro fundamental para el conocimiento de la Historia de las Ideas del que más adelante nos ocuparemos.

Las citas recogidas en diferentes obras de Guénon en las que nos habla sobre esta cuestión tan importante (la diferencia entre el Ser y el No-Ser) aparecen al final del capítulo VI, titulado "Guénon en el corazón", en el que nuestro director señala la importancia capital de la obra del gran metafísico francés, y hablando en nombre también de los redactores de *SYMBOLOS* y de muchos de los lectores de Guénon, afirma que dicha obra ha sido una guía intelectual que ha permitido evadir, como Dante relata al comienzo de *La Divina Comedia*, la senda oscura, y ha hecho posible el

vincularse a una luz duradera en el recorrido de su destino y por lo tanto el agradecimiento subsecuente es de rigor entre aquellos que han vivido la experiencia de su pensamiento.

Destaca Federico la perfecta adecuación a nuestro tiempo del lenguaje utilizado por Guénon en la exposición de las ideas, de la claridad conceptual y la exactitud en la expresión con que se teje su discurso, producto sin duda alguna de su rigor intelectual, el cual se comunica también al lector,

al que de una u otra manera se le despierta una especie de "reminiscencia", respecto a multitud de imágenes que no recordaba, pero que formaban parte de su bagaje cultural y personal; lo que, sin duda alguna, promueve en el interesado, a su vez, multitud de analogías. (...) el campo riquísimo que se nos abre es ciertamente lo más verdaderamente Universal que hayamos conocido.

Pero por sobre todo subraya lo fundamental que ha sido para muchos de los lectores de Guénon comprender la importancia del símbolo y su valor como transmisor de la Ciencia Sagrada, que es lo que le otorga su verdadera función:

Igualmente la relación entre los distintos símbolos entre sí, constituyendo códigos completos de conocimiento y aperturas que se van despertando mientras se avanza en los trabajos y se estudian –y comprenden– al encarar las distintas formas en que se manifiesta el Ser universal, a través de distintas culturas, o de experiencias que se pueden deducir de modo analógico y que están al alcance –configuran el entorno– de cualquier ser humano contemporáneo.

Estas correspondencias entre cultura y cultura, mito y mito, diferentes lenguas, etc., son características de Guénon, que maneja y desarrolla distintas simbólicas, incluso alejadas en el tiempo y el espacio, entrelazando imágenes que terminan convirtiendo en un lenguaje propio el vehículo de las ideas de lo que él llamó la Ciencia Sagrada. Como bien se ha dicho: la inteligencia brilla con lo que la refleja.

Evidentemente muchas de las cosas que nuestro director dice sobre la obra de René Guénon pueden ser dichas también sobre la suya propia, pues quien conoce ambas sabe perfectamente que las dos se complementan y coinciden en lo esencial, siendo además una y otra exponentes claves en la permanencia y actualidad de la Tradición Unánime en Occidente; incluyendo la firmeza en la "defensa" de esa Tradición y el Pensamiento que vehicula ante los desvaríos, desmanes, manipulaciones, imposturas y despropósitos con que desde diferentes instituciones, medios y personalidades se intentó ya en tiempos de Guénon, y se intenta ahora, mancillar la Ciencia Sagrada, naturalmente sin conseguirlo dada la propia naturaleza de lo que ella vehicula, nada más y nada menos que las ideas de orden metafísico, lo cual está muy por encima de los extravíos de los seres humanos.

De ahí que, en este sentido, sean particularmente importantes los cinco primeros capítulos de *Esoterismo Siglo XXI*, a saber: "Religión y Metafísica en el Fin de Ciclo", "Esoterismo y Fin de Ciclo", "¿Qué es la Tradición?", "Breve sobre la necesidad del exoterismo" y finalmente "Algunas expresiones del esoterismo actual". Son artículos necesarios e imprescindibles para entender muchas cosas acerca de la profunda degradación que atraviesa el esoterismo y la Tradición en general en sus distintas formas y expresiones, incluidas las religiosas, y no sólo en Occidente sino en todo el planeta, degradación que está en consonancia con el momento cíclico que atraviesa la humanidad en su conjunto, anunciador del "fin de los tiempos". Como dijimos anteriormente nada puede ser más nefasto que la confusión en el orden de las ideas, antesala de la tergiversación, la manipulación y finalmente de la mentira y la traición, siendo ésta la secuencia de una siniestra lógica inevitable si antes no interviene el necesario rigor intelectual para cortarlas de raíz, en beneficio de nuestra salud espiritual, si se nos permite la expresión. Míticamente, y ciñéndonos concretamente a la Tradición Cristiana, ese rigor tiene su arquetipo divino en San Miguel, "Príncipe de las Milicias Celestes", y su arquetipo humano en San Jorge, patrón de las órdenes de caballería, y los atributos simbólicos con que se acompañan

en su acción salvífica, la espada y la lanza, hacen clara referencia a la idea de eje y de verticalidad.

Es precisamente en este fin de ciclo donde debe exponerse toda la verdad, comenzando por la revelación de la auténtica cosmogonía, el modelo del Universo, los Secretos conocidos por los sabios de todos los tiempos, y desenmascarar lo que se pretende efectuar con la impostura "religiosa" y sus falsas "teologías" y "santos" maestros cuyos planteos literales eminentemente inspirados en lo profano, llegan al colmo de negar sus propios libros sagrados al malversar sus contenidos e incluso tomarlos para propio beneficio. Si éste no es el momento de poner en su justo lugar este intento contratradicional, aparentemente aceptado en el seno de las religiones abrahámicas y por grupos místico-esotéricos caracterizados por su hipocresía respecto a los auténticos valores morales [valores que el autor, en la p. 75, identifica con la *virtus* romana, o sea con la valentía, la generosidad, el desprendimiento, etc.], ¿para cuándo lo dejamos? ("Religión y Metafísica en el fin de ciclo").

Es innegable la contribución que Federico González ha hecho con estos artículos y con este libro al esclarecimiento del panorama esotérico contemporáneo (y sobre el momento cíclico que vivimos), una actualización como la que hizo Guénon en su tiempo, y, como él, nuestro director también nos da las ideas esenciales para que con "la Pasión, que la antigüedad denominó Furor", vayamos efectivamente desenmascarando externa e internamente, o sea en uno mismo, a los verdaderos enemigos del Conocimiento, revestidos de mil formas y maneras, pues

Lo que no podemos permitirnos es no saber nada acerca de las circunstancias que nos han tocado vivir. Debemos conocerlas porque ellas son las formas, los símbolos, en que se ha manifestado a nosotros la vida, al ser parte integrante de la misma. Si no conocemos nuestro medio y no nos sentimos partícipes en menor o mayor medida de él, no podremos salir del mismo. Y entonces no tendremos más remedio que intentar una fuga imaginativa que, por otra parte, es lo que estamos habituados a hacer cotidianamente. Por el contrario, la primera labor del aspirante al Conocimiento es enfrentar el mundo que le ha correspondido. Es decir, verlo y oírlo, aunque estemos en la fase final del Kali-Yuga. ("¿Qué es la Tradición?").

En este mismo capítulo hay unas reflexiones muy instructivas y que podemos aplicar en distintos órdenes de ideas acerca de los "peligros" a que conduce la solidificación de las instituciones tradicionales, ya fuesen iniciáticas (esotéricas) o referidas específicamente a una cultura o civilización, tema éste que nuestro autor ha expuesto en diferentes lugares de su obra y que desde luego es muy importante para entender la naturaleza intrínsecamente dual de cualquier manifestación o exteriorización, así

sea el orden en que esto se da. Esa solidificación responde a las leyes cíclicas y es un componente mismo del ser cósmico y humano, es decir de lo manifestado como tal, pero que no afecta a la Esencia de esa misma manifestación, cuya "característica", si se nos permite la expresión, es lo virginal, lo incorruptible y lo incondicionado:

La institución visible lleva en sí el germen de su propia decadencia y de la humanidad a la que pertenece. Cuando los templos y las culturas terminan de construirse, de solidificarse, comienzan en ese momento su lenta degradación. Tal es la ley del ciclo; cuando por fin se ha podido construir la cultura o la ciudad —creada por sus constructores—, cuando por fin el inmenso esfuerzo de unos pocos ha dado lugar a una codificación, es decir, a un orden, adecuado para la realización de la vida humana, este orden comienza a decaer. Su época de mayor brillantez corresponde a la de su mejor funcionamiento. Pero es esa propia "función" la causa de su "caída". La organización viva se va convirtiendo en un modelo mecánico. Con el tiempo, los hombres alejados de sus orígenes tomarán literalmente al modelo mecánico como la "realidad". Dicho de otra manera: confundirán sus propias concepciones culturales con la vida misma. Hecho particularmente doloroso cuando estas concepciones han ido perdiendo verdad en virtud de un desgaste inherente a cualquier ciclo. (p. 53).

El "enderezamiento" cíclico (ligado con la idea de verticalidad y de recta intención) al que Guénon hace referencia en distintos lugares de su obra y que tendrá lugar al final de los tiempos, puede ocurrir en cualquier momento en uno mismo y forma parte de la dialéctica contenida en la conocida frase evangélica: "Busca y encontrarás", inherente a todo proceso iniciático; y esto nos está indicando que por encima de todas las dificultades que se nos presentan en un mundo como este, que niega todo lo que tiene que ver con la Ciencia Sagrada y su realización en el alma humana, existe permanentemente la posibilidad de cumplimentar esa realización. Y siempre, de una manera u otra, se cumple la máxima hermética de que "cuando el discípulo está preparado aparece el maestro", que es semejante a aquella otra que nos dice que "cuando todo parece perdido, es cuando será salvado", y que marca un punto de inflexión en nuestro itinerario existencial al permitirnos la posibilidad de un ascenso por esa "escala filosófica" de que nos hablan de una u otra manera todas las tradiciones. La vigencia del Hermetismo, y dentro de éste de la Masonería, que pese a la incomprensión generalizada de muchos de sus miembros hacia la Ciencia Sagrada continúa empero estando viva gracias a la existencia de logias dedicadas enteramente al estudio y operatividad del rito y el símbolo, debe tener un sentido relacionado con esa posibilidad de acceso al Conocimiento, y por lo demás estas palabras que Guénon escribió hace más de setenta años en su libro *El Rey del Mundo*, y que Federico cita en la nota 29, continúan conservando su plena actualidad:

"Se debe hablar entonces, como ya lo decíamos precedentemente, de algo que está oculto, más que verdaderamente perdido, ya que no está perdido

para todos y que algunos todavía lo poseen íntegramente; y, si eso es así, otros tienen la posibilidad de volver a encontrarlo, siempre que lo busquen como conviene, es decir que su intención esté dirigida de tal suerte que, por las vibraciones armónicas que ella despierta según la ley de las 'acciones y reacciones concordantes', pueda ponerles en comunicación espiritual efectiva con el centro supremo."

*
* *

Volviendo a lo que decíamos anteriormente acerca de la confusión en el plano de las ideas, uno de los equívocos más graves es el que lleva a la impostura de suplantar a la iniciación (o la metafísica) por la religión, lo esotérico por lo exotérico, cuando es evidente, leyendo a Guénon, y corroborado en estos estudios por nuestro director, que la superioridad de la metafísica viene dada por el nivel en que ella se sitúa por su propia naturaleza, "es decir por su Origen y su Objetivo", que no es otro que el ámbito de lo Inmanifestado y de lo realmente Incondicionado (la Posibilidad total e Infinita); mientras que la religión, está limitada y condicionada precisamente por sus dogmas, credos y moral, teñido todo ello, sobre todo en el caso de las tres religiones abrahámicas, por una fuerte presencia de lo sentimental y emocional, en detrimento de lo intelectual y lo verdaderamente espiritual, ámbito que la mayoría de sus representantes y autoridades *actuales* (y subrayamos lo de actuales, pues no siempre ha sido así) desconocen por completo. Federico es muy claro a este respecto, y sus palabras se dirigen a denunciar desde el punto de vista de la doctrina las imposturas de la inmensa mayoría de las actuales jerarquías religiosas pertenecientes sobre todo a las tres ramas abrahámicas, pues ninguna se salva de la degradación actual debido a que han ido negando paulatinamente su propio esoterismo y por lo tanto han cortado toda vinculación con la fuente de donde verdaderamente emana su autoridad.

Denunciar esas imposturas no significa en absoluto que se sea antirreligioso, sino precisamente todo lo contrario: porque se conoce el origen sagrado de cualquier forma religiosa es que no se puede ser complaciente con los nuevos fariseos que como mercaderes están comerciando nuevamente "dentro del templo". Y frente a esa ignominia no se puede uno quedar de brazos cruzados. El compromiso es ante todo con la Verdad, teniendo en cuenta además, que antaño muchos hombres y mujeres de Iglesia fueron también grandes esoteristas y hermetistas, sin olvidarnos del largo elenco de hermetistas cristianos que surcan toda la historia de Occidente. Por eso mismo

los redactores de *SYMBOLOS* nos hemos mantenido totalmente fieles a las enseñanzas evangélicas, así como a las del Antiguo Testamento. Igualmente a la doctrina de la Iglesia en cuanto no se aparta del pensamiento tradicional, enunciado en Grecia por Pitágoras y Platón, expresado posteriormente por los neoplatónicos y gnósticos (cristianos o no), el *Corpus Hermeticum*, también Proclo, y manifestado más luego por Dionisio

Areopagita, cristalizándose de esta manera las estructuras de la Edad Media y su secuela (Escoto Erígena, la escuela de Chartres, los San Víctor, Alberto Magno, también algunos aspectos del aristotélico Tomás de Aquino, Eckhart, Suso, y tantos y tantos otros) hasta llegar al Renacimiento: Gemisto Pletón, el Cardenal Bessarion, Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola, Nicolás de Cusa, Guillermo Postel, etc., etc. Y sus prolongaciones en el mundo moderno. Esa es la doctrina que nos interesa por ser idéntica a la base metafísica del auténtico cristianismo original. Y hemos de reconocer que ese pensamiento ha venido a nosotros a través de Occidente, y por lo tanto de la cristiandad, y desde luego de su forma de vida y sus usos y costumbres, que son los nuestros, derivados en gran parte como se ha dicho de judíos y paganos. ("Esoterismo y Fin de Ciclo", p. 45-46).

Dicho esto es evidente que la metafísica y la religión no se encuentran al mismo nivel

y el desconocimiento de la metafísica y su sustitución por lo religioso, que la suplanta, equivale a su negación. Por lo que hoy se puede confundir –de buena o de mala fe– a lo metafísico con lo profano (repárese en la inversión) a fuerza de asociar exclusivamente la religión con lo sagrado.

Esto es exactamente lo mismo que dice Guénon en distintas partes de su obra. Precisamente, al final del capítulo V ("Algunas expresiones del esoterismo actual"), aparece un anexo en el que se recogen escritos de Guénon señalando las diferencias entre la religión y la metafísica. Por ejemplo, esta cita del cap. IV de *Oriente y Occidente*:

La metafísica y la religión no están ni estarán jamás en el mismo plano; de ello resulta, por otra parte, que una doctrina puramente metafísica y una doctrina religiosa no pueden competir ni entrar en conflicto, puesto que sus dominios son claramente diferentes.

O esta otra, aparecida en el cap. III de *Apreciaciones sobre la Iniciación*:

el esoterismo es esencialmente otra cosa que la religión, y no la parte "interior" de una religión como tal, incluso cuando toma su base y su punto de apoyo en ésta como ocurre en ciertas formas tradicionales, en el Islamismo por ejemplo; y la iniciación no es tampoco una suerte de religión especial reservada a una minoría

Asimismo, no deja de ser significativo, por lo que tiene de "penoso signo de los tiempos", que sea precisamente entre algunos de los "seguidores" de Guénon, capitaneados por tres de sus "herederos" (el ya nombrado F. Schuon, M. Pallis y J. Reyrol), donde esa confusión, y otras de igual calibre, se produce de manera

escandalosa:

A ellos deben sumarse los "tradicionalistas guenonianos" de "estricta observancia", que en su mayor parte son más papistas que el papa, y les coge una especie de rigor que asocian con la visión religiosa, la "moral", la política inquisitorial y una presunción inversamente proporcional a su Conocimiento. Y es lógico que así sea: ¿de qué forma podría la contratradición cumplir su función de mejor modo que adulterando el pensamiento y la obra del más grande intérprete de la Ciencia Sagrada en este siglo? Guénon comenzó la lucha contra los impostores y la degeneración no ha cesado y ¿dónde podría notarse más si no es precisamente en lo ámbitos supuestamente relacionados con esa Ciencia Sagrada? ("Esoterismo y fin de ciclo").

Por eso precisamente el autor denuncia a todos esos impostores que alguien calificó alguna vez y con toda justicia de "parásitos de la obra de René Guénon", siendo tal vez el más siniestro de todos F. Schuon, antiguo colaborador (como Reyor y otros) de Guénon hasta cierta época, a partir de la cual se convierte en un adversario y en un adulterador (y traidor) de la obra del gran metafísico francés, y en consecuencia de la Ciencia Sagrada, expuesta con toda fidelidad por dicha obra en sus aspectos fundamentales. Son estas personas, como tantas semejantes a ellas, que por las circunstancias que fuesen tomaron en un momento dado la senda equivocada, y por no haber rectificado a tiempo, y haberse enquistado en el error, se fueron alejando cada vez más de la fuente de la que bebieron hasta perderse en la propia "tela de araña" que ellos mismos se tejieron. Por ello, esos comportamientos son también "ejemplares" de alguna manera, pues nos hacen ver y comprobar los peligros y dificultades que acechan en el camino del Conocimiento, al menos durante un trecho de él, aquel que se corresponde en la Cábala con el nivel más bajo del Plano Intermediario, *Yetsirah*, llamado de las "formaciones". Y es indudablemente *también* por esta razón que nuestro director ha querido señalar tanto a esas confusiones como a quienes han sido sus promotores, pues finalmente todo ello no es sino la expresión de una "entidad" amorfa que está tan alejada de la verdadera Sabiduría que precisamente ese contraste nos hace ver la Grandeza y Majestad de la misma.

En este sentido nos parece muy instructivo el Apéndice 2 y último de *Esoterismo Siglo XXI*, titulado "Schuon *versus* Guénon", que en su momento constituyó el N° 9 de los Cuadernos de la Gnosis, de la Editorial *SYMBOLOS*. En él, como se dice en la Presentación, se publican algunas de las afirmaciones de Schuon (muchas de ellas llenas de ignorancia y maldad, que como nos advierte Platón suelen ir acompañadas) realizadas en su gran mayoría en publicaciones dedicadas a Guénon y que han ido apareciendo a lo largo del tiempo tras la muerte de éste. Asimismo se publican diversos documentos aparecidos en distintos medios periodísticos a lo largo del tiempo y que muestran las diferencias esenciales que existen entre la obra de René Guénon y la de Schuon, que no es sino la sombra de aquella.

VII HERMETISMO Y MASONERIA DOCTRINA, HISTORIA, ACTUALIDAD



Pocos meses después de publicarse *Esoterismo Siglo XXI*, aparece la que va a ser la séptima obra de su autor: *Hermetismo y Masonería* (Ed. Kier, 2001), centrada efectivamente en la explicación de lo que constituye la doctrina, la historia (mítica y temporal) y la actualidad del Hermetismo, tradición a la que pertenece la Masonería, prototipo de sociedad iniciática y estructurada en torno al simbolismo constructivo como imagen de la Cosmogonía Perenne. De hecho, los dos primeros capítulos están dedicados respectivamente al Hermetismo y a la Masonería, mientras que el tercero trata de un tema que como su propio nombre indica: "Apuntes sobre Hermetismo y Ciencia", está vinculado directamente a la influencia de las ideas herméticas en el desarrollo de la Ciencia experimental, centrándose sobre todo en el Renacimiento, época clave en la historia de esas ideas. El cuarto capítulo menciona a "La Iniciación Masónica y Hermética en la Obra de René Guénon", en la que se destaca a este autor como un hermetista de nuestro tiempo que ha resaltado en su importante obra que:

En Occidente la Tradición Hermética y la Masonería son "*per se*" las organizaciones iniciáticas transmisoras de la influencia espiritual, a la que el Aprendiz o Neófito se afilia de modo natural puesto que es ella misma la que se revela en él, y constituye un organismo vivo con un dios mensajero igualmente vivo, Hermes (Hiram), a lo que se agrega el ámbito de su iglesia secreta, jalonado en todos los tiempos y lugares por las más importantes inteligencias, cristalizadas posteriormente en los cuerpos y luminarias que pueblan el firmamento organizado permanentemente por el Gran Arquitecto del Universo. No se trata de una inscripción burocrática a una institución que como dice también Guénon en su prólogo al libro antes mencionado [*Aperçus sur L'Initiation*], imite las formas profanas del mundo moderno, sino de un compromiso interior consigo mismo, y con los vehículos que fueron símbolos de la revelación.

Tenemos asimismo la "Conclusión" donde se nos habla de la "Actualidad del Hermetismo y la Masonería", actualidad que, sin ir más lejos, está corroborada por la propia obra de nuestro director, acrisolada por la experiencia y vivencia de su tema de estudio y de investigación: el Símbolo, intermediario entre el ser humano y su Origen

increado. Como (refiriéndose a él mismo) dice al final del Prefacio de *El Simbolismo Precolombino*,

El autor cree en la capacidad actuante del símbolo, en su virtud transformadora, a la par que sostiene que los símbolos están hoy presentes, tan sólo esperando ser vivificados.

Y esa posibilidad, en Occidente, y con las imágenes culturales que hemos recibido los que pertenecemos a su ámbito de influencia, puede nacer (tal cual se dice en esa "Conclusión") en quienes son los destinatarios de este libro, dedicado a

aquellas personas que por distintos motivos han recibido el Mensaje y podido percibir la Voz del *Noûs* en sí mismos, y por sí mismos, es decir a los Adeptos de la Tradición Hermética y a los Aprendices masones, así como a todos aquellos que aún buscan (...) y que trabajan su regeneración en relación con las coordenadas espacio-temporales, es decir con la encarnación psíquica e intelectual de los símbolos de la cosmogonía, de las Ideas que conforman el Arquetipo o Modelo Universal, lo que es idéntico a una verdadera espiritualidad.

Al final de la obra tenemos cuatro Apéndices, el primero de los cuales es la traducción (realizada en colaboración con José Manuel Río) de los XI primeros capítulos del *Poimandrés*, destacándose igualmente los comentarios a pie de página muchos de ellos de indudable contenido doctrinal que ayudan a la comprensión de este texto crucial de la doctrina Hermética.

Hermetismo y Masonería es un libro muy importante en la bibliografía de su autor y también lo es en lo que respecta al panorama esotérico y hermético de hoy día, pues ciertamente pocas obras como ésta arrojan tanta luz sobre lo que es y significa la Tradición Hermética, donadora de la auténtica Medicina que nos sana de la ignorancia si somos verdaderamente capaces de entregarlo todo, empezando por nuestros temores y pequeñas "seguridades", invocando la fuerza y la impetuosidad del espíritu, del azufre alquímico, de su energía fecundadora, pues el Dios Hermes, el "Tres Veces Grande" (Trismegisto) por su Sabiduría es

el éter en el corazón de aquellos que osaron el cruce de las grandes aguas, y no puede albergarse en corazones pequeños, o mezquinos (...) Por ello no siempre es fácil para todos conseguir una filiación con esta Tradición (...) ni la realización en esa vía, que no se expresa de manera religiosa o sentimental-devocional, que no posee ortodoxias teológicas estrictas, sino la vivencia de su doctrina por medio del Conocimiento, lo que obliga constantemente al Aprendiz a constatar lo que sucede en el itinerario de su propio camino, en su ser interno, es decir en su Iniciación, sin el consuelo que le suelen brindar determinadas creencias relativas al aparato religioso, a

las que sin embargo puede observar desde otro nivel simbólico, depurándolas, es decir, en términos alquímicos "rectificándolas". Por eso es que se la ha denominado una Tradición a la intemperie y puede ser considerada poco apta para ciertos espíritus timoratos que no arriesgan y por lo tanto no pueden luego callar o dejar de quejarse por sus vicisitudes, en vez de proseguir su camino, presidido por el silencio hermético. (p. 14-15).

Estas palabras forman parte de la Introducción y en cierto modo nos están sugiriendo cuál ha de ser la predisposición de espíritu con que debemos acudir a la Enseñanza Hermética y nutrirnos de su Doctrina, de sus Símbolos, de su Arte Regia, o Arte Real, palabra ésta que hace alusión sin duda al origen noble de ese Arte, pero también, y fundamentalmente, al hecho de que gracias a él podemos llevar a cabo, con paciencia y perseverancia, la "realización" de nuestro proceso de Conocimiento, bajo la guía y el amparo de Hermes, Dios verdaderamente Universal capaz de llevarnos, como dice Federico en la misma Introducción, por los planos más altos de la Cosmogonía y la Ontología, auténticos soportes de la Metafísica. Pues bien, esa Enseñanza y Doctrina, en esta Tradición, ha tenido como medio de expresión muy importante la escritura, como fijación de la palabra y la transmisión oral, y en este sentido no debemos olvidar que precisamente Hermes es el inventor de la escritura y el Dios de la palabra, las que dona a los hombres como instrumentos de civilización y cultura, así se llame esta deidad Hermes entre los griegos (o Hermes Trimegisto entre los filósofos grecoegipcios alejandrinos), Thot entre los antiguos egipcios, Quetzalcoátl, Kukulcán o Viracocha entre las culturas precolombinas, Wotan en las nórdicas, etc. No es de extrañar entonces que el primer capítulo de esta obra lleve precisamente por título "Los Libros Herméticos"; y en él, el director de *SYMBOLOS* (basándose en una amplísima documentación y haciendo gala de una gran erudición puesta al servicio de la Enseñanza) tiene la oportunidad, a través de la impresionante genealogía espiritual-intelectual de los autores herméticos habidos desde la Antigüedad Clásica hasta el siglo XVIII, pasando por el período Alejandrino, la Edad Media y el fecundo Renacimiento, de dejar constancia de cómo esos libros son en efecto transmisores directos de conocimientos que dan testimonio de la presencia a lo largo del tiempo y hasta nuestros días de un saber auténticamente transformador,

ya que tomando conciencia de nosotros mismos conocemos también nuestro ser en el mundo, es decir los secretos de la cosmogonía en virtud de las leyes de la analogía que establecen las correspondencias entre macro y microcosmos.

Por ello esos libros tienen todos un carácter sapiencial, es decir que recogen las emanaciones de la Sabiduría Hermética (que sus autores experimentaron primero en sí mismos, transformando sus vidas) propagándolas a sus semejantes y constituyendo las ideas-fuerza que crearán las condiciones necesarias para la continuidad de la

civilización y la cultura tradicional en Occidente, adaptando lo que fuera necesario adaptar a las condiciones de tiempo y de lugar, pues esa sapiencia congenia perfectamente con el intelecto práctico, ya que Hermes, recordémoslo nuevamente, tiene poder sobre los tres mundos (el corporal, el psicológico y el espiritual), y su linaje terrestre, los integrantes de la "cadena áurea", reconocen lo universal en lo particular, y lo particular en lo universal, de tal manera que la Cosmogonía Arquetípica se convierte en el modelo en el que se inspiran las leyes y principios que rigen la acción del hombre en el mundo, cualquiera que ésta sea: en la Ciencia, el Arte, la Filosofía e incluso la Política, palabra que quiere decir "el gobierno de la ciudad", el cual en las sociedades tradicionales se cumplía siempre en perfecta armonía con las leyes del cosmos.

El hombre es pues un mediador, no sólo en su función central sino también como un pequeño demiurgo en una creación que ha existido siempre y que se encuentra permanentemente inacabada, viva, en constante metamorfosis y que él puede transformar ya que aparece como el punto o la unidad donde convergen todas las energías creacionales, coronando y dando sentido al plan divino al reconocer los contactos que revelan las analogías, pues el mundo sensible se refleja en el inteligible como el inteligible en el sensible. Todo ello gracias a una red donde el Amor es el protagonista y el matrimonio (*Hieros Gamos*) entre el Cielo y la Tierra una cópula perpetua. Lo que es equivalente en otro simbolismo a una cadena de iniciados (el Hilo de Oro) que se transmite del *Noûs* [Inteligencia o Mente divina] a Poimandrés, de éste a Hermes, de Hermes a Tat y de éste a todos los Adeptos y teúrgos de la tradición Hermética. De allí que el *Corpus Hermeticum* constituya una revelación y que la sola comprensión de sus enunciados conforme una Gnosis, dado que somos la materia de lo que conocemos y el Verbo Primordial se manifiesta en lo humano posibilitando el surgimiento del hombre *pneumático*, paradigma del iniciado, que sabe leer los signos de la naturaleza y los símbolos cambiantes de su aventura cósmica, adecuándose a las circunstancias de su viaje, que asimila al Conocimiento, y que el texto del *Corpus Hermeticum* transmite. (págs. 25-26).

Esa referencia al hombre como un mediador o demiurgo hay que entenderla en el sentido de tomarlo como un colaborador consciente del Dios creador, y es así como lo hace nuestro autor cuando un poco más adelante, hablando de la pintura, escultura y arquitectura renacentista afirma que todo ello permite

el libre juego de la inteligencia, el conocimiento y la acción, expresados a través del Arte de Ser y Vivir como hijos y herederos del Dios cósmico, el que a su vez nos da la posibilidad de ser demiurgos en nuestro plano y ensamblar a nuestra vez una creación propia, un espacio y un entorno sacralizado a Imagen y Semejanza del Original que es su Arquetipo. (p. 68).

Y esta idea de la obra del hombre como un reflejo de la Obra del Artesano Divino, es considerada fundamental por cuanto que esa es una potestad que tiene precisamente el ser humano como mediador entre los mundos de arriba y los mundos de abajo, y cuyo desarrollo en el tiempo ha dado lugar precisamente a la idea y plasmación del hecho civilizador y cultural; y es más: mediante el pleno reconocimiento de esa potestad, de esa cualidad intrínseca a su naturaleza original, el hombre toma finalmente conciencia de su ser más profundo por la identificación no ya con el Dios cósmico, o *Noûs*-Demiurgo, sino con el Uno-Solo, con el *Noûs*-Dios, Arquetipo del hombre, pasando éste, gracias a esa identificación y por tanto a una transformación total de su naturaleza, de una función solar a otra polar, deviniendo en suma un gnóstico, un ser nacido del Espíritu (*pneumático*), es decir un hombre de Conocimiento, un teúrgo, cuya obra, su hacer en el mundo en y para sus semejantes, es justamente el soporte permanente de su transmutación inefable, tal y como Federico ha dejado dicho y escrito en distintos lugares de su obra. Esto es lo que en el *Corpus Hermeticum* se denomina el nacimiento del *Anthropos* hermético, o del Hombre Universal según otra definición tradicional, y que en la Cábala es llamado *Adam Kadmon*, identificado con *Atsiluth*, el plano más alto del Arbol de la Vida, o bien con el conjunto de todos los planos de éste.

A propósito de esto último debemos decir que existen claras correspondencias entre la enseñanza cosmogónica y metafísica del Arbol de la Vida (eje vertebrador del proceso de Conocimiento en la vía hermética contemporánea) y las enseñanzas contenidas en los "libros sagrados de Hermes", llamados los *Hermética*, dentro de los cuales destaca el *Corpus Hermeticum*, compuesto fundamentalmente por los libros de *Poimandrés*, el *Asclepio* y los *Extractos de Estobeo*. Y no es por casualidad que sea en este capítulo sobre los libros herméticos donde su autor destine varias páginas a describir el núcleo central de esas correspondencias, y precisamente lo hace cuando aborda el Renacimiento, período de esplendor donde cristalizan las distintas corrientes de la Tradición Occidental, concretamente las que provenían del Hermetismo (*Corpus Hermeticum*, Astronomía, Astrología, Alquimia, Magia y en general todas las artes y ciencias de la naturaleza) y de las enseñanzas pitagórica, platónica, neoplatónica, cabalista y cristiana, siendo todo ello posible gracias a la ingente labor de los maestros de ese tiempo, al que gestaron e impulsaron con la fuerza emanada de su influencia intelectual: Nicolás de Cusa, Marsilio Ficino, Pico de la Mirándola, Egidio de Viterbo, Juan Reuchlin, Cornelio Agrippa, Guillermo Postel, Francisco Zorzi, y un largo etc., en cuyas enseñanzas resuenan las voces de sus lejanos antepasados grecolatinos, alejandrinos, atenienses, bizantinos y los más cercanos medievales, una genealogía de los cuales aparece precisamente en el Apéndice 2: "La escuela de Pitágoras y la Academia de Platón: Genealogía".

Todo ese conjunto de enseñanzas vertidas en el modelo del Arbol de la Vida *sefirótico* forma parte constitutiva de la didáctica que sobre el mismo tema encontramos en otras partes de su obra, sobre todo y de manera evidente, al menos hasta el momento,

en *La Rueda, El Tarot de los Cabalistas, Simbolismo y Arte e Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*. Y desde luego que esto tiene relación con lo que decíamos al principio acerca de la labor que ejerce dicha obra en la continuidad de la Cosmogonía Hermética en nuestro tiempo, pues la influencia espiritual y el poder regenerativo de la Enseñanza emanada de Hermes (o de sus equivalentes Elías Artista o Henoch)

está tan intacta hoy como cuando fue revelada, en el comienzo del tiempo, por lo que esta energía-fuerza puede ser encontrada por aquel que la busque, pues es perenne, siempre presente y se muestra a los que la solicitan mediante duros y exigentísimos trabajos y pruebas iniciáticas que siempre se sufren y se reconocen en la soledad. (p. 78).

Como se dice casi al final de este capítulo los libros herméticos son auténticos tesoros de sabiduría y testimonios de la Filosofía Perenne, y que por ello mismo nunca perderán actualidad

por la índole Universal de su temario y la vigencia que le transmiten una minoría de seguidores que, hoy como ayer atienden a sus trabajos, pese a la cada vez más densa atmósfera que les ha tocado respirar. Como hemos podido observar la transmisión mediante el libro juega un papel fundamental en la Tradición Hermética, al punto de que Hermes, el escriba de los dioses o el dios escritor es quien la patrocina. Y si bien han existido y existen pequeñas organizaciones basadas en el Hermetismo, generalmente nucleadas alrededor de escritores y grupos ligados a su forma de ver los Principios de esta Tradición, expuesta en los textos antes citados, la Revelación (Realización) Hermética se da en lo individual, en cada uno de los Adeptos en los que se revela el *Noûs*, por cualquier motivo que fuese. Se trata por lo tanto del influjo espiritual de Hermes, o del pensamiento Hermético, lo que equivale a recibir su legado y afiliarse a él, pues mediante su vehiculación ligamos con aquello que se busca, ya que conocer es ser. Son los libros por ello fundamentalmente los iniciadores en la Tradición Hermética (si no ¿para quién hubieran sido escritos?) y muchos nos narran directamente la Revelación de Hermes Trismegisto, o sea la Revelación Hermética; las enseñanzas no son necesariamente orales, como en las Tradiciones Orientales, ni hay *ashrams* o *tarîqas*. Ni siquiera hay una religión, ni normas, ni dogmas, ni compromisos especiales, salvo con el Conocimiento. Por lo tanto no hay templos (salvo la excepción del caso de la Masonería), ni imágenes, es a cielo descubierto (...) y en esto, como en otras cosas, hay correspondencias con el Taoísmo (...); pero al mismo tiempo cuando se observa la calidad de los autores y personalidades que han contribuido a ella, la naturaleza luminosa de sus textos, la profundidad y belleza de sus símbolos, etc., no puede uno dejar de asombrarse y de reconocer en ella una vinculación directa con el Origen, con la Tradición

Primordial, por intermedio de la Cosmogonía Perenne, el Plano Intermediario y las Ciencias de la Naturaleza. (págs. 86-87).

Es indudable también que en la Tradición Hermética el soporte que representan los grabados es sumamente importante, y hasta podríamos decir que es una forma de la Enseñanza consubstancial a ella, puesto que, y como afirma asimismo Federico, el libro constituye un vehículo de la transmisión iniciática, y los grabados simbólicos contribuyen decisivamente a ello por su gran poder de síntesis, de lo cual da claro ejemplo sin ir más lejos el propio Tarot, o "Libro de Thot", amén de los miles y miles de libros alquímicos, astrológicos, de filosofía y magia natural, etc., aparecidos a lo largo de los siglos. En este sentido el contenido de los doce grabados herméticos y cabalísticos (y también masónicos) que aparecen al final de este primer capítulo, y el orden de su secuencia, tiene que ver precisamente con lo que estamos diciendo, y si se contemplan con atención advertiremos que siguen el hilo histórico del discurso escrito, siendo, además, una especie de resumen visual de todo él.

Y ya que mencionamos esto, querríamos añadir que en casi todos los libros de nuestro director (y también en la revista *SYMBOLOS*, como saben sus lectores) encontramos la presencia del grabado simbólico ilustrando el texto, y también como un componente mismo del libro, es decir formando parte de su contenido. Esto es especialmente notorio en su obra sobre *Las Utopías Renacentistas*. Las imágenes simbólicas, están, en este sentido, estrechamente ligadas con el Arte de la Memoria, ampliamente desarrollado por los maestros herméticos del Renacimiento, aplicándolo como una forma de la "reminiscencia" platónica y a "su posibilidad de encadenar con otros planos de la existencia Universal".

*

* *

Ese Arte de la Memoria está también presente en la Masonería, a través fundamentalmente de los símbolos que decoran la Logia, verdadera imagen del Cosmos, del Templo Universal, como bien se nos recuerda en el segundo capítulo titulado "Tradición Hermética y Masonería", texto igualmente fundamental para conocer la esencia de la tradición de constructores (nutrida por la Filosofía de Hermes, es decir por el Conocimiento, y por las ciencias de la Geometría y la Aritmética cuya paternidad en Occidente reside en Pitágoras y su escuela), que a partir del siglo XVIII (y tras ese período llamado de "transición" durante el cual los constructores viven inmersos en el mundo del Renacimiento, y por tanto recibiendo toda su herencia filosófica, científica y artística, siendo Elías Ashmole, alquimista, anticuario y masón, uno de los personajes claves en esa transición, como bien lo advierte Federico) toma la forma especulativa pero conservando en el espíritu encerrado en sus símbolos, ritos y mitos la posibilidad real de la regeneración y transmutación del ser humano:

Por lo que ser masón no es simplemente una adscripción a una institución cualquiera por esotérica que fuere, sino el hacerse cargo, el encarnar su cuerpo doctrinario manifestándose en la totalidad de los mundos físico, anímico y espiritual. Para ello es necesario un trabajo que actúe de modo operativo sobre los postulantes y los lleve a comprender no sólo la majestad de los conceptos sobre los que está alternando, sino también la dignidad feroz de esta labor de accesis al Conocimiento, principio y motor de todo trabajo, inclusive material y profano; esta dignificación del trabajo es pareja con toda idea de Orden propia de la Construcción, y se encuentra presente en la Masonería (una Orden) desde la época de las corporaciones y gremios medievales hasta hoy.

En realidad la labor del masón es pulir la piedra bruta y llevarla a la perfección. En ello su labor no se diferencia de la del alquimista —o hermetista— que lleva a cabo la transmutación, es decir que completa un ciclo propio y real en un mundo permanentemente inacabado, casi ilusorio. Es importante aclarar que este pulimiento de la piedra, encargado por el Gran Arquitecto del Universo a los hermanos masones, sólo se extinguirá con el fin de los tiempos, o sea, hasta el momento en que el tiempo, vivo, siempre presente, absorba la totalidad del espacio.

En este fin de ciclo se presenta la Masonería como un depósito de doctrina viva y tradicional que incluso ofrece la posibilidad de una realización intelectual (espiritual), es decir, de la Iniciación en el Conocimiento. ([Carta al Lector](#). N° 13-14 de *SYMBOLOS*).

Nuestro director va directamente a las fuentes de la Masonería, a su origen mítico y suprahistórico recogido en los *Old Charges* (Antiguos Deberes), para referirse precisamente a que esos símbolos, ritos, mitos, así como los secretos del oficio

se han transmitido sin solución de continuidad desde fechas muy remotas —y desde luego en las corporaciones medievales— y el paso de lo operativo a lo especulativo no ha sido sino la adaptación de verdades trascendentes a nuevas circunstancias cíclicas, haciendo notar que el término operativo no sólo se refiere al trabajo físico o de construcción, proyección o planeamiento material y profesional de las obras, sino también a la posibilidad de que la Masonería *opere* en el iniciado el Conocimiento, por medio de los útiles que proporciona la Ciencia Sagrada, sus símbolos y ritos. Precisamente esto es lo que procura la Masonería como Organización Iniciática y lo confirma la continuidad del paso tradicional que hace que igualmente pueda encontrarse en la Masonería especulativa, de modo reflejo, la virtud operativa y la comunicación con la Logia Celeste, es decir la recepción de sus efluvios que son los que garantizan cualquier iniciación verdadera, máxime cuando las enseñanzas son emanadas del dios Hermes y del sabio

Pitágoras. (p. 106).

Sirvan estas dos citas de ejemplo para mostrar cómo en la obra y pensamiento de nuestro autor se entrelaza armoniosamente la descripción de la historia (tanto cíclica como vertical) de la Orden masónica con todo el depósito de su tesoro simbólico y ritual, plasmado en los diferentes grados iniciáticos (que ritualizan y sintetizan las innumerables etapas y fases vividas durante el proceso de Conocimiento), tanto en los referidos a los tres primeros de aprendiz, compañero y maestro, como en los llamados altos grados, la mayor parte de los cuales no son sino "especificaciones o prolongaciones de ellos", constituyendo todo ese conjunto un inmenso mosaico ordenado (jerarquizado) y luminoso donde se recoge no sólo la influencia de la tradición hermético-alquímica (Egipto y Alejandría) y del pitagorismo y el neoplatonismo (Grecia y Roma), sino también la tradición judía (concretada en Salomón y el maestro Hiram, constructor del Templo de Jerusalén) y la tradición cristiana a través de las órdenes de caballería y toda la simbólica vinculada con los dos San Juan, empezando por aquella referida a las fiestas solsticiales. La confluencia de todas estas vías tradicionales en el tronco originario de la Masonería, conformado por el simbolismo constructivo, se ha ido dando en el tiempo y esto en cierto sentido ha fomentado la percepción cierta (señalada ya por Guénon) de que la Masonería tiene distintos orígenes, aunque bien es cierto que siempre permanece inalterable en su esencia: la de ser, como dice el autor del libro, un depósito vivo de Sabiduría Tradicional que otorga el Conocimiento a aquellos que son capaces de recibirlo, pues:

La deidad es inmanente en cada ser, y los Hijos de la Viuda, los hijos de la Luz, la re-conocen en el interior de su propia Logia. (p. 108)

Que es como decir en el interior de sí mismos, ya que esa Logia:

conforma un ámbito sagrado (...), un espacio interior construido de silencio, lugar donde se efectivizan todas las virtualidades y así puede reflejarse el Ser Universal de modo *especular* (...) O sea, que la actualización de la posibilidad, es decir el Ser, la comprobación de que todo está vivo, de que el Presente es Eterno, la simultaneidad del Tiempo, la idea de Triunidad del Único y Solo, conforman un Conocimiento al que los masones arriban por la propia experiencia que proporciona un aprendizaje gradual y jerarquizado a través de los planos cósmicos. (págs. 108-109).

Planos que están presentes también en la estructura del templo masónico, análoga al cosmos, y relacionados con el simbolismo solar y polar, que como ha dicho en alguna ocasión Federico están expresados, respectivamente, por la orientación de la Logia tomando la salida del astro rey por Oriente, y por aquella otra señalada por la plomada o perpendicular situada en el centro de aquella y que pende directamente de la Estrella Polar, marcando la orientación vertical Cenit-Nadir (reflejada también en

los dos solsticios), verdadero Eje del Mundo en torno al cual se cumple la manifestación de todas nuestras posibilidades individuales, y que al mismo tiempo indica nuestro ascenso hacia la salida del Cosmos, y consiguiente realización ontológica y metafísica, a través de la identidad con el Gran Arquitecto del Universo, con el *Noûs*-Dios del *Corpus Hermeticum*. Y se apunta algo sumamente interesante que abre indefinidas vías de desarrollo, a saber: que esos dos aspectos de la Masonería, solar y polar, están encarnados

en las figuras míticas de Salomón y Pitágoras, los cuales a su vez (...) guardarían alguna analogía con los grados simbólicos (Masonería Azul) y los Altos Grados (p. 125)

que son los que coronan el proceso de Conocimiento en la vía masónica y cuya simbólica debería ser la materia de estudio y de investigación de quienes trabajan en estos.

*
* *

"Apuntes sobre Hermetismo y Ciencia" es el nombre del tercer capítulo de esta obra que como estamos viendo nos está hablando del meollo, núcleo o médula de la Tradición del Dios Hermes, Tradición que es donada por él a los hombres y mujeres de este final de ciclo, pues se trata del guía y salvador del género humano y del que nace la posibilidad siempre presente de la iniciación al Conocimiento, de la entrada en un camino

donde toda cosa tiene significado, en las tensiones y matices propios de lo creado, y de su sustento invisible y arquetípico. (*La Rueda: una imagen simbólica del cosmos*, p. 103).

En realidad en *Hermetismo y Masonería* se nos habla de que la recepción de los efluvios celestes en el corazón de quienes los reciben (la "cadena áurea") ha determinado y determina en verdad el curso de la historia, no de la evidente, de la superficial, de la que está sujeta a la impermanencia de lo que siempre deviene pero que nunca *es*, de que habla Platón, sino de aquella otra que es la expresión misma de los principios y arquetipos universales en acción en el mundo gracias a la intermediación del hombre consciente de su papel central en la Creación, papel o función que se ha concretado a lo largo de la historia humana en la gestación, alumbramiento y desarrollo de la cultura, y la civilización como una emanación de ésta, siendo las organizaciones iniciáticas de cualquier tradición las que se han encargado de conservar y transmitir ese saber a lo largo del tiempo. En Occidente, heredero de la cultura grecolatina y judeocristiana, esos principios universales han conformado las "Artes Liberales" (Gramática, Lógica, Retórica, Aritmética, Geometría, Música y Astronomía), que en realidad están presentes de una u otra

manera en todas las tradiciones de cualquier tiempo y lugar por el mismo hecho de que esas Artes, con el añadido de la Astrología y la Alquimia, conforman en verdad una síntesis de la Cosmogonía Perenne, y han dado su estructura a todas las artes y ciencias, cualesquiera que éstas sean, incluidas todas aquellas que a partir del Renacimiento (pero con claros antecedentes medioevales como es el caso del filósofo hermético y alquimista inglés Roger Bacon, discípulo espiritual de Pitágoras, Euclides y Ptolomeo, y para quien "Hermes es el padre de los filósofos"), han sido llamadas "ciencias experimentales", las cuales, desarraigadas precisamente de esos principios universales que las conforman, crearon las condiciones que a lo largo de los últimos tres siglos han conducido a la caótica sociedad contemporánea, nacida de una visión del mundo fragmentada al cortar los lazos que mantenían unidos los tres mundos, visión que, como dice Federico, podría también manifestarse como una simbólica de enorme interés y que está esperando sus hermeneutas, tal vez porque en todo caos también está contenido de manera potencial un orden, aunque, añade, "no sabemos si en la actualidad, por circunstancias cíclicas, hay tiempo material para ello".

Por el contrario, la concepción de la ciencia en una cultura tradicional, nos dice nuestro director, siempre se ha visto como una posibilidad de desarrollo en un mundo concebido como inacabado, pero siempre sacro, al igual que la inserción del hombre en él, y no como meras constataciones empíricas totalmente profanas que finalmente abocan a la creación de una realidad autónoma desgajada del conjunto de la creación, del orden armónico del cosmos. En realidad

el nacimiento de la Historia de la Ciencia, tal cual hoy la conocemos, está relacionado con las ideas de la Tradición Hermética y las investigaciones y experiencias de los hermetistas, auténticos sabios –siempre perseguidos por la ignorancia y los personajes oficiales que la encarnan– que tienen mucho respeto por las enseñanzas del *Corpus Hermeticum*, las cuales definen una actitud clara con respecto al hombre y su papel en la Creación según lo manifiesta este texto: "El cosmos está pues sometido a Dios, el hombre al cosmos, los seres sin razón al hombre: Dios, él, está por encima de todos los seres y vela sobre todos. Las energías son como los rayos de Dios, las fuerzas de la naturaleza como los rayos del cosmos, las artes y ciencias como los rayos del hombre. Las energías actúan a través del cosmos y alcanzan al hombre por los canales físicos del mundo; las fuerzas de la naturaleza actúan por medio de los elementos, los hombres a través de las artes y las ciencias" (*Poimandrés* X, 22).

El pensamiento hermético y esotérico que contempla todas las cosas relacionadas entre sí gracias a la unidad que anida en el centro de todas ellas permitiendo el orden y la armonía cósmica y natural pervive en Occidente de manera pública y evidente hasta comienzos del siglo XVIII, y de ello dan fe incluso las obras de quienes han sido considerados los padres de la ciencia moderna (Newton, Francis Bacon, Kepler,

Locke, Robert Boyle, etc.) y no digamos de la corriente estrictamente hermética y cabalista-cristiana conocida como el "iluminismo rosacruz" (Robert Fludd, J. V. Andreae, Michael Maier, Comenius, etc.). Guiados por la obra de Federico González estamos viendo en efecto cómo esa visión del mundo que desembocará en la Ciencia experimental reposa en la doctrina de las correspondencias y las analogías entre los distintos planos de la Creación, verificadas por el propio operador, mago, alquimista o teúrgo que conoce "por experiencia" los misterios de la naturaleza y la cosmogonía, basándose para ello en los números y la geometría, que constituyen las "claves" simbólicas dejadas por el Gran Arquitecto en el cuerpo visible del mundo por un proceso de emanación creadora surgida de su seno.

En el primer capítulo hemos mostrado qué son las doctrinas herméticas, que ya contenidas en el *Corpus Hermeticum*, y en consonancia con las ideas de Pitágoras, Platón, el Neoplatonismo y Neopitagorismo, el cristianismo de Dionisio Areopagita y la Cábala Hebrea, describen las emanaciones que, a partir de la Unidad, por un proceso de opacamiento o materialización, descienden conformando distintos planos o mundos que van de lo invisible e increado, pasando por distintos grados más o menos sutiles de manifestación, o angélicos, hasta la más gruesa solidificación material. A la inversa, las enseñanzas herméticas nos muestran cómo es posible remontar este orden y a partir de determinadas sustancias, que guardan en sí el misterio de su ser, llegar al Origen mismo, por medio de una serie de transmutaciones que los alquimistas, puestos bajo la advocación del dios Hermes, realizaban partiendo de la materia, especialmente la metálica, a la que relacionaban con las energías de los astros, o regentes. Desde luego esta actitud, que por otra parte no es exclusiva de Occidente, pues se ha producido en otras tradiciones, ha posibilitado la investigación y la experimentación y por lo tanto ha fundamentado el nacimiento de las ciencias aplicadas al estudio y la modificación de la naturaleza. De hecho, la Historia de la Ciencia no ha dejado jamás de advertir este origen precientífico y "mágico" de las ciencias, por más racionalista que fuera su enfoque o aséptico pretendiera ser el método sostenido. (p. 150-151).

Precisamente, este capítulo se ocupa de los orígenes de la ciencia actual, orígenes que se remontan a la Edad Media y el Renacimiento (ambas épocas tributarias de la cultura clásica grecorromana y alejandrina), épocas en donde las ideas de la Filosofía Perenne todavía estaban vigentes, pues la experimentación de que se trata, es decir la necesaria comprobación por la experiencia de aquello que la razón deduce por el estudio especulativo, no es sólo física, como podría pensarse,

ya que su grado más alto es la Revelación; es decir que el Conocimiento de lo Sagrado es la mayor experiencia, aunque también incluye la magia en sus dos vertientes: la que se apoya en la naturaleza de las cosas, y la que utiliza trucos que de alguna manera violentan esa naturaleza, o sea que hay una

magia "buena" y otra "mala", o mejor, hay dos formas de actuar respecto a la naturaleza, una es lícita y la otra no lo es. Hay algo de profético en esta división, si se tiene en cuenta el posterior desarrollo de la civilización occidental, y la supremacía actual de la segunda sobre la primera, es decir del empirismo, la racionalización, el método estadístico y la falsa idea de una evolución y de un progreso indefinido, material y técnico, capaz de solucionar todos los males. Para el pensamiento de R. Bacon, si la experimentación es una forma de la magia natural y la alquimia una forma de la teúrgia aplicada al Conocimiento y a la obtención de un logro total –la Panacea Universal– todo el proceso de aprendizaje (matemático, cosmográfico, físico, médico, de laboratorio) es parte de un Saber Unico, la Ciencia Sagrada.

Todo esto es sumamente importante pues lo que el autor nos está diciendo es que el Conocimiento resulta ser lo más práctico y necesario, en el sentido de que nos hace el don más grande: el de la participación activa en el Pensamiento Universal, en el *Noûs*, que es el que verdaderamente nos otorga la libertad, porque nos hace actuar de acuerdo siempre a la Voluntad del Gran Arquitecto, gracias también a la comprensión de la "naturaleza de las cosas" en la que esa Voluntad igualmente se manifiesta. Y en consecuencia el no actuar de acuerdo a ella es el origen de cualquier desviación, que en el ámbito de la ciencia es aquella que desemboca finalmente en la negación de cualquier orden sagrado y en la inversión más absoluta con respecto a él.

Este proceso de inversión queda documentado no sólo en la "filosofía" y el racionalismo de Descartes sino que pasa a ser parte del bagaje del hombre moderno como lo testifica la historia de esa Ciencia que, a poco de su desarrollo, niega sus propios orígenes y rompe las raíces que la mantenían aún unida con la Cosmogonía y la Ontología, el Ser Universal y la Metafísica.

Intentaremos ilustrar esta paradoja: la de que la Tradición Hermética está en el Origen de la Ciencia considerada esta última como aplicación a la realidad concreta de los principios herméticos y las doctrinas alquímicas y teúrgicas, y a la vez la de cómo la visión literal y racionalista se fue apoderando poco a poco del hombre de Occidente, quien ha transferido conocimientos de orden vertical a la parcialidad horizontal y así ha procedido indefinidamente a la deriva, al punto de amenazar su suerte. Pero al mismo tiempo eso ha producido a su vez otra paradoja: que la progresión brinda ahora innumerables puertas de acceso para todos aquellos llamados al conocimiento, lo que es también una extraordinaria riqueza cuando se ordena y se logra sintetizar. De lo Uno a lo múltiple y de éste el retorno a la Unidad: un doble movimiento simultáneo, que se expresa mediante series de parcialidades que toman formas sucesivas y disímiles, como las que estamos describiendo (p. 155-156).

Ciertamente Federico nos propone una auténtica aventura intelectual al hacernos partícipes de su profundo conocimiento de las ideas herméticas, y tradicionales en general, y de la influencia de éstas en la cultura de Occidente, a la que ha conformado, influencia que ha sido determinante al encuadrar en los límites de la historia horizontal (y para superar "por arriba" justamente esos límites) todo el potencial mágico-teúrgico, cosmogónico y metafísico que esas ideas vehiculan como emisarias del Dios Thot-Hermes, de aquel que en los textos de los antiguos egipcios es llamado:

"Señor de la Sabiduría", "el Misterioso" y "el Desconocido", pero al mismo tiempo intermediario entre el Cielo y la Tierra, pues "sin su conocimiento, nada puede ser hecho entre los dioses y los hombres". (*Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha*, p. 426).

Y si, finalmente, de esas dos corrientes de pensamiento, la hermética y la empírico-racionalista, que se disputaban la hegemonía durante la "revolución científica" de los siglos XVI y XVII, venció la segunda (obviamente por las condiciones cíclicas), ello no impidió que la primera, la que sustenta los principios e ideas de la Ciencia Sagrada, continuara estando viva (aunque de manera más oculta o menos aparente) hasta nuestros días alumbrando las mentes más lúcidas y receptivas a esas ideas en los distintos campos: científico, artístico y filosófico, lo cual

ha permitido el retraso del caos total y ha reordenado, en la medida de sus posibilidades, una y otra vez el pensamiento del hombre de Occidente, iluminándolo con su sabiduría, en suma, revelándose en él (p. 155).

Pensamos a este respecto naturalmente en la propia obra de Federico González, y por supuesto en la de René Guénon y en la de todos aquellos que se encuadran dentro del pensamiento del metafísico francés o bajo su influencia y guía, o bien han tomado otros senderos dentro del amplio campo de la Simbólica Tradicional y de la investigación multidisciplinar siempre relacionada con la búsqueda sincera del Conocimiento.

Nos dice nuestro director que estos "Apuntes sobre Hermetismo y Ciencia" han tenido como factor desencadenante la investigación sobre los catálogos respectivos de la biblioteca Colombina, afincada en Sevilla, y la Bibliotheca Chemica, acabada de clasificar por John Ferguson en 1906. En las obras que componen ambos catálogos aparecen dos formas de encarar a la Ciencia (la medioeval y la renacentista, respectivamente), si bien con muchos puntos en común, pues para nuestro autor la cosmovisión hermética del Renacimiento es una adaptación de la que existía durante el Medioevo (como ésta lo fue de la grecorromana y alejandrina) y no existe entre una y otra esa división tan tajante pretendida por algunos. En la Biblioteca Colombina (integrada por las obras que fue adquiriendo a lo largo del tiempo Cristóbal Colón, más las de su hijo Hernando) abundan las obras inspiradas en Aristóteles y la filosofía

escolástica, así como los autores y filósofos de la antigüedad clásica y los tratados de teósofos, matemáticos, cosmógrafos y geógrafos disponibles en ese momento. Mientras que en la segunda, la Bibliotheca Chemica, aparecen aquellas obras que recogen la

visión científico-mágica del Renacimiento, en particular la de la Alquimia-química, Hermetismo, Farmacia, Medicina y Mineralogía. En todo caso ninguna de las dos tiene que ver con la "religión científica" actual, instaurada dentro de una corriente que se ha impuesto definitivamente, y aún sigue siendo oficial pese a las concepciones de las últimas investigaciones de la ciencia, incluida la Física Cuántica. (p. 160).

Precisamente en este capítulo, como en los dos anteriores, se reivindica con argumentos sólidos el carácter tradicional del Renacimiento, período que recupera la sabiduría y los valores de la cultura clásica y donde se vive un extraordinario resurgir del Hermetismo y del Neoplatonismo gracias a la fundación de la Academia Platónica de Florencia auspiciada por Cosme de Medici y dirigida por Marsilio Ficino, quien tradujo el *Corpus Hermeticum* y las obras de Platón, hecho importantísimo para la historia del esoterismo y la cultura occidental. Y todo esto ocurre en el mismo siglo del descubrimiento de América por el Almirante Colón, lo cual no se debe a la casualidad, sino que todo ello es la expresión del espíritu de una época que vio ensanchados sus horizontes, ya fuesen éstos geográficos o intelectuales, y ambos confluyen, entre tantos y tantos personajes,

en la figura de Cristóbal Colón, directamente vinculada a la Historia de la Ciencia, y ejemplo vivo del Renacimiento y por lo tanto del desarrollo de la imagen inmutable del mundo medioeval, ya esclerotizado, hacia nuevas posibilidades más plásticas, adecuadas a un mundo que se transformaba y que fue progresivamente dando lugar a nuevos puntos de vista en el plano investigativo y creativo, lo que desembocó en nuevas formas de ver la Filosofía y la Cosmogonía Perenne. (...) En realidad quien lee las cartas de Colón y los diarios de a bordo, no puede dejar de advertir que parejamente con el interés científico del navegante existe la apertura hacia la poesía y el amor a la naturaleza (en este caso tropical), encarnación de lo sobrenatural, y sobre todo, como se lo ha señalado numerosas veces, un "misticismo" que muchas veces es un "iluminismo", abonado por los signos de haber llegado a descubrir el paraíso, de conocer aquello que los sabios de la antigüedad sólo mencionaban veladamente, y gracias a su gesta heroica, señalada por el destino, poder participar de un misterio, revelar un secreto. Un ambiente mágico es obvio en la literatura colombina y el hecho de que la búsqueda del conocimiento y la del oro estén perfectamente combinadas en sus empresas, nos permite relacionarle con la Tradición Hermético-Alquímica, aunque él no haya sido un alquimista *estricto-sensu*. Precisamente en su época las gestas materiales no eran ajenas a las espirituales, sino más bien

una prolongación de estas. (p. 162 y 166).

Estas últimas palabras, que las gestas materiales son una prolongación de las espirituales, expresan perfectamente lo que es una concepción del mundo y de la vida que no ha perdido todavía sus vínculos con la realidad de lo sagrado y de lo mágico-teúrgico, y eso fue también el espíritu del Renacimiento y de sus mejores hombres y mujeres, sabedores de que pertenecían a una Tradición perennemente viva y que por eso mismo su adscripción a ella por la intuición del corazón era la garantía más cierta y verdadera de que su peregrinar por la existencia, sus venturas y desventuras, no era otra cosa en realidad que un remontar hacia la Fuente y el Origen increado, siempre presente.

En definitiva, este tema toca a la historia oculta de las cosas y a la presencia continua de Hermes para nuestra civilización. Y si la Historia de la Ideas es la memoria de los hombres y por lo tanto necesariamente una visión del cosmos, conocer los orígenes cíclicos es una forma de reencontrarse a sí mismo en un mundo que también es otro, de remontar la corriente hacia la simultaneidad de unos conceptos que están en la esencia de la Cosmogonía, y que constituyen una apertura a la Metafísica.

Es indudable que con este capítulo, y en realidad con todo el libro, el autor ha abierto un campo de investigación muy amplio relacionado, como él dice, con los orígenes "mágicos" de la Ciencia, y que es lo suficientemente importante para conocer un aspecto crucial de la cultura de Occidente que, como en otros casos, ha sido promovido por la influencia de la Tradición Hermética,

al punto de constituir una corriente subterránea, secreta, que la ha alimentado con sus aciertos y errores hasta el día de hoy, en perfecta simultaneidad con los ritmos y los ciclos que hacen al tiempo y a la historia en que se manifiestan las ideas.

VIII INTRODUCCION A LA CIENCIA SAGRADA PROGRAMA AGARTHA

Que la Fortuna sigue a la Virtud.



Frontispicio de la edición impresa

Esa "corriente subterránea" [ver final parte anterior] ha emergido nuevamente a la superficie y ha dado testimonio de la perennidad de su mensaje.

En varias ocasiones hemos hablado del carácter eminentemente didáctico de la obra de nuestro director, siempre enfocada en la transmisión y enseñanza del Símbolo abordada desde diferentes perspectivas abiertas permanentemente a lo universal y con el fin de introducirnos en el camino del Conocimiento, que es sin duda lo fundamental pues lo realmente difícil es *iniciar* ese camino y romper la gruesa cáscara que nos impide empezar a tomar conciencia de nuestra auténtica identidad. Pero además, y como estamos viendo, el contenido de esa obra es tan profundo y ofrece tan amplio campo de investigación y está tan interrelacionado con los temas esenciales de la Tradición Unánime, que por sí mismo constituye una guía permanente para encauzar ese camino de acuerdo a una Inteligencia que se va haciendo en nosotros por la comprensión de la Doctrina que la expresa, es decir: la Ciencia Sagrada.

Precisamente, ese carácter didáctico en ninguna de sus obras es más notorio que en *Introducción a la Ciencia Sagrada: Programa Agartha*, de la que ya hablamos en su momento, publicándose originariamente en 1985, si bien la edición que comentamos es la que conforma el N° 25-26 de *SYMBOLOS*, perteneciente al año 2003. Dicho carácter es tal porque, como dice el mismo autor en la Nota Preliminar, el contenido de esta obra representa el desarrollo de todos sus años dedicados a impartir la Enseñanza en distintas ciudades de Latinoamérica y España. En este sentido, añadiremos que en un momento dado Federico invitó a participar en la redacción de determinados temas a algunos de los que en aquel entonces (mediados de los ochenta) eran alumnos suyos, hoy colaboradores y amigos, y que ya habían realizado por años las enseñanzas desarrolladas en el *Programa*, el cual tiene desde luego una estructura, un orden, que viene dado por el conjunto de sus lecciones, en las que, efectivamente, se traduce la Tradición Unánime bajo la forma de la Tradición Hermética y sus vehículos simbólicos:

(Alquimia, Aritmosofía, Cábala, Astrología, Simbolismo, Tarot), así como Filosofía, Metafísica, Cosmogonía, Mitología, y de manera particular los símbolos universales y las artes liberales. También se refiere al Arte como forma de ver (poesía, literatura, música, teatro, danza, arquitectura, artes plásticas), a la Historia (sagrada) y a la (auténtica) Ciencia. Este método, o mejor, este medio, incluye igualmente gráficas y grabados; lo visual tiene un papel en él. (p. 9).

Así pues, y atendiendo a ese carácter didáctico, el conjunto de sus lecciones y temas está, en efecto, estructurado siguiendo un orden escalonado y gradual, sabiendo que

es así como estas ideas se van entendiendo y comprendiendo, con paciencia y perseverancia (o voluntad), como ya se ha dicho y no nos cansaremos de repetir, puesto que se trata de energías altamente benéficas recomendadas por los alquimistas de todos los tiempos, y que están íntimamente relacionadas con la idea de la reiteración del rito, es decir de un "volver a empezar" siempre renovado, ya que el proceso de Conocimiento y la Enseñanza que a él coadyuva no es un círculo cerrado sobre sí mismo, sino una espiral evolutiva, abierta permanentemente a otras posibilidades de nosotros mismos hasta ese momento desconocidas, y cuyo "descubrimiento" es inversamente proporcional al abandono de nuestras superficialidades. El estudio sobre los textos herméticos del *Agartha* constituye en sí mismo un rito, y su constante reiteración nos permite ir aquilatando, sopesando, reflexionando íntimamente sobre nuestros hallazgos, frutos de la concentración y contemplación en las ideas que los símbolos nos revelan, estimulados por nuestra voluntad de ser. Quien establece "comunicación" interna con las enseñanzas del Programa Agartha sabe que éstas llevan ya incorporadas su propia virtud operativa, su efectividad, y contienen por tanto una influencia intelectual que se recibe, como toda influencia de ese orden, en lo más secreto de la "cámara del corazón", y es muy probable que el interesado no sea consciente de la trascendencia de ese hecho hasta mucho tiempo después, cuando, tras un largo y silencioso proceso de "maduración", se le revele en toda su plenitud. En este sentido, y como dijo en cierta ocasión el propio autor la Enseñanza es como una semilla que se deposita en nosotros, y esa semilla necesita germinar y crecer para saber de su existencia real, y es en este sentido que el tiempo, el dios Tiempo, viene siempre en ayuda del aspirante al Conocimiento al actualizar todo lo que es potencial o virtual en él.

La tarea del artista es la de mediador entre la esencia del símbolo (o Verbo) y su manifestación en el mundo temporal (obra del Verbo Creador). De entre todas las criaturas, sólo al hombre le es dado el tomar conciencia de este papel y a través de él es el Universo el que se hace consciente de sí mismo. El propósito de la educación tradicional consiste en llevar a cabo esta toma de conciencia, despertando las capacidades latentes que todo hombre lleva ocultas, siendo ésta la función que cumple el gremio de los artistas, dirigido por un maestro que conoce los principios que gobiernan el Arte. ("El Artista", p. 207).

El *Programa Agartha* es, aquí y ahora, una voz de la Filosofía Perenne en Occidente. Una voz que es en esencia la de una Tradición Viva que a lo largo de la historia ha hecho posible que muchos hombres y mujeres hayan logrado su realización espiritual convirtiéndose en auténticos ciudadanos de la Ciudad Celeste, viviendo su vida de acuerdo a la Verdad que se reveló, y se revela constantemente, en ellos. Eso mismo es posible hoy en día, pues los símbolos que manifiestan esa realidad siguen estando ahí, tan sólo esperando ser vivificados por el ser humano que enfrenta de una vez por todas su destino, su lugar en el mundo. Por eso es importante la existencia de esta

Introducción a la Ciencia Sagrada, que adapta su contenido a la mentalidad de los hombres y mujeres de la sociedad contemporánea, característica ésta que es propia de la Tradición Hermética, cuyos integrantes atienden, hoy y siempre, sobre todo al latido del corazón de su tiempo, y Hermes, deidad que da nombre a esa Tradición, también llamado el "Pastor del hombre", nunca ha dejado desamparado al ser humano en su encrucijada existencial. No dudamos de que puedan haber, aquí en Occidente, otras formas de expresar la Tradición y su Mensaje Eterno, pero la que se expone en el *Programa Agartha* es con toda seguridad *una* forma de expresarla, o sea que constituye un "punto de vista" de la doctrina (un *darshana* dicho en términos hindúes) y por lo tanto poseedora de toda la legitimidad tradicional que eso conlleva, pues ¿qué mayor legitimidad que aquella que proviene de la propia experiencia "en la labor interna y en el conocimiento del Sí Mismo", como se dice expresamente en el Prefacio de esta obra?

Ese "punto de vista", ese *darshana*, es una "luz" sobre las cosas que viene dado por la adscripción interna, sutil e invisible, a un Pensamiento con el que nos identificamos y cuyas "raíces están en el cielo", y sus ramas son todas nuestras acciones enmarcadas dentro de él, tomado como permanente referencia vertical.

En todas las épocas críticas, como es la nuestra, han habido representantes de la Tradición que han visto la necesidad urgente de condensar, o mejor sintetizar, los elementos esenciales de la Doctrina para que ésta no desaparezca totalmente del horizonte de la existencia humana, lo cual sería realmente catastrófico pues esa misma existencia, al ausentarse de ella la posibilidad de la realización de sus estados superiores, se sumergiría en la más completa barbarie, cosa que por otro lado ya está sucediendo según los signos inquietantes que vemos cada día a nuestro alrededor. Esa "función" de arca o de recipiente donde se alberga el mensaje de la Tradición la cumple asimismo, aquí en Occidente, la *Introducción a la Ciencia Sagrada*, a la cual serían perfectamente aplicables estas palabras esclarecedoras que hallamos entre sus páginas:

La tradición se transmite de manera horizontal y ha fecundado distintas civilizaciones e individualidades. Pero esto ha sido posible merced a la permanente reactualización vertical de la Tradición Universal, la que se revela con nuevas formas (de acuerdo a un concierto de fuerzas que se entrelazan armónicamente y que incluyen en su orquestación las circunstancias personales de aquél o aquéllos que la encarnan y la transmiten), regenerando así la Tradición Primigenia, lo que permite la continuidad de la cadena de unión a lo largo de la Historia y la posibilidad siempre presente de la iniciación, la realización espiritual, la metanoia. Por otra parte esta urgencia de transmitir a sus semejantes este Mensaje que sienten aquéllos en los que la doctrina y el símbolo se han vivificado, se encuentra particularmente agudizada en los tiempos que corren, donde un fin de ciclo obliga a redoblar energías en la realización vertical, como

igualmente en la difusión horizontal. ("La Tradición y el Mensaje", p. 342).

Entendemos que esto es muy importante para conocer qué es verdaderamente el *Programa Agartha* y por extensión lo que representa la labor de Federico González a través del conjunto de su obra, en la que no se exponen las "opiniones" de un autor que "sabe" sobre la Tradición y el Símbolo, pues si esto fuera así ella tendría tan sólo un interés relativo al no salir de los límites de una individualidad, y es obvio que eso está muy lejos de la realidad de esa obra, como también lo es, para aquél que verdaderamente la experimenta, la evidencia cierta del gran beneficio de la Idea-fuerza, o energía sapiencial, que emana de toda ella, la cual, digámoslo con toda claridad, es en sí misma un Símbolo que nos comunica con las realidades a las que constantemente se refiere. En relación con esto último y como dice una famosa sentencia alquímica, "Lo semejante atrae a lo semejante":

Hemos estado ofreciendo una serie de escuetas "biografías" (Heracles-Hércules, Moisés, Hermes, Pitágoras, Platón, Isis), de "personas", seres o entidades que han encarnado estados espirituales y necesariamente los han volcado sobre el medio, según era su destino y su función. No nos interesan de estas historias arquetípicas los rasgos humanos y anecdóticos ni las valoraciones a que esos enfoques se prestan. Creemos que son importantes al ser simbólicas, es decir como reveladoras de determinadas pautas esotéricas, perfectamente asimilables —en cuanto son ejemplares— al hombre en general, por ser universales y no sujetas por eso al espacio y al tiempo sino de modo secundario. Tienen también otra función: la de ir preparando el camino para el conocimiento y la comprensión de otra historia, secreta para los que no son capaces de profundizar y establecer relaciones entre símbolos y se sienten satisfechos con las cómodas e inverosímiles historias oficiales. La verdadera historia es otra cosa. Y los occidentales podemos leer en la nuestra como en una simbólica de ritmos y ciclos, una danza de cadencias y entrelazamientos, no casuales por cierto, y donde todos y cada uno de los hechos adquieren un significado en la armonía del conjunto, que se contempla bajo una lectura diferente, bañada por una nueva luz. Además, y es lo importante, esto es especialmente válido para ser aplicado a nuestra propia vida, a las anécdotas, aconteceres e historias relativas de nuestra existencia. Las cuales han de ser consideradas bajo un enfoque simbólico y nunca como un conjunto de posesiones personalizadas y exclusivas con las que nos identificamos. (Acápite "Biografías", p. 115).

y IX:
**LAS UTOPIAS RENACENTISTAS
ESOTERISMO Y SIMBOLO**



La isla de Utopía en una portada del libro de T. Moro

El contenido de este [último] acápite del *Programa Agartha* nos ha servido en realidad de introducción al que, de momento, es el último libro de nuestro director, recién publicado en 2004 (Ed. Kier).(*) En su oportunidad dijimos que sus estudios más recientes están en gran parte volcados en desentrañar el carácter esotérico y metafísico de la Historia de las Ideas, es decir que penetran en la trama invisible y las causas profundas sobre las que se teje el discurso creacional, el "teatro del mundo" (donde el hombre y sus obras asumen un papel relevante como estamos viendo), que aparece así como un inmenso símbolo que constantemente nos revela su origen vertical y trascendente, siempre y cuando sepamos "leer" más allá de las apariencias que lo ocultan; en este sentido, su obra entera nos ayuda de manera inestimable a hacer nacer y a fomentar en nosotros esa otra mirada, la "mirada esotérica" (o la "audición metafísica" de que se habla en "Arte Musical") que nos permite entender la realidad en que vivimos, no sólo la histórica y temporal, sino sobre todo la transhistórica, supratemporal y arquetípica, ya que podemos comprender verdaderamente aquella gracias a ésta, y nunca al revés, pues es una ley universal que lo que es menos no puede nunca abarcar lo que es más, existiendo por tanto entre una y otra una jerarquía, si bien las dos coexisten simultáneamente, como el propio autor ha dejado dicho en distintos lugares de sus publicaciones.

Tener conocimiento de ambas realidades es precisamente una de las diferencias fundamentales que hay entre lo que podríamos llamar la "mentalidad tradicional" (unánime en todas las sociedades antiguas) y la que es propia de la gran mayoría de los hombres y mujeres que viven en las sociedades desacralizadas de nuestro tiempo, situación a la que han llegado ya por el anquilosamiento o petrificación de su propia cultura, ya por haberse olvidado de sus orígenes culturales, o ambos motivos a la vez, como es el caso de las llamadas "sociedades del bienestar", totalmente volcadas en la satisfacción de las necesidades más elementales del ser humano, cuando en verdad esas "necesidades" no tienen por qué ser incompatibles con otras de mucha mayor

trascendencia, cayendo por tanto cada vez más (aunque tal vez ya estemos tocando fondo) en el "polo substancial" del "reino de la cantidad", en detrimento del "polo esencial" identificado con todo lo que tiene que ver con el Principio y la dimensión cualitativa de los seres y las cosas.

Sin embargo, esa mentalidad tradicional, en Occidente, pervive de forma clara hasta el Renacimiento (o al menos hasta lo que el autor denomina el "primer Renacimiento" que ocupa todo el siglo XV), según es fácil ver por las investigaciones que desde hace años se han llevado a cabo sobre ese período, en el que nacen nuevas posibilidades latentes en la propia historia de Occidente, renovando (o adaptando a las circunstancias cíclicas) las ya caducas estructuras medievales y recuperando al mismo tiempo el legado sapiencial de la Antigüedad Clásica. En este sentido el Renacimiento es, en muchos casos, una "culminación" y una síntesis prodigiosa del espíritu tradicional de Occidente, cuya verdadera decadencia acontecerá propiamente hablando cuando, al final de ese segmento, irrumpen con fuerza como dice Federico, las huestes literales y el bajo intelecto, ligado a la pasión de la Reforma y la Contrarreforma.

Así pues, durante ese período se dan cita prácticamente todas las corrientes de pensamiento que fueron gestando la cultura y el ser de Occidente a lo largo de los siglos, recibiendo un impulso revitalizador con la llegada de un nuevo ciclo histórico, que va a servir, entre otras cosas, para que esa cultura germine también en un Nuevo Mundo (América), el "descubrimiento" del cual se asumirá en muchos casos como la posibilidad de vivir la realización de la Utopía, que es el tema principal de estos textos, donde se presenta el Renacimiento no tan sólo como una época histórica sino también y sobre todo como una realidad permanente del espíritu humano que se reconoce en su Arquetipo y ello le permite "renacer" a otra posibilidad de sí mismo más realmente universal. Esta es una de las razones de por qué la lectura de este libro atrapa desde el primer momento sumergiéndonos en las frescas y vivificantes aguas de la Memoria, la que fue precisamente un Arte durante ese tiempo: el Arte de la Memoria, también una forma de la Utopía y capaz de recrear el cosmos entero en el alma humana y reconocerse ésta, como dice Marsilio Ficino, habitante

De la altísima ciudadela de la bienaventuranza celeste (p. 17).

De ahí la importancia de mantener vivo en lo posible el vínculo con el legado renacentista, el eco de cuya influencia no se acallará con la llegada del mundo moderno, pues éste vive, en lo que se refiere a las estructuras que conforman su sociedad y el pensamiento que la configura en lo más profundo, de la herencia que ha recibido del mundo antiguo, y más concretamente del Renacimiento. Es más, leyendo esta obra se llega a la conclusión de que nuestra época vive todavía bajo su influencia, que de alguna manera pertenece a él en todo cuanto constituye lo mejor de ella misma, es decir en cuanto mantiene en su memoria colectiva los valores inalterables que, por pocos que ya queden, siempre serán una referencia ejemplar para no

sucumbir a la tremenda degradación de este fin de ciclo. Y aquí está precisamente uno de los grandes aportes no sólo de este último libro sino de la obra entera de su autor, el cual ha sabido ver, como pocos escritores contemporáneos, la importancia del Renacimiento como época en que las distintas corrientes herméticas que la poblaban se constituyeron en las depositarias y transmisoras de la Ciencia Sagrada en Occidente, abarcando también dentro de esta denominación geográfica al Nuevo Mundo recién "descubierto". Pero por sobre todo da fe de que esas corrientes están vivas y de que si nos quitamos los muchos prejuicios que cubren nuestra mente sabríamos reconocer en ellas verdaderamente la "Buena Nueva", es decir la permanente sorpresa de la regeneración encarnada en el alma individual, que se asoma así a un mundo completamente distinto que, sin embargo, está siempre presente, dando contenido a todo cuanto existe.

*
* *

Dentro de dichas corrientes tuvo una importancia capital el resurgimiento de la Cábala en la Italia renacentista, y que algunos estudiosos, como F. Secret, citado por el autor, consideran como "un descubrimiento tan importante como el del Nuevo Mundo" (p. 22), sin duda alguna debido a la enorme repercusión intelectual que aquélla tuvo entre los círculos herméticos de toda Europa a partir de su contacto (patrocinado por Pico de la Mirándola) con el cristianismo impregnado de neoplatonismo y neopitagorismo, dando así nacimiento a la Cábala Cristiana. Esto lo corrobora totalmente nuestro director cuando afirma que

La Cábala hebrea propagada en medios cristianos es también un ingrediente cultural fundamental en el Renacimiento, cuya transmisión se ha prolongado hasta el siglo XX –junto con la Tradición Hermética y la Platónica– y constituye también una de esas artes –o ciencias– ocultas del período al que nos estamos refiriendo (p. 23).

Destaca Federico el decisivo aporte de la doctrina cabalística (sintetizada en el *Arbol sefirótico*) en el mantenimiento de las ideas herméticas hasta hoy mismo. La Cábala fue adoptada, en efecto, en medios cristianos, y su influencia, junto a las otras corrientes de la Tradición Hermética y Platónica, se deja sentir también en algunas de las Utopías estudiadas por él. Por ejemplo en todas aquellas que, agrupadas bajo el título "Otras Utopías del Renacimiento" (cap. XI), no tienen relación directa con la *polis*, con la ciudad (consustancial a la utopía), si bien persisten en ellas determinados elementos comunes que las relacionan con ésta y permiten entender cómo la idea de la Utopía es parte constitutiva de cualquier proceso que toma al alma humana como "materia de obra" alquímica. Hablamos de: "Utopías sin *polis*. Arquitecturas del pensamiento. Estructuras imaginales"; "Tratado de *Las Leyes* de Gemisto Pletón"; "*Diálogos de Amor* de León Hebreo"; "Luca Pacioli: Las Matemáticas como Utopía"; "*Atalanta Fugiens* de Michael Maier: Alquimia, música,

imagen", y finalmente "Robert Fludd: El Sello de la Utopía". Queremos resumir con las propias palabras de su autor este capítulo especialmente importante en donde aparece con toda su fuerza y luminosidad la capacidad ordenadora del símbolo:

Esta forma de la utopía no está necesariamente relacionada con la *polis*, o sea con las estructuras de una ciudad concreta o la construcción de un medio social, político y económico. No obstante del mismo modo que se organizan los distintos módulos sociales en un territorio, igualmente lo hace en la mente un pensamiento y de manera análoga al vincularse con otros, y estos con terceros, conforman una totalidad, un mundo imaginal perfectamente estructurado, un sistema, con sus diversas vivencias y espacios intelectuales, —como las plazas, edificios, templos y parques de una villa— tal cual los cajones repletos de imágenes, referencias y símbolos que conformaban el mueble con el que Giulio Camillo trabajaba en su Arte de la Memoria.

Por lo tanto estas utopías a las que estamos aludiendo ahora son tan válidas y actuantes —tan reales— como aquellas que suponen un sitio específico, empero inventado, y una organización social. Ambas configuran un orden compuesto de determinados elementos que irán constituyendo un conjunto en el que se articularán de modo preciso y coherente, produciendo como ya hemos mencionado un sistema apto para el Conocimiento que, como la Utopía de Moro, no tiene "lugar" físico, aunque está siempre presente, y es atemporal (...); espacio mental que puede ser revisitado, recorriendo las aulas y espacios de la conciencia, una y otra vez, por los que saben cómo llegar a ellos y donde son contemporáneos con todos aquellos que lo han conocido en el pasado —y quienes lo harán en el futuro— y que aún están vivos, tal el caso de Henoch y Elías; la posibilidad de encarnar tal entidad, para ciertos cabalistas como Guillaume Postel, es lo mismo que el arribo a la utopía de la ciudad celeste, en un mundo donde todo está en todo. Este espacio es parte constituyente del plano intermediario en sus dos aspectos, la psiqué más densa y la más sutil. La más ligada a la forma y la que se identifica con lo no formal. Todo lo cual se encuentra presente en el alma humana, la que de hecho allí mora, pues el ser se reconoce en ella y puede llegar a considerarla un medio apto para acceder al verdadero espíritu, al Ser universal, y aún a sus posibilidades negativas.

Pero la obra que inaugura el género de las utopías renacentistas no es otra que la *Utopía* de Tomás Moro, el cual estuvo influido, en su formación renacentista y metafísica, por Pico de la Mirándola y Marsilio Ficino (entre otros), quien recordaremos nuevamente fue el gran traductor del *Corpus Hermeticum* y de Platón, en cuyo libro *La República* se inspiraron prácticamente todas aquellas Utopías del Renacimiento que se describieron a modo de "ciudad ideal". Hablando de la *Utopía* de Moro, Federico traza la primera definición de la misma, cuyo nombre:

deriva del término *u-topos*, o sea de aquello que no tiene lugar, algo que por lo tanto está fuera del tiempo y del espacio para significar con seguridad un asunto imposible de realizar en este universo y relacionado con otro mundo, o sea con una región más allá de estas dimensiones, un ámbito celeste y perfecto donde las cosas fueran en verdad y no signadas por las imperfecciones humanas, una forma de la ciudad celeste o la ciudad de Dios. (cap. II. "Necesidad de la Utopía". p. 47).

Esta idea de "no-lugar" que caracteriza a la Utopía recuerda también lo que decían los antiguos Rosacruces cuando hablaban de su "Templo del Santo Espíritu", que "no está en ninguna parte", y de ahí la denominación de "Colegio Invisible" dada a esta corriente hermética. Precisamente nuestro director consagra dos capítulos enteros a hablar de este importante movimiento hermético, de enorme influencia en su tiempo: "La Utopía de los Manifiestos Rosacruz" (cap. IV), y "Cristianópolis" (cap. V). En el primero de ellos vuelve a hablar de la Utopía en los siguientes términos:

La Utopía es un espacio distinto, un mundo invisible situado en el eterno presente. Por eso debe proyectarse hacia el futuro, como algo a conseguir, o hacia el pasado: una edad feliz, el paraíso terrenal, la Tradición. En este último caso apoyada por razones que van de lo biológico a lo histórico y que la memoria atestigua. El mito del Origen, que es vertical, es decir que existe permanentemente y en simultaneidad, debe ser trasladado al pasado para ser comprendido en la sucesión. Igualmente el deseo y la voluntad de integrarse a él se proyectan en un futuro posible; tal la razón de la Utopía. (págs. 77-78).

Para nuestro director una de las utopías renacentistas más interesantes es "La Ciudad del Sol", de Tomasso Campanella, prácticamente contemporánea a las citadas anteriormente, y como en éstas su autor trata de transmitir a sus contemporáneos la "Idea" de la Ciudad Celeste en una época precisamente en que estaba irrumpiendo con fuerza una concepción del mundo que no contemplaba dentro de sus postulados la posibilidad de vivir de acuerdo a esa Idea, que sin embargo ha persistido a pesar de todo, latente en la Memoria del Tiempo, conectada a la realidad concreta del ser humano a través de determinados personajes que la han vivido, y la viven, y conocen esa ciudad arquetípica hasta en sus más mínimos detalles, como nos dice Federico en un capítulo de *El Simbolismo Precolombino* ("Mitología y *Popol Vuh*"), donde añade que esa ciudad arquetípica constituye en realidad una región metafísica, un país que convive con el nuestro, es decir:

una patria de cuerpo espiritual en donde habitan los dioses y los difuntos. Una realidad impalpable que ya conocían los egipcios: "Ignoras, o tú Asclepios, que Egipto es la imagen del cielo y la proyección en este mundo de todo el ordenamiento de las cosas celestes? (Hermes Trismegisto, *Corpus Hermeticum*)".

Lo que la ciudad celeste es al simbolismo espacial, las genealogías o los antepasados lo son al temporal y ambas confluyen para cimentar la realidad (...) Casi todas las tradiciones han sentido que son herederas en esta tierra de aquella ciudad del cielo y descendientes de sus moradores, y de allí que hayan pensado invariablemente, que su patria constituía el centro del mundo; o sea un lugar especialmente 'cosmizado', en donde las energías del cielo y la tierra, de los vivos y los muertos se conjugaban permitiendo el desarrollo de la vida y de esa comunidad en el tiempo. (...)

De hecho toda la simbología se basa en la creencia de que un plan conocido es la expresión de otro desconocido y en las correspondencias que existen entre ellos, lo que fundamenta las leyes de la analogía. De manera unánime las tradiciones arcaicas han conocido este espacio y tiempo otro donde las cosas son más reales y efectivas, al punto de que nuestro mundo ilusorio y caótico debe imitar la realidad arquetípica para que su vida tenga un sentido. Esta vibración en la misma frecuencia de onda, o sea, acorde con el diapasón cósmico, es la manera de conocer otros planos de la manifestación más perfectos en cuanto más elevados, sutiles y transparentes, otros mundos tan verdaderos que resultan los auténticos. Pero esto último es una explicación moderna, una manera de decir; para la mentalidad tradicional, que no conoce esta terminología, no hay una gran diferencia entre la ciudad celeste y la ciudad terrestre, puesto que esta última es aquélla en este mundo.

La Utopía, la ciudad celeste, es pues un estado de la conciencia, o del alma. Es nuestra propia alma que se reconoce habitante de la Posibilidad Universal; por eso esa ciudad no está en ningún lugar y, al mismo tiempo, está en todas partes, como el Centro del Mundo, con el que se identifica, pues todo lo que ella *es* emana directamente de él, como los rayos del sol son el mismo sol, al que llevan hasta los rincones más lejanos del Universo, iluminándolos. Precisamente en este capítulo "La Ciudad del Sol", el autor nos recuerda lo siguiente:

La asimilación de la ciudad, o estado, con el propio ser humano y sus estados de conciencia viene de antiguo y así A. K. Coomaraswamy puede decirnos en su estudio "¿Qué es Civilización?" lo siguiente: "En el pensamiento de Platón hay una ciudad cósmica del mundo: la ciudad del estado, y hay un cuerpo político individual, y ambos son comunidades (griego *koinônia*, sánscrito *gana*). 'Las mismas castas (griego *genos*, sánscrito *jāti*), en igual número, han de hallarse en la ciudad y en el alma (o sí mismo) de cada uno de nosotros'; el principio de la justicia es igual en todo, a saber, que cada miembro de la comunidad cumpla las tareas para las que ha sido dotado por la naturaleza; y el establecimiento de la justicia y el bienestar de la totalidad depende, en cada caso, de la respuesta a la pregunta: ¿Quién gobernará, lo mejor o lo peor?, es decir, ¿una única Razón

o Ley Común, o la multitud de los ricos en la ciudad exterior y de los deseos en el individuo?"

"¿Quién colma, o puebla, estas ciudades? ¿De quién son estas ciudades, 'nuestras' o de Dios? ¿Qué significa 'gobierno de sí mismo'? (una pregunta que como señala Platón, *República* 436b, implica una distinción entre gobernante y gobernado). Filón dice que: 'En lo que se refiere al poder, Dios es el único ciudadano', lo que es casi idéntico a las palabras de la *Upanishad*: 'Este Hombre (*purusha*) es el ciudadano de toda ciudad' y no queda contradicho por esta otra afirmación de Filón: 'Adán (no 'este hombre', sino el Hombre verdadero) es el único ciudadano del mundo'. Y nuevamente: 'Esa ciudad (*pur*), es estos mundos, la Persona (*purusha*) es el Espíritu, a quien, porque habita dicha ciudad, se le llama 'el Ciudadano' (*puru-sha*) (...)." (p. 63-64).

Con estas palabras que resumen el sentido profundo de las Utopías, llegamos por nuestra parte al final de este "viaje" por la obra de Federico González, la cual como hemos dicho en algún momento puede constituir para quien así lo desee una excelente oportunidad para que las mismas ideas que vehicula (las de la Ciencia Sagrada y la Tradición Hermética) se conviertan en los motores de su propia transmutación, de su "renacer" efectivo a la Realidad que esa ciudad invisible testimonia. Estamos por tanto en presencia de una verdadera "Obra Alquímica" orientada permanentemente hacia la transformación del "plomo en oro", o dicho en palabras de los alquimistas de todos los tiempos y que Federico ha recordado con frecuencia: "todos los metales llevados a su perfección son oro". Y en ello está implícita esa máxima *In omnia caritate* (En todo la caridad) que él siempre ha aplicado y aplica en todo cuanto realiza en su labor de intérprete y transmisor de la Ciencia Sagrada. La Caridad y la Sabiduría siempre van juntas. De nosotros, de sus lectores, tan sólo se requiere la concentración necesaria para ir descubriendo las distintas lecturas que alberga esa obra, en correspondencia con los distintos planos de la Cosmogonía Perenne. Gracias a la magia teúrgica que emana de toda ella comenzaremos a relacionar las ideas arquetípicas con los acontecimientos de nuestra vida cotidiana (y que observamos como análogos a los del mundo), realizando así nuestro propio rito, o sea encarnando el símbolo, comenzando a vislumbrar poco a poco un mundo nuevo en el que lo universal se individualiza y lo individual se universaliza; reconociendo, en fin, que efectivamente es real, cierto y verdadero que "lo de abajo es como lo de arriba, y lo de arriba como lo de abajo".

¡Celebremos pues dicha obra y su Mensaje Perenne!

Y como en un lugar de ella se nos dice no mengüemos en esa labor de conocernos a nosotros mismos y sobre la cual pivota en realidad el sentido de nuestra vida. No adoptemos, en fin, las

valoraciones del hombre viejo, o encarnemos furiosas reacciones contra la ignorancia que nos margina; aun si nuestro enorme esfuerzo por realizar un mensaje pudiera parecernos transitoriamente cosa imposible, materia vana, debemos recordar que en el gran laboratorio de la creación universal se logran resultados a costa de ingentes gastos (nunca desperdicios) de energía, y eso particulariza a cualquier proceso creativo. Por otra parte si nuestras diligencias y labores sólo sirviesen para difundir la Tradición Unánime que se mantiene viva desde los orígenes del hombre y el universo, esto ya fuera hartamente suficiente de acuerdo a unas posibilidades que cada vez se hacen menores a medida que se acerca el fin de los tiempos.⁽⁸⁾

<https://www.2enero.com/textos>

NOTAS

- (*) [Este artículo, que se extiende aquí a lo largo de nueve archivos, apareció originalmente en la Revista *SYMBOLOS: Arte - Cultura - Gnosis*, N°29-30, "Celebraciones". Barcelona, 2005. Eliminado de la web de la revista, se publica aquí con el permiso expreso de su autor.]
- (1) Años más tarde, concretamente en el 2002, funda el Centro de Estudios de Simbología de Zaragoza.
- (2) Existe una segunda edición en B.D.B., México 1988.
- (3) *Esoterismo Siglo XXI: En torno a René Guénon*, p. 25.
- (4) "Dios está más cerca de ti que tu propia yugular", se dice en el esoterismo islámico.
- (5) Concretamente, a René Guénon, el revivificador de la Ciencia Sagrada en este fin de ciclo, *SYMBOLOS* ha dedicado –además de una sección fija desde su primer N°–, nada más y nada menos que **dos monográficos** enteros (años 1995 y 2002), conformando entre los dos casi 1.200 páginas, hecho insólito y sin parangón en ninguna otra parte, a la vez que confirma la gran recepción que la obra de Guénon ha tenido entre los colaboradores y suscriptores de la revista, desde la cual se la ha difundido junto al pensamiento que la sostiene, sin caer jamás en el "guenonismo" estéril y dogmático (pues reconocen que la verdadera "infalibilidad" tradicional reside precisamente en la Sabiduría y no en sus intérpretes humanos), que con frecuencia desemboca en la petrificación, cuando no en la negación pura y simple de ese pensamiento, expresión viva de la Tradición Unánime y Primordial.
- (6) Damos a continuación los nombres de las páginas y direcciones webs vinculadas al "anillo" de *SYMBOLOS*. Empezamos por la propia revista *SYMBOLOS Arte-Cultura-Gnosis*: <https://symbolos.com> - Gran Logia Operativa Latina y Americana: <https://www.hermetismoymasoneria.com> - América Indígena: <https://www.americaindigena.com> - Federico González: Alquimia, Metafísica y Tradición Hermética: <https://www.simbolismoyalquimia.com> - Introducción a la Ciencia Sagrada. Programa Agartha: <https://introduccionalsimbolismo.com> - Antología de Textos Herméticos: <https://www.antologiaesoterica.com> - Fin de Ciclo: Estudios de Ciclogía:

<https://www.ciclologia.com> - Centro de Estudios de Simbología de Barcelona:
<https://cesbarcelona.com/> - El Taller: Revista de Estudios Masónicos:
<https://tallermasonico.com> - Guía Bibliográfica del Esoterismo: <https://www.2enero.com> -
 Atrivm: Aspectos esotéricos de la Tradición Cristiana: <https://esenciadelcristianismo.com>
 - En francés: <https://symbolos-fg.com> - En la página principal de este sitio de la Revista
 se encuentran todos los enlaces a estas páginas.

[NOTA DE ESTA WEB: Estos datos corresponden al año 2005, posteriormente creció el número de dichas páginas, así como tiempo después del fallecimiento de su director dejaron de pertenecer a dicho "anillo" la presente Guía Bibliográfica y El Taller].

- (7) Hay una segunda edición del año 2004 a cargo de la Editorial Libros del Innombrable de Zaragoza.
- (**) [- *Item más:* Posteriormente a la publicación del presente artículo han aparecido: *Presencia viva de la Cábala* y *Presencia viva de la Cábala II: La Cábala Cristiana*, con Mireia Valls, Libros del Innombrable, Zaragoza 2006 y (2007) 2013; *Noche de Brujas. Auto sacramental en dos actos*. Libreto teatral. Ed. Symbolos, Barcelona 2007; *Antología: Federico González*, Libros del Innombrable, Zaragoza 2008; *Diccionario de Símbolos y Temas Misteriosos*, id. 2013, así como varios títulos de su *obra literaria*: *Jauja*, *El Libro del Secreto* y *Defensa de Montjuïc por las Donas de Barcelona* (2009), *Tres Teatro Tres* (2011)].
- [- Ver también de Francisco Ariza su libro: *La Obra de Federico González. Simbolismo, Literatura, Metafísica*, Libros del Innombrable, Zaragoza 2014].
- (8) *Simbolismo y Arte*, cap. VI, p. 100.